NARRACIONES EXTRAORDINARIAS

Edgar Allan Poe

Las *narraciones extraordinarias* de **Edgar Allan Poe** constituyen la parte más conocida de su obra. El cine y la televisión han explotado, no siempre con fortuna, lo que en Poe hay de misterioso y hasta terrorífico, dejando de lado la intensidad, el pulso y ese acento de campana gigantesca que suponen los valores primordiales de una obra concentrada y personalísima, en la cual lo humano se eleva por caminos pavorosos a tensiones muy superiores a su contenido melodramático. Como si la vida, con su fundamento de terrores y sombras, necesitase ser penetrada por su autor, preocupado por alumbrar inéditos caminos con sus descubrimientos.

Edgar Allan Poe

Narraciones extraordinarias

ePub r1.0
GONZALEZ 23.03.16

Título original: *Narraciones extraordinarias*
Edgar Allan Poe, 1969
Traducción: José Farrán y Mayoral

Editor digital: GONZALEZ
ePub base r1.2

PRÓLOGO

Cuando me ofrecieron prologar estas narraciones extraordinarias de Edgar Allan Poe, rechacé de plano. Rechacé porque se ha analizado, se ha profundizado en su vida y su obra hasta tal punto, que es prácticamente imposible añadir algo más. Baudelaire prologó la primera edición francesa de las obras del genial escritor americano y desde entonces han sido centenares las plumas de valía que se ocuparon de él. Sí, rechacé encargarme de estas líneas, pero luego, cuando me aclararon que la presente edición tenía por objeto hacer llegar al gran público la obra de Edgar Allan Poe y que lo que de mí se solicitaba no era un estudio profundo, que no estoy preparado para llevar a cabo, sino más bien unas palabras sencillas que sirviesen de presentación de la obra de Poe a aquellos que aún la desconocen, acepté el hacerlo.

Edgar Allan Poe nace por accidente en los Estados Unidos de América en 1809. Digo por accidente porque Poe vivió y murió en su patria sin tener jamás ningún punto de contacto espiritual con el mundo que le rodeaba. Nadie más alejado de aquella «América en marcha», de aquellos pioneros de manos rudas, sonrisas limpias y francas, llenos de simplicidad. No, nada más lejos de todo esto que Edgar Allan Poe. Su obra, hasta su propia persona, parecen impregnadas del aroma nocivo y atrayente que despedía la exquisita podredumbre de la Europa romántica. El romanticismo que imperaba en el viejo continente llegaba a América como un débil eco. Sólo Poe enarboló su bandera, siendo tal vez por eso, por su soledad, por lo que su figura se agiganta mucho más.

Poe es un coloso. Fue principio y fin de un género literario. Su mano trémula de alcohólico abrió una nueva puerta en la literatura universal: la puerta del terror. Con Poe, lo extraordinario, lo sobrehumano, lo espantoso, alcanzan sus más altas cimas. Luego de Poe, sólo una secuela de imitadores que jamás alcanzaron la calidad del maestro. Al igual que las pinturas negras de Goya, los relatos de Poe siguen siendo hoy obra de vanguardia. El ejército de los románticos hizo historia en la literatura, pero pasó. Todos han pasado; sus estilos, sus temas, sus personajes, hoy nos resultan falsos, carentes de vida, de fuerza, anticuados. Poe no, su obra sigue palpitando, sigue siendo un autor «de mañana».

Profundo conocedor del idioma, como poeta hace que las palabras adquieran en sus versos vibraciones insospechadas. Sus poemas, más que rimar, resuenan.

Al leer a Poe intuimos que el fin que persigue con sus narraciones no es el de interesarnos por una trama, ni el de hacer gala de su calidad literaria, ni de su fluidez, ni de la pureza de su idioma. No, lo que Poe persigue es impresionar al lector. En sus narraciones no hay lección moralizante ni mensaje alguno. Sólo hay colores fuertes, sensaciones extremas. Poe intenta y logra aterrar, entristecer, desesperar.

Su vida parece una más de sus historias alucinantes. Hijo de dos cómicos de la legua, queda huérfano a los pocos años y es adoptado por John Allan, próspero comerciante de Virginia, a quien Poe debe su primer apellido. Estudia en Inglaterra durante cinco años y regresa a los Estados Unidos. En 1826 ingresa en la Universidad de Charlottesville. Desde su adolescencia se aficiona al juego y a la bebida, gasta cuanto dinero cae en sus manos y adquiere deudas que su padre adoptivo se niega a pagar. En 1830 se rompen los lazos entre Poe y John Allan, iniciando entonces aquél una vida bohemia que no abandonará hasta su muerte. Durante años su tía Clem y la hija de ésta, Virginia, mantienen a Poe con lo poco que ganan con sus labores de costura.

En 1833 obtiene el primer premio de la revista «Saturday Visitor», de cien dólares, que Poe conquista con su narración Manuscrito hallado dentro de una botella.

En 1834 muere John Allan sin haber mencionado en su testamento a su hijo adoptivo.

En 1836 se casa con su prima Virginia, que a la sazón cuenta 14 años. Intenta vivir de la literatura sin conseguirlo. Trata de hallar su inspiración en el alcohol, que día a día le encadena más, y comienza a sufrir ataques de delirium tremens.

En 1845 la publicación de El cuervo*, su más famoso poema, le abre las puertas del triunfo. Logra la fama, pero no encuentra solución económica alguna. La miseria no suelta su presa.*

Su agudo sentido crítico, su cinismo, su extraordinaria inteligencia, su inmensa soberbia, le granjean la enemistad de cuantos le tratan. Su obra se yergue solitaria en medio del vacío literario de su época. Como ser humano, es también un hombre solo, rodeado de una masa gris y vulgar que no sabe comprenderle.

Una madrugada de 1849 fue encontrado en un callejón de Nueva York, a pocos metros de una taberna, un borracho semiinconsciente, descuidado y sucio. Era Poe. Pocas horas después moría en un hospital. Su fallecimiento pasó inadvertido. Ninguno de los pocos amigos con los que aún contaba se molestó en pagar su entierro. Fue una muerte más entre las que se producían a diario en la gran ciudad. Nadie en América lo advirtió, en esa América confiada y sonriente que amasaba su futuro; no, América no supo que con la muerte de ese borracho había perdido la figura cumbre de su literatura.

En el presente volumen se han seleccionado los más representativos relatos de las Narraciones extraordinarias *de Edgar Allan Poe, procurando ofrecer, junto a los más conocidos* —El corazón delator, La caída de la casa Usher, El gato negro, Los asesinatos de la Rue Morgue—*, otros cuya aparición no es tan común en las antologías del género* —Metzengerstein, La carta robada, etc.—.

Personalmente, debo mucho a Poe. Cuando contaba pocos años, sus narraciones me robaron el sueño más de una vez, dejándome una huella imborrable.

En una ocasión una persona me preguntó, refiriéndose a una serie de la

televisión que tenía por base precisamente los relatos de Poe: «¿Encuentra usted algún valor positivo en esos cuentos de miedo que nos ofrece a través de la televisión? ¿Cree usted sinceramente que la literatura de terror tiene algún mérito?». Contesté que sí, que creía que los hombres necesitábamos del terror. Nadie es tan impresionable como los niños, que en la oscuridad de la noche se asustan de los ruidos, los murmullos, las sombras, hasta del mismo silencio. No, nadie se asusta más que un niño; por eso creo que los hombres a veces necesitamos del terror para asustarnos y sentirnos niños otra vez.

NARCISO IBÁÑEZ SERRADOR

LA CAÍDA DE LA CASA USHER

Son coeur est un luth suspendu; sitôt qu'on le touche il résonne[1].

DE BÉRANGER.

A lo largo de todo un pesado, sombrío, sordo día otoñal, cuando las nubes se ciernen agobiosamente bajas en el cielo, yo había ido cruzando, solo, a caballo, por un terreno singularmente lóbrego de la campiña; y al fin, me hallé, cuando las sombras de la tarde iban cayendo, a la vista de la melancólica mansión de los Usher. No sé cómo fue, pero, a mi primer atisbo de la casa, una sensación de insufrible tristeza invadió mi espíritu. Digo insufrible, porque aquella sensación no era mitigada por ninguno de esos sentimientos semiagradables, por lo poéticos, con que el espíritu recibe hasta las más severas imágenes naturales de lo desolado o terrible. Yo contemplaba la escena que tenía delante —la casa y las líneas del paisaje de aquella heredad, las frías paredes —las ventanas vacías que parecían ojos— unos juncos lozanos —y unos pocos, blanquecinos troncos de árboles carcomidos— con tan completa depresión de ánimo, que yo no podía compararla propiamente a otra sensación terrena sino al desvarío que sigue a la embriaguez del opio —amarguísimo tránsito a la vida cotidiana— horrible caída del velo. Era un helor, un abatimiento, una angustia del corazón— una irremediable tristeza de pensamiento, que ningún estímulo de la imaginación, podía convertir en el menor grado de entusiasmo por lo sublime. ¿Qué era? —me detuve a reflexionarlo— ¿qué era lo que así me deprimía en la contemplación de la Casa de los Usher? Era un misterio insoluble; ni siquiera podía yo luchar con las imaginaciones sombrías que tumultuaban en mí durante aquellas reflexiones. Me veía obligado a recaer en la insatisfactoria conclusión de que, sin duda, puesto que se *dan* combinaciones de sencillísimos objetos naturales, que tienen el poder de afectarnos de tal modo, el análisis de ese poder reside en consideraciones que están fuera de nuestros alcances. Era posible, pensaba yo, que una simple disposición de las particularidades de la escena, de los pormenores del cuadro, fuesen suficientes para modificar, o acaso aniquilar, su capacidad para producir impresión dolorosa; y, obrando de acuerdo con aquella idea, guié mi caballo hacia el tajado margen de un negro y tétrico estanque, el cual se extendía con no alterado brillo junto a la casa, y contemplé dentro de él —aunque con un estremecimiento más trémulo todavía que el de antes— las repetidas e invertidas imágenes del verde juncar, y de los troncos siniestros de los árboles y las vacías ventanas que parecían ojos.

Y, con todo, yo me proponía entonces pasar unas semanas en aquella lóbrega mansión. Su propietario, Rodrigo Usher, había sido uno de los alegres camaradas de mi adolescencia; pero habian pasado muchos años desde la última vez que nos vimos. Sin embargo, habia recibido últimamente, en una distante región de aquel país, una

carta suya, la cual, por su carácter de apremiante insistencia, no admitía sino una respuesta mía en persona. Aquel manuscrito manifestaba claramente grande agitación nerviosa. El que lo escribía hablaba de una enfermedad corporal aguda, de un trastorno mental que lo oprimía, y un vehemente deseo de verme, como a su mejor, y en realidad, único amigo de veras, para ver si con el gozo de mi compañía, hallaba algún alivio a su enfermedad. La manera como todo aquello, y mucho más, estaba dicho —y el modo como se me hacía aquella súplica con *todo el corazón*— no me daban espacio para vacilar, y en consecuencia, inmediatamente obedecia lo que, sin embargo, seguía pareciéndome singularísimo requerimiento.

Aunque de muchachos habíamos sido íntimos camaradas, yo conocía en realidad muy poco a mi amigo. Su reserva para conmigo había sido siempre excesiva y habitual. Con todo, yo estaba enterado de que su antiquísima familia había sido notable, desde tiempo inmemorial, por una peculiar sensibilidad de temperamento, que se había desplegado durante largos siglos, en muchas obras de arte superior, y manifestado últimamente en obras de caridad munífica aunque nada ostentosa, así como en apasionada devoción para las intrincadas, tal vez más que para las normales y reconocibles bellezas, de la ciencia musical. Y también había sabido, cosa muy digna de notar, que el tronco de la raza de los Usher, con ser de tan antigua reputación, en ningún período había producido ramas duraderas; dicho de otro modo, que toda su descendencia era por línea directa, y siempre con muy insignificantes y temporarias variaciones, se había perpetuado de aquel modo. Aquella deficiencia, pensaba yo, mientras daba vueltas en mi pensamiento a la perfecta correspondencia del carácter de aquellas posesiones con el atribuido a las personas, y mientras reflexionaba acerca de la posible influencia que el de las unas, en el largo transcurso de los siglos, podía haber ejercido en las otras —aquella deficiencia, tal vez, de sucesión colateral, y la consiguiente, indesviada transmisión, de señor a hijo, del patrimonio junto con el nombre, era lo que a la larga los había identificado hasta el punto de fundir el titulo original de la posesión con el rancio y ambiguo nombre de «Casa de Usher»— nombre que parecía incluir en la intención de los lugareños que lo usaban, a un mismo tiempo la familia y la mansión familiar.

He dicho que el solo efecto de mi algo pueril experimento —el de mirar dentro del estanque había sido el de reforzar más todavía mi primera y singular impresión. No podía caber duda en que la conciencia del rápido incremento de mi superstición —¿por qué no habría de llamarla así?— servía principalmente para intensificarla más. Tal es, me he convencido hace mucho tiempo de ello, la paradójica ley de todos los sentimientos que tienen por base el terror. Y podía haber sido por esta razón únicamente, por lo que, cuando volví a levantar mis ojos hacia la casa misma, dejando de mirar su imagen en el estanque, se originó en mi espíritu una extraña fantasía —una imaginación tan ridícula, en efecto, que sólo hago mención de ella para mostrar la vivida fuerza de las sensaciones que me oprimían. Había yo excitado mi imaginación como si realmente creyera que por toda la casa y toda aquella

heredad se cernía una atmósfera peculiar de ellas y de cuanto las rodeaba— una atmósfera que no tenía ninguna afinidad con el aire del cielo, sino que se había exhalado de los desmedrados árboles, y del verde valle, y del silencioso estanque— un vapor pernicioso y misterioso, pesado, inactivo, apenas discernible, y de color plomizo.

Sacudiendo de mi espíritu lo que *debía* haber sido un sueño escudriñé más estrictamente el aspecto del edificio. Su principal carácter parecía ser el de extraordinaria antigüedad. Y el descoloramiento causado por los siglos había sido muy considerable. Abundancia de diminutos hongos se esparcían por todo el exterior de la casa y colgaban, en delicado enmarañado tejido, de los aleros. Y sin embargo, esto no tenía nada que ver con un deterioro extraordinario de la casa. No había caído ningún trozo de mampostería, aunque parecía existir un extraño desacuerdo entre el perfecto ajuste de las partes, lo desmoronado de cada una de las piedras. Ello me recordaba mucho la engañosa integridad de viejas obras de carpintería que se han ido carcomiendo durante años en algún desván olvidado, sin estorbos del soplo del aire exterior. Aparte de aquel indicio de general ruina, el edificio, con todo, no ofrecía la menor señal de inestabilidad. Tal vez la vista de un observador minucioso hubiera podido descubrir una grieta apenas perceptible que, extendiéndose desde el techo de la fachada del edificio, bajaba por la pared zigzagueando hasta que se perdía dentro de las tétricas aguas del estanque.

Mientras iba notando aquellas cosas, cabalgaba yo por una corta calzada que conducía a la casa. Un mozo que estaba aguardándome, se encargó de mi caballo, y entré en el gótico vestíbulo abovedado. Un criado de paso furtivo, me condujo en silencio desde allí, por varios oscuros e intrincados pasadizos, hacia el *estudio* de su amo. Mucho de lo que encontré por el camino contribuyó no sé de qué modo, a intensificar más todavía los vagos sentimientos de que he hablado ya. Con todo y ser los objetos que me rodeaban —las entalladuras de los techos, las oscuras tapicerías de las paredes, la negrura de ébano de los pisos, y los fantasmagóricos trofeos heráldicos que traqueteaban con mis pisadas, no eran sino cosas a las que, o como a las que, yo me había acostumbrado desde mi infancia— a pesar de que yo no vacilaba en reconocer lo familiar que me era todo aquello— sin embargo me maravillaba al hallar cuán poco familiares eran las imaginaciones que aquellas imágenes ordinarias estaban agitando en mí. En una de las escaleras por donde subimos, hallé al médico de la familia. Su fisonomía, a lo que me pareció, mostraba una expresión mezclada de baja marrullería y perplejidad. Pasó por mi lado con azoramiento y continuó su camino. Entonces el criado abrió una puerta y me introdujo a presencia de su señor.

… La habitación donde me hallé era muy vasta y alta. Las ventanas eran largas, estrechas y puntiagudas, y a tan elevada distancia del negro pavimento de roble, que desde dentro eran completamente inaccesibles. Débiles fulgores de luz acarmesinada se abrían paso por los enrejados cristales, y servían para hacer lo suficiente distinguibles los objetos más prominentes en derredor; con todo, la mirada se

esforzaba en vano para alcanzar los más lejanos rincones de la habitación, o los meandros del abovedado y calado techo. Negras colgaduras pendían sobre las paredes. El mobiliario general era profuso, incómodo, anticuado y desvencijado. Algunos libros e instrumentos musicales estaban esparcidos por allí; pero no alcanzaban a dar vida alguna al conjunto. Sentí como si estuviese respirando una atmósfera de tristeza. Un aspecto de austera, profunda e irremediable melancolía se cernía y lo invadía todo.

Al entrar yo, Usher se levantó de un sofá donde había estado echado completamente, y me saludó con vivaz vehemencia que tenía mucho, según yo pensé al primer pronto, de cordialidad excesiva de obligado esfuerzo de hombre de mundo *aburrido*.

Con todo, una ojeada a su continente, me convenció de su perfecta sinceridad. Nos sentamos; y durante unos momentos, en que él no dijo palabra, lo contemplé con un sentimiento medio de lástima, medio de terror. ¡Sin duda, jamás un hombre había cambiado de modo tan terrible, en tan poco tiempo como Rodrigo Usher! No sin dificultad pude admitir la identidad de aquel ser macilento que tenía ante mí, con el camarada de mi temprana edad. Y eso que el carácter de su rostro había sido siempre extraordinario. Una tez cadavérica; unos ojos grandes, licuescentes y luminosos sobre toda comparación; los labios algo delgados y muy pálidos, pero de curvas extremadamente bellas; una nariz de fino modelado hebreo, pero con las ventanas demasiado abiertas para semejante forma; un mentón finamente modelado, que por su poca prominencia expresaba falta de energía moral; los cabellos de sédea suavidad y tenuidad; aquellas facciones, con un exagerado ensanchamiento en la región de las sienes, formaban una fisonomía difícil de olvidar. Y ahora en la mera exageración del carácter predominante de aquellas facciones, y de la expresión que solían mostrar, había tanto de cambiado, que yo dudaba quién estaba hablando. La lívida palidez actual de su epidermis, y el nuevo y maravilloso brillo de sus ojos, eran lo que más me asombraba y aun aterrorizaba. También los sedosos cabellos habían sido dejados crecer con el mayor descuido, y como con su extraño enmarañamiento de telaraña flotaban más que caían alrededor de su rostro, yo no podía ni con esfuerzo, relacionar aquella salvaje expresión con ninguna idea de pura humanidad.

En los gestos de mi amigo me llamó la atención en seguida cierta incoherencia, cierta inconsistencia; y pronto vi que ello procedía de una serie de esfuerzos débiles y vanos para dominar una trepidación habitual, una excesiva agitación nerviosa. Para algo de aquella naturaleza ya había sido yo preparado, en efecto, no menos por su carta que por los recuerdos de ciertos rasgos de su niñez, y por conclusiones deducidas de su peculiar conformación física y temperamento. Sus gestos eran alternativamente vivaces y flojos. Su voz variaba rápidamente de una trémula indecisión (cuando los espíritus vitales parecían del todo ausentes) a esa especie de enérgica concisión —a esa brusca, grave, pausada y ahuecada pronunciación—, a esa aplomada, equilibrada y perfectamente modulada pronunciación, que se puede

observar en los borrachos perdidos, o en los incorregibles tomadores de opio, durante los períodos de su más intensa excitación.

Así fue cómo me habló del objeto de mi visita, de su vivo deseo de verme y del consuelo que esperaba recibir de mí. Se extendió bastante en lo que él imaginaba ser la naturaleza de su enfermedad. Era, decía, una dolencia constitucional y familiar, y para la cual desesperaba de hallar remedio —pura enfermedad nerviosa, añadió inmediatamente, que sin duda se mejoraría pronto. Se manifestaba en una porción de sensaciones nada naturales. Algunas de ellas, según él las refería minuciosamente, me interesaron y asombraron; aunque los términos y el modo general de su narración contribuían a ello. Padecía mucho de una morbosa acuidad de los sentidos; solamente podía soportar los alimentos más insípidos; sólo podía llevar ropas de ciertos tejidos; las fragancias de todas las flores lo sofocaban; sus ojos eran torturados hasta por la luz más débil; y solamente había algunos sonidos peculiares, y éstos de instrumentos de cuerda, que no le infundiesen horror.

Me pareció verlo completamente esclavizado por una especie anómala de terror. «Me moriré —dijo—, *he* de morirme de esta deplorable locura. Así, así, y no de otra manera pereceré. Temo los acontecimientos futuros no por sí mismos sino por sus resultados. Me estremezco al pensar en los efectos que cualquier incidente, aun el más trivial, puede causar en esta intolerable agitación de mi alma. En efecto, no me causa horror el peligro sino por su puro efecto: el terror. En esta desalentada y lamentable condición siento que más tarde o más temprano vendrá el momento en que tendré que abandonar la vida y la razón a un mismo tiempo, en lucha con el horroroso fantasma, *Miedo*».

Noté además a intervalos y por indicaciones fragmentarias y equívocas, otro singular carácter de su estado mental. Estaba obsesionado por ciertas impresiones supersticiosas relativas a la casa que habitaba, y de la cual hacía muchos años que no se había atrevido a salir —referentes a una influencia cuyo supuesto poder me comunicaba en términos demasiado sombríos para que yo los repita aquí— una influencia que ciertas particularidades de la pura forma y materia de su mansión familiar, habían, a fuerza de largo padecimiento, decía él, ejercido sobre su espíritu —un efecto que lo *físico* de las grises paredes y torres, y del sombrío estanque en que totalmente se reflejaba, había a la larga producido sobre lo *moral* de su existencia.

Sin embargo, admitía aunque con cierta vacilación que mucho de la peculiar tristeza que de aquel modo lo afligía, podía atribuirse a un origen más natural y mucho más claro —a la grave y larga enfermedad— y aun a la segura muerte próxima —de una hermana a quien amaba tiernamente— su sola compañera durante largos años —su último y único pariente sobre la Tierra. «La muerte de ella, decía, con una amargura que jamás podré olvidar, lo dejaría (a él tan desesperanzado y tan débil) por único de la antigua raza de los Usher. Mientras él hablaba, *lady* Madelina (que asi se llamaba) pasaba pausadamente por un largo apartado de aquella habitación, y, sin haber advertido mi presencia, desapareció. Yo la miré con profundo

asombro, no sin mezcla de temor y, con todo, me fue imposible explicarme tales sentimientos. Una sensación de estupor me oprimía, mientras mis ojos seguían sus pasos que se retiraban. Cuando una puerta, al fin, se cerró tras ella, mis ojos buscaron instintivamente y con vivo interés, el semblante de su hermano, pero él había ocultado su rostro en sus manos, y yo sólo pude notar que una palidez más intensa que de ordinario se había difundido por sus enflaquecidos dedos por entre los cuales corrían abundantemente ardientes lágrimas.

La enfermedad de *lady* Madelina había burlado largo tiempo la pericia de sus médicos. Una quieta apatía, un agotamiento gradual de su persona, y frecuentes aunque transitorios ataques de carácter en parte cataléptico, tal era su insólita diagnosis. Hasta entonces ella había sufrido firmemente el peso de su enfermedad, y no había acudido al recurso final de la cama; pero al cerrar de la tarde en que llegué a la casa, sucumbía (como me lo dijo su hermano, a la noche con inexpresable agitación) al demoledor poder de la Destructora; y así me enteré de que el vislumbre que yo había obtenido de su persona había de ser probablemente el último —que aquélla dama, a lo menos viviente, no volvería a ser vista por mi jamás.

Durante algunos días siguientes, su nombre no fue mentado ni por Usher ni por mí: y durante aquel período yo me atareaba en diligentes esfuerzos para aliviar la melancolía de mi amigo. Pintábamos y leíamos juntos; o bien yo escuchaba, como entre sueños, las singulares improvisaciones en su hablante guitarra. Y de este modo, a medida que una intimidad cada vez más estrecha me introducía con menor reserva en las profundidades de su espíritu, con mayor amargura yo advertía la inutilidad de toda tentativa para alegrar a un espíritu del cual las tinieblas, como si fueran una cualidad inherente y positiva en él, se derramaban sobre todos los objetos del universo físico y moral, en una irradiación incesante de melancolía.

Siempre llevaré conmigo el recuerdo de las muchas horas solemnes que pasé de este modo a solas con el dueño de la Casa de Usher. Pero me fallaría todo intento para dar una idea del carácter exacto de los estudios o de las ocupaciones en que me introducía o me encaminaba. Una exaltada y muy destemplada idealidad proyectaba sus cárdenos fulgores sobre todas las cosas. Sus largas e improvisadas endechas resonarán para siempre en mis oídos. Entre otras cosas, conservo dolorosamente en mi espíritu cierta singular tergiversación y amplificación de la singular melodía del último vals de Von Weber. De los cuadros que acariciaba su artificiosa fantasía, y que alcanzaban, pincelada a pincelada, una vaguedad ante la cual yo me estremecía del modo más espeluznante, pues me sobrecogía sin saber por qué; de aquellos cuadros (tan vividos que sus imágenes están ahora delante de mí) yo me esforzaría inútilmente en sacar más de una pequeña porción que cupiese en los estrechos límites de las palabras escritas. Por su absoluta sencillez, por la limpidez de sus perfiles, me retenían y me intimidaban la atención. Si jamás un mortal pudo pintar una idea, ese mortal fue Rodrigo Usher. Para mí a lo menos —en las circunstancias que me rodeaban— brotaba de las puras abstracciones que aquel hipocondríaco se ingeniaba

para trasladar al lienzo, una intensidad de intolerable terror del cual no había sentido yo ni una sombra ni aun en la contemplación de las tan resplandecientes y, con todo, demasiado concretas ensoñaciones de Fuseli.

Una de las fantasmagóricas concepciones de mi amigo que no participaba tan rígidamente del espíritu de abstracción, podría ser reflejada, aunque débilmente, en palabras. Un cuadrito suyo representaba el interior de una larga y rectangular cueva o túnel, de paredes bajas, lisas, blancas y sin interrupción ni significado alguno. Ciertos puntos accesorios del dibujo servían para dar bien la idea de que aquella excavación se hallaba a extraordinaria profundidad bajo la superficie de la Tierra. No se observaba salida en ninguna porción de su inmensa longitud, ni se discernía antorcha ni otra alguna fuente artificial de luz; y con todo, una inundación de intensos rayos luminosos fluctuaba a lo largo de ella, y bañaba el conjunto con un resplandor horrible e inverosímil.

He hablado ahora mismo del morboso estado del nervio auditivo que hacía intolerable toda música para el paciente, como no fueran ciertos efectos de instrumentos de cuerda. Eran, tal vez, los estrechos límites en que se encerraba él con la guitarra, lo que daba origen en buena parte, al fantástico carácter de sus ejecuciones. Pero la férvida *facilidad* de sus *impromptus* no podría explicarse por ello. Era menester que fuesen, y eran, así en las notas, como en las palabras de sus delirantes fantasías (porque no sin frecuencia se acompañaba con rimadas improvisaciones verbales), resultado de aquel intenso recogimiento mental y concentración a que he aludido anteriormente y que no se observan sino en determinados momentos de la más intensa excitación artificial. Las palabras de una de aquellas rapsodias las he podido recordar con facilidad. Tal vez fui más fuertemente impresionado por ellas cuando las produjo, porque en la profunda y misteriosa corriente de su pensamiento, yo imaginaba advertir, y por primera vez, una plena conciencia por parte de Usher del tambaleo de su elevada razón en su trono. Aquellos versos, que se titulaban, «El palacio de las Apariciones» venían a ser muy aproximada, si no exactamente, como siguen:

I

En el más verde de nuestros valles,
Por ángeles buenos habitado,
Un tiempo, hermoso y soberbio palacio—
Radiante palacio —alzaba su cabeza
En el dominio del monarca Pensamiento.
¡Allí se altaba!
Jamás serafín desplegó su ala
Sobre mansión, ni con mucho, tan bella.

II

Estandartes amarillos, gloriosos, dorados,
En su techo flotaban y ondeaban;
(Esto —todo esto— sucedía en pasados,
Tiempos remotos)
Y a cada soplo suave de viento que retozaba,
En tan amables días,
Rozando las paredes desnudas y descoloridas,
Se exhalaban aligeras fragancias.

III

Los caminantes por aquel valle feliz
A través de dos luminosas ventanas, veían
Espíritus que se movían musicalmente
Al ritmo de un laúd bien templado,
Y en derredor de un tronco donde estaba sentado
(¡Porfirogeneta!)[2]
Con pompa muy digna de su gloria,
Al señor de aquel reino se veía.

IV

Y toda reluciente de perlas y rubíes
Era la puerta del palacio,
Por la cual entraba a oleadas, oleadas, oleadas,
Y rutilando eternamente,
Una muchedumbre de Ecos cuyo dulce deber,
Sólo consistía en cantar,
Con voces de extraordinaria belleza,
El talento y la sabiduría de su rey.

V

Pero unos seres del mal con ropas de duelo,
Asaltaron los augustos dominios del monarca;
(¡Ah!, lloremos, porque jamás un mañana
Amanecerá sobre él, ¡desolado!)
Y en derredor de su mansión, la gloria
Que ruboreaba y florecía

Ya no es sino una historia confusamente recordada
De los antiguos tiempos sepultados.

VI

Y ahora los caminantes de aquel valle,
A través de las ventanas enrojecidas, ven
Vastas formas que se agitan fantásticamente
A los sones de discordante melodía;
Mientras semejante a un río rápido y lúgubre,
Por la macilenta puerta,
Un feo tropel se precipita eternamente,
Y ríe —pero ya no sonríe.

Recuerdo perfectamente que las sugestiones producidas por esta balada, nos condujeron a un orden de ideas en el cual se puso de manifiesto una opinión de Usher que yo menciono no tanto por su novedad (porque otros hombres[3] han pensado también así), como por razón de la pertinacia con que la sostenía. Esta opinión, en su forma general, era la de la conciencia en todos los seres vegetales. Pero, en su desordenada fantasía, aquella idea había adquirido un carácter más audaz, y se extendía, bajo ciertas condiciones, al reino de lo inorgánico. Me faltan palabras para expresar todo el alcance, y la vehemente *ingenuidad* de su persuasión. Aquella creencia, sin embargo, se relacionaba (como antes he insinuado) con las grises piedras de la casa de sus antepasados. Aquellas condiciones de conciencia se habían cumplido allí, según él imaginaba, por el procedimiento de colocación de aquellas piedras —por el orden de su distribución, así como por los innumerables *hongos* que las recubrían y los decaídos árboles que se alzaban en derredor— y sobre todo, por la larga y no estorbada duración de todo aquel orden, y por su reduplicación en las quietas aguas del estanque. Su prueba —la prueba de la conciencia— podía hallarse, decía (y entonces yo me sobresaltaba al oírle hablar) en la gradual, aunque segura condensación de una atmósfera propia en las aguas y en las paredes. El resultado de ello, añadía, podía descubrirse en aquella muda, pero insistente y terrible influencia que durante siglos había plasmado los destinos de su familia y que había hecho de *él* lo que yo podía ver ahora —lo que era. Semejantes opiniones no necesitan comentario, y yo no haré ninguno.

Nuestros libros —los libros que, durante años, habían formado no pequeña parte de la existencia de aquel inválido— estaban, como puede suponerse, en estrecha conformidad con aquel carácter de visionario. Escudriñábamos juntos en las páginas de obras como *Ververt et Chartreuse*, de Gresset; el *Belfegor*, de Macchiavelli; el *Cielo e Infierno*, de Swedenborg; el *Viaje Subterráneo de Nicolás Klinun*, por

Holberg; las *Quiromancias*, de Roberto Flud, de Juan de Indaginé, y de De La Chambre; el *Viaje a la Azul Distancia*, de Tieck; y la *Ciudad del Sol*, de Campanella. Uno de los volúmenes preferidos era una pequeña edición en octavo del *Directorium Inquisitorum*, por el Dominicano Eymeric de Gerona; y había pasajes en Pomponio Mela, acerca de los sátiros y egipanes africanos, sobre los cuales se ensimismaba Usher durante algunas horas. Con todo, su principal deleite lo hallaba en la detenida lectura de un extraordinario, raro y curioso libro en cuarto gótico —manual de alguna iglesia olvidada— el *Vigiliae Mortuorum secundum Chorum Ecclesiae Maguntinae*.

No podía menos de pensar en el extraño ritual de esta obra, y de su probable influencia en el hipocondríaco, cuando, una tarde, luego de informarme súbitamente de que *lady* Madelina había dejado de existir, declaró su intención de guardar su cuerpo durante una quincena (antes de su entierro definitivo), en uno de los numerosos sótanos situados debajo de las paredes maestras del edificio. La razón humana, sin embargo, que él daba a tan singular proceder, era tal, que yo no podía permitirme discutirla. Que él, como hermano había llegado a tal resolución (así me lo dijo) por considerar el insólito carácter de la enfermedad de la difunta, por ciertas importunas e insistentes averiguaciones por parte de sus médicos, y por la lejana y arriesgada situación del cementerio de la familia. No negaré que cuando yo me representaba el siniestro aspecto de la persona a quien había encontrado en la escalera, el día en que llegué a la casa, no tuve ganas de oponerme a lo que por otra parte me parecía todo lo más una precaución inofensiva y en modo alguno antinatural.

A petición de Usher, lo ayudé personalmente en los preparativos de aquella sepultura temporaria. Luego de poner el cuerpo en el ataúd, los dos solos la llevamos a su lugar de reposo. El sótano donde la colocamos (y que había estado tanto tiempo sin abrirse que nuestras antorchas medio apagadas en su asfixiante atmósfera, no nos daban mucha ocasión para examinar sus pormenores) era reducido, húmedo y desprovisto por completo de medio para la entrada de la luz; estaba situado a grande profundidad inmediatamente debajo de aquella parte del edificio donde se hallaba la habitación en que yo dormía. Había servido, según parecía, en remotos tiempos feudales, para el peor objeto, el de mazmorra, y en tiempos más próximos, como polvorín, o para guardar otras materias muy combustibles, porque una parte de su suelo, y todo el interior de un largo corredor abovedado por donde llegamos a él, habían sido cuidadosamente forrados de cobre. La puerta, de hierro macizo, había sido también de igual modo acorazada. Su inmensa pesadumbre producía un inusitado y agudo ruido chirriante, cuando giraba sobre sus goznes. Luego de haber depositado nuestra fúnebre carga sobre unos caballetes dentro de aquella región de horrores, apartamos un poco la tapa no clavada todavía del ataúd, y miramos el rostro de la que lo ocupaba. Lo primero que llamó mi atención fue un asombroso parecido entre hermano y hermana; y Usher, adivinando tal vez mis pensamientos, murmuró unas pocas palabras por las cuales me enteré de que la difunta y él habían sido

gemelos y que misteriosas afinidades de naturaleza muy poco inteligible, habían existido siempre entre los dos. Con todo, nuestras miradas no se posaron mucho espacio en la muerta, porque no podíamos mirarla sin terror. La enfermedad que así había sepultado a la señora en lo mejor de su juventud, había dejado, como suele ocurrir en todas las enfermedades de carácter estrictamente cataléptico, el remedo de un leve rubor en la garganta y en el rostro, y en sus labios aquella sonrisa sospechosamente prolongada que parece tan terrible en la muerte. Volvimos a colocar y atornillamos la tapa, y luego de haber afianzado la puerta de hierro nos fuimos, trabajosamente, a las habitaciones, apenas menos tétricas, de la parte superior de la casa.

Y entonces, pasados algunos días de amarga pena, se efectuó un visible cambio en el desorden mental de mi amigo. Su modo de ser habitual se había desvanecido. Sus habituales ocupaciones fueron descuidadas, olvidadas. Vagaba de habitación en habitación con pasos precipitados, desiguales, sin objeto. La palidez de su semblante había adquirido, si aquello era posible, un matiz más lívido, pero la luminosidad de sus ojos había desaparecido por completo. La ronquera que de vez en cuando velaba su voz, ya no se oyó más; y un trémulo garganteo, como de extremado terror, caracterizaba habitualmente su pronunciación. Había veces, en efecto, en que yo pensaba que su espíritu agitado sin cesar, estaba trabajado por algún abrumador secreto, y que luchaba por el necesario valor para divulgarlo. A veces, yo me veía obligado de nuevo a explicarme todo aquello nada más que por los inexplicables desvarios de la locura, porque lo veía mirando en el vacío durante largas horas, en actitud de atención profunda, como si estuviera escuchando algún imaginario sonido. No era de extrañar que su estado me aterrorizase, me contagiase. Yo sentía apoderarse de mí, por lentos pero seguros grados, las alocadas influencias de sus fantásticas pero impresionantes supersticiones.

Especialmente, al retirarme a dormir a altas horas de la noche, el séptimo u octavo día después de haber colocado a *lady* Madelina en la mazmorra, fue cuando yo experimenté toda la fuerza de tales sentimientos. El sueño no se acercaba a mi lecho, mientras las horas iban pasando, pasando. Yo luchaba por hacer entrar en razón la nerviosidad que me dominaba. Me esforzaba por creer que mucho de lo que yo sentía, si no todo, era debido a la influencia del tétrico mobiliario de la habitación, de las negras y deterioradas colgaduras que, atormentadas en su movimiento por el soplo de una tempestad que se acercaba, ondeaban desordenadamente hacia uno y otro lado de las paredes, y rumoreaban angustiosamente alrededor de los ornamentos de la cama. Pero mis esfuerzos eran vanos. Un irreprimible temor invadía gradualmente todo mi ser, y, finalmente, vino a posarse en mi corazón un incubo de espanto inexplicable. Sacudiéndolo de mí con un respiro y vigoroso esfuerzo, me incorporé en mis almohadas, y atisbando anhelosamente en la intensa tiniebla de la habitación, apliqué el oído —no sé por qué, como no fuese movido por algún instintivo impulso — a ciertos quedos, vagos sonidos que venían, entre los silencios de la tormenta, yo

no sabía de dónde. Subyugado por un intenso sentimiento de terror, inexplicable pero insufrible, me vestí a toda prisa (porque comprendía que ya no podría dormir más en toda la noche), y me esforcé por rehacerme del estado lamentable en que había caído, paseándome rápidamente arriba y abajo de la habitación.

Había dado unas cuantas vueltas de esta manera, cuando un leve paso en una escalera cercana retuvo mi atención. Pronto reconocí que era el de Usher. Un instante después llamó, con suaves golpes a mi puerta, y entró con una lámpara en la mano. Su semblante, como de ordinario, tenía una lividez cadavérica, pero, además, había una especie de loca hilaridad en sus ojos, una evidente *histeria* contenida en todo su porte. Su aspecto me sobrecogió, pero todo era preferible a la soledad que yo había padecido tanto espacio, y hasta saludé su presencia como un alivio.

«¿Y usted, no lo ha visto? —me dijo de pronto, luego de haber mirado unos momentos en derredor, muy abiertos los ojos, en silencio—. ¿No lo ha visto usted? ¡Espérese, pues! ¡Ya lo verá!». Y diciendo esto, luego de arreglar cuidadosamente la pantalla de su lámpara, se precipitó hacia una de las ventanas, y la abrió de par en par a la tormenta.

La impetuosa furia de la racha que entró, casi nos levantó en el aire. Era, en efecto, una noche terriblemente tempestuosa pero bella, y salvajemente singular por su terror y su belleza. Alguna tromba había concentrado, sin duda, su fuerza en nuestra vecindad; porque había frecuentes y violentas alternancias en la dirección del viento; y la extraordinaria densidad de las nubes (las cuales se cernían tan bajas que se agolpaban sobre las torres de la casa) no nos impedía percibir la viviente velocidad con que llegaban corriendo de todas partes unas contra otras en lugar de ir a perderse a lo lejos. Digo que ni su extraordinaria densidad nos privaba de percibir aquello —y, con todo, no teníamos el menor destello de luna ni estrellas— ni había allí el menor centelleo del rayo. Pero las superficies inferiores de las enormes masas de agitado vapor, así como todos los objetos terrestres que estaban inmediatamente a nuestro alrededor, relucían a la luz contranatural de una débilmente luminosa y distintamente visible exhalación gaseosa que se cernía en derredor y envolvía toda la casa.

«¡Usted no debe mirar; usted no mirará esto! —dije yo estremeciéndome a Usher, mientras lo llevaba, con suave violencia, de la ventana a un asiento—. Esas apariencias, que lo enajenan, no son más que puros fenómenos eléctricos bastante comunes, o tal vez tienen su horrible origen en los pútridos miasmas del estanque. Cerremos esa ventana; el aire es muy helado y peligroso para su salud. Ahí tiene usted una de sus novelas favoritas. Yo leeré, y usted escuchará, y de este modo pasaremos juntos la terrible noche».

El viejo volumen que yo había tomado fue el *Loco Triste* de *sir* Lanzarote Canning; pero yo lo había llamado favorito de Usher más por chanza que seriamente; porque, a decir verdad, poco hay en su tosca prolijidad desprovista de imaginación, que pudiera interesar a la elevada, espiritual idealidad de mi amigo. Con todo, era el único libro que tenía inmediatamente a mano; y yo acariciaba una vaga esperanza de

que la excitación que ahora agitaba al hipocondríaco, pudiera hallar un alivio (porque la historia de los trastornos mentales está llena de semejantes anomalías) en aquellas exageradas locuras que yo iba a leer. Si yo hubiera de juzgar, en efecto, por la vehemente y en exceso tensa vivacidad con que él escuchaba, o parecía escuchar, las palabras de la narración, hubiera podido congratularme del buen éxito de mi propósito.

Había llegado al tan conocido pasaje de la novela, donde Ethelred, el héroe del *Trist*, luego de haber intentado por las buenas ser admitido en la mansión del ermitaño, se resuelve a hacer buena una entrada por la fuerza.

Entonces, como puede recordarse, las palabras de la narración son como sigue:

«Y Ethelred, que de su natural tenía valeroso corazón, y que además ahora se sentía muy fuerte, por la virtud del vino que había bebido, ya no se entretuvo más en palabras con el ermitaño, el cual era en realidad, de índole tozuda y maliciosa, sino que, sintiendo la lluvia en sus espaldas, y temiendo que estallase la tormenta, alzó su maza sin pensarlo más, y a porrazos, pronto abrió paso en la tablazón de la puerta para su manoplada mano, y entonces, tirando vigorosamente, lo rajó y destrozó, y arrancó todo a pedazos, de modo que el ruido seco y retumbante de la madera repercutió temerosamente por todo el bosque».

Al terminar aquel pasaje me estremecí, y por un momento me detuve; porque me pareció (aunque deduje acto seguido que mi excitada imaginación me había engañado) que, de alguna parte muy remota de la mansión, llegaba, confusamente, a mis oídos, lo que hubiera podido ser, por la exacta semejanza de carácter, el eco (pero más ahogado y sordo ciertamente) del propio rajar y destrozar que *sir* Lanzarote había tan minuciosamente descrito. No cabía duda en que sólo una pura coincidencia había lijado mi atención; porque en medio del matraqueo de los maderos de las ventanas, y los ordinarios y mezclados ruidos de la tempestad, que continuaba arreciando, el ruido aquel, por sí mismo, no tenía nada, sin duda, que pudiera haberme interesado o estorbado. Así, continué leyendo:

«Pero el buen paladín Ethelred, al entrar ahora, por la puerta, se quedó enconadamente furioso y asombrado al no hallar señales del maligno ermitaño; sino, en lugar de él, a un dragón de escamoso y prodigioso aspecto, y de candente lengua, que estaba apostado de centinela ante un palacio de oro, con pavimento de plata; y de la pared colgaba un escudo de lúcido bronce, con esta leyenda escrita:

El que aquí entre, habra sido vencedor;
El que mate al dragón, habrá ganado el escudo.

«Y Ethelred blandió su maza, y dio con ella en la cabeza del dragón, que cayó ante él, y entregó su pestilente aliento, con un chillido tan hórrido y áspero, y al mismo tiempo tan penetrante, que Ethelred hubo de taparse los oídos con las manos, para protegerlos de aquel temeroso ruido, como jamás lo escuchara semejante».

Al llegar aquí, otra vez me paré de pronto, y ahora sintiendo ya frenético asombro, porque no podía caber duda alguna que, aquella vez yo había realmente oído (aunque me pareció imposible decir de qué dirección procedía) un débil y al parecer lejano, pero áspero, prolongado, insólitamente agudo y discordante sonido, exacta réplica de lo que mi fantasía había ya forjado ser el sobrenatural chillido del dragón como lo describía el novelista.

Agobiado como yo estaba sin duda, por el acaecimiento de la segunda y singularísima coincidencia, por mil sensaciones antagónicas en que el asombro y el extremado terror predominaban, aún conservaba yo la suficiente presencia de ánimo para evitar que se excitase, por alguna observación, la impresionable nerviosidad de mi camarada. Con todo, yo no tenía la certeza de que él no hubiese notado aquellos sonidos; aunque, sin duda alguna, durante los pocos minutos últimos en su comportamiento se había producido extraña alteración. Primero estaba sentado frente a mí, pero gradualmente había ido volviendo su silla, hasta quedar de cara a la puerta de la habitación, y por ello, sólo podía en parte observar sus facciones, aunque veía que los labios le temblaban como si estuviera murmurando palabras imperceptibles. Su cabeza se había abatido sobre su pecho, aunque yo comprendí que no estaba dormido por la completa y rígida abertura del ojo suyo que pude atisbar de perfil. El movimiento de su cuerpo, también contradecía aquella idea, porque se balanceaba de un lado a otro con suave pero constante y uniforme oscilación. Luego de haber observado rápidamente todo aquello, reanudé la lectura de la narración de *sir* Lanzarote, que continuaba de este modo: «Y entonces, el paladín, cuando hubo escapado a la terrible furia del dragón, acordándose del escudo de bronce, y de la ruptura del encanto que había en él, apartó al dragón muerto de su camino, y avanzó valerosamente por el pavimento de plata del castillo, hacia donde estaba colgado el escudo de la pared; el cual, en realidad, no esperó a que él acabase de llegar, sino que cayó a sus pies sobre el pavimento de plata, con poderoso y horrendo sonido retumbante».

Apenas aquellas palabras habían salido de mis labios cuando, como si un escudo de bronce en el mismo instante, hubiese caído pesadamente sobre un pavimento de plata, percibí una distinta, hueca, metálica y estrepitosa, aunque aparentemente apagada repercusión. (Completamente acobardado, salté en pie, pero el mesurado balanceo de Usher seguía, imperturbado. Me precipité hacia la silla donde él se sentaba. Sus ojos miraban fijamente ante sí, y en todo su continente reinaba una pétrea rigidez. Pero cuando puse mi mano en su hombro, se produjo un fuerte estremecimiento en toda su persona; una débil sonrisa tembleteaba en sus labios; y noté que hablaba, con quedo, precipitado y farfullante murmurio, como si no tuviese conciencia de que yo estaba allí. Inclinándome mucho sobre él, pude por fin empaparme del horrendo sentido de sus palabras.

«¿Que si lo oigo? Sí, lo oigo, y lo *he* oído. Largamente, largamente, largamente, muchos minutos, muchas horas, muchos dias, lo he oído, pero yo no me atrevía ¡oh!,

tenedme lástima, ¡soy un pobre desgraciado!, ¡yo no me atrevía y no me *atrevía* a decir nada! *¡La hemos depositado viva en la tumba!* ¿No he dicho ya que mis señoríos son muy agudos? Y os digo ahora que he oído sus primeros débiles movimientos en el hueco del ataúd. Los he oído, durante muchos dias, pero no me atrevía *¡no me atrevía a decir nada!* Y ahora, esta noche, Ethelred —¡ah!, ¡ah!— ¡el quebrarse de la puerta del ermitaño y el grito de muerte del dragón, y el estrépito del escudo! —decid, más bien, ¡el resquebrajarse de su ataúd, y el chirrido de los goznes de hierro de su prisión, y sus forcejeos por la galería blindada de cobre! Oh, ¿adónde huiré? ¿No se presentará aquí ahora mismo? ¿No viene apresurada a echarme en cara mi prisa por enterrarla? ¿No acabo de oír sus pasos por la escalera? ¿No estoy distinguiendo el pesado y horrible latir de su corazón? ¡Loco!». Y al llegar aquí saltó furiosamente de pie, y gritó sus sílabas como si con aquel esfuerzo estuviese entregando el alma —«¡Loco! *Yo os digo que ahora ella está detrás de esa puerta*».

Y como si en la sobrehumana energía de su expresión hubiese habido la potencia de un hechizo, las enormes y vetustas hojas de la puerta a las cuales estaba señalando el que hablaba, abrieron, retrocediendo lentamente, en aquel mismo instante, sus poderosas mandíbulas de hierro. Era efecto de la racha impetuosa, sí, pero también detrás de aquella puerta *estaba* la alta y amortajada figura de *lady* Madeline de Usher. Había sangre en sus blancas ropas, y la evidencia de alguna lucha cruel por toda su extenuada persona. Por un momento se quedó temblorosa y tambaleándose en el umbral; después, con un abatido clamor quejumbroso, cayó pesadamente de cara sobre el cuerpo de su hermano, y en sus violentas y ahora postreras ansias de muerte, lo arrastró a él al suelo, cadáver y víctima de los terrores que había previsto.

De aquella habitación y de aquella casa escapé despavorido. La tempestad reinaba afuera todavía en toda su furia, cuando me hallé cruzando la antigua calzada. De pronto, resplandeció a lo largo del camino una extraña luz, y yo volví la cabeza para ver de dónde podía haber salido un fulgor tan insólito; porque detrás de mí sólo estaban la casa y sus sombras. Aquel resplandor era el de la luna llena, de un color de sangre en su ocaso, y que brillaba vividamente a través de aquella grieta que antes apenas se discernía, de la cual he dicho ya que se extendía en zigzag desde el techo del edificio a su base. Mientras yo la estaba mirando, aquella grieta se ensanchó rápidamente —se produjo una violenta racha del torbellino— todo el disco del satélite estalló de pronto ante mis ojos —mi cerebro se bamboleó cuando vi las poderosas paredes precipitarse partidas en dos— hubo un largo y tumultuoso, voceante rumor, semejante a la voz de mil cataratas y el profundo y cenagoso estanque se cerró torvamente y silenciosamente a mis pies, sobre los fragmentos de la «CASA DE LOS USHER».

LOS ASESINATOS EN LA «RUE» MORGUE

> ¿Qué canción las sirenas cantaron, o qué nombre tomó Aquiles cuando se escondió entre las mujeres? Aunque sean estos problemas arduos, no se hallan fuera del alcance de *toda* conjetura.
>
> SIR THOMAS BROWNE, *El entierro en la urna*.

Las condiciones mentales que suelen juzgarse como analíticas son, en sí mismas, muy difíciles de analizar. Las apreciamos únicamente por sus efectos. Conocemos de ellas, entre otras cosas, que son siempre para su posesor, cuando los posee en alto grado, fuente de goces vivísimos. Así como el hombre fuerte se entusiasma con sus aptitudes físicas, el analizador se deleita en esa actividad moral que se ejerce en *desembrollar*. Obtiene placer hasta de las más triviales ocupaciones que ponen en juego sus talentos. Se perece por los enigmas, por los acertijos, por los jeroglíficos; y muestra en las soluciones de cada uno un grado de *agudeza* que parece al vulgo penetración preternatural. Sus resultados, llevados a cabo por su solo espíritu y por la esencia de su método, adquieren, en realidad, todo el aspecto de una intuición. La facultad de resolución, es acaso muy vigorizada por los estudios matemáticos, y en especial esa importantísima rama de ellos que impropiamente, y sólo teniendo en cuenta sus operaciones previas, ha sido llamada, como por *excelencia*, análisis. Y sin embargo, calcular no es por sí mismo analizar. Un jugador de ajedrez, por ejemplo, hace lo uno sin esforzarse en lo otro. De esto se sigue que el juego de ajedrez, en sus efectos sobre el carácter mental, es muy mal comprendido. Yo no estoy escribiendo aquí un tratado, sino únicamente prolongando una narración bastante singular, con observaciones hechas a la ligera; por lo tanto, aprovecharé esta ocasión para afirmar que las más altas facultades de la inteligencia reflexiva trabajan más decididamente y con más provecho en el modesto juego de damas, que en toda la primorosa frivolidad del ajedrez. En este último, donde las piezas tienen diferentes y *raros* movimientos, con diversos, variables valores, lo que sólo es complicado se toma equivocadamente (error no insólito) por profundo. *La atención* es aquí poderosamente puesta en juego. Si flaquea un solo instante, se comete un descuido, que da por resultado perjuicio o derrota. Como los movimientos posibles son no solamente múltiples sino intrincados, las probabilidades de tales descuidos se multiplican, y en nueve casos por diez, el que triunfa es el jugador más capaz de reconcentrarse, y no el más perspicaz. En las damas, por el contrario, donde los movimientos son *únicos* y tienen muy poca variación, las probabilidades de inadvertencia quedan disminuidas, y como la pura atención queda relativamente desocupada, las ventajas obtenidas por cada una de las partes lo son por su superior perspicacia. Para ser menos abstracto —supongamos un juego de damas donde las piezas quedan reducidas a cuatro *reinas*, y donde, desde luego, no pueden tenerse inadvertencias. Es evidente que en este caso la victoria sólo puede ser decidida (estando los jugadores en completa igualdad de condiciones) por

algún movimiento *calculado* que resulte de algún esfuerzo de la inteligencia. Privado de los recursos ordinarios, el analizador penetra en el espíritu de su contrincante; por lo tanto se identifica con él, y, con no poca frecuencia, descubre de una ojeada, los únicos procedimientos (a veces en realidad absurdamente sencillos) por los cuales puede inducirlo a error o arrastrarlo a un cálculo equivocado.

El *whist* ha sido señalado largo tiempo por su influencia en lo que se llama facultad calculadora; y se ha visto que hombres del mayor grado de inteligencia han hallado en él un deleite a primera vista inexplicable, al paso que dejaban el ajedrez por frívolo. Y no hay duda de que no existe cosa de semejante naturaleza que ejercite de tal modo la facultad de análisis. El mejor jugador de ajedrez de la cristiandad, *puede* llegar a ser poco más que el mejor jugador de ajedrez; pero la pericia en el *whist* implica ya capacidad para el buen éxito en todas las más importantes empresas en que la inteligencia lucha con la inteligencia. Y cuando digo pericia, me refiero a esa perfección en el juego que incluye una comprensión de todas las fuentes de donde puede derivarse una ventaja legítima; y estas fuentes no sólo son diversas, sino multiformes, y residen frecuentemente en reconditeces de pensamiento completamente inaccesibles para el entendimiento vulgar. Observar atentamente es recordar distintamente; y en cuanto a esto, el jugador de ajedrez capaz de concentración lo hará muy bien en el *whist*, puesto que las reglas de Hoyle (basadas a su vez en el puro mecanismo del juego) son suficientes y generalmente comprensibles. Así, el poseer una buena memoria y proceder según «el libro» son puntos comúnmente considerados como el total cumplimiento del buen juego. Pero en cuestiones que están fuera de los límites de la pura regla, es donde se demuestra el talento del analizador. Efectúa, en silencio, una porción de observaciones e inferencias. Tal vez lo hagan también sus compañeros; y la diferencia en la extensión de la información obtenida, no residirá tanto en la validez de la inferencia como la calidad de la observación. El conocimiento necesario es el de lo *que* debe observarse. Nuestro jugador no se limita al juego en modo alguno; ni, porque ahora el juego sea su objeto, habrá de rechazar ciertas deducciones que se originan en cosas exteriores al juego. Examina la fisonomía de su compañero, y la compara cuidadosamente con la de cada uno de sus demás contrincantes. Considera el modo de distribuirse las cartas a cada mano; a menudo contando triunfo por triunfo y tanto por tanto, observando las ojeadas que dan a cada uno de ellos sus tenedores. Nota cada variación de los rostros a medida que el juego adelanta, recogiendo gran cantidad de ideas por las diferencias en las expresiones de certidumbre, de sorpresa, de triunfo, o desagrado. Por la manera de recoger una baza, juzga si la persona que la toma puede hacer otra después. Reconoce lo que se juega simuladamente, por el gesto con que se echa la carta sobre la mesa. Una palabra casual o inadvertida; la caída accidental de una carta, o el volverla sin querer con la ansiedad o el descuido que acompaña el acto de evitar que puedan verla; la cuenta de las bazas con el orden de su distribución; perplejidad, duda, entusiasmo o temor —todo ello depara a su percepción; que parecerá intuitiva,

indicaciones acerca del verdadero estado de cosas. Una vez jugadas las dos o tres primeras tandas, ya se halla en plena posesión de los contenidos de cada mano, y desde aquel momento echa sus cartas con tan absoluta precisión de propósito, como si el resto de los jugadores tuvieran vueltas hacia él las caras de las suyas.

La facultad analítica no debe ser confundida con la mera ingeniosidad; porque mientras que el analizador es necesariamente ingenioso, el hombre ingenioso a menudo es notablemente incapaz de análisis. La facultad de continuidad o de combinación con que se manifiesta generalmente la ingeniosidad, y a la cual los frenólogos (en mi opinión erróneamente) han asignado un órgano aparte, suponiendo que es una facultad primordial, se ha visto con tanta frecuencia en individuos cuya capacidad bordeaba, por otra parte, la idiotez, que ha llamado la atención general entre los escritores de asuntos morales. Entre la ingeniosidad y el talento analítico existe una diferencia mucho mayor, en efecto, que entre el fantaseo y la imaginación, aunque de caracteres muy estrictamente análogos. En realidad se observará que el ingenioso es siempre fantástico, mientras que el *verdadero* imaginativo no deja de ser nunca analítico.

La narración que sigue podrá servir en cierta manera al lector para ilustrarlo en una interpretación de las proposiciones que acabamos de anticipar.

Hallándome en París durante la primavera y parte del verano de 18… conocí allí a un señor llamado C. Auguste Dupin. Aquel joven caballero, pertenecía a una excelente familia —es más, a una ilustre familia; pero por una serie de malhadados acontecimientos, había quedado reducido a tal pobreza, que sucumbió a ella la energía de su carácter, y renunció a sus ambiciones mundanas, así como a procurar por la restauración de su hacienda. Con el beneplácito de sus acreedores, pudo quedar todavía en posesión de un remanente de su patrimonio; y con la renta que obtenía de este modo, pudo arreglárselas, por medio de una rigurosa economía, para procurarse lo más necesario para vivir, sin preocuparse por lo más superfluo. En realidad, los libros eran su único lujo, y en París los libros se obtienen fácilmente.

Nuestro primer encuentro acaeció en una oscura biblioteca de la *rue* Montmartre, donde la coincidencia de andar buscando los dos un muy raro y muy notable volumen, nos puso en estrecha intimidad. Nos vimos muy a menudo. Yo me había interesado profundamente por su pequeña historia familiar, que él me contaba minuciosamente con todo el candor con que un francés da rienda suelta a sus confidencias cuando habla de sí mismo. Además, me admiraba la vastedad de sus lecturas; y, sobre todo, mi alma se enardecía con el vehemente ardor, y la viva frescura de su imaginación. Dadas las investigaciones en que yo me ocupaba entonces en París, comprendí que la amistad de un hombre como aquél sería para mí un tesoro inapreciable; y con esta idea me confié francamente a él. Por fin, quedó convenido que viviríamos juntos durante mi permanencia en la ciudad; y como mi situación económica era algo menos embarazosa que la suya, me fue permitido participar en los gastos de alquilar y amueblar de manera que se adaptase al carácter

algo fantástico y melancólico de nuestro temperamento común, una casa vetusta y grotesca, abandonada hacía ya mucho tiempo con motivo de ciertas supersticiones las cuales no quisimos averiguar, y que se bamboleaba como si fuese a hundirse, en un retirado y desolado rincón del Faubourg Saint-Germain.

Si la rutina de nuestra vida en aquel sitio hubiera sido conocida por la gente, nos hubiera tomado por locos, aunque tal vez por locos de especie inofensiva. Nuestra reclusión era perfecta. No admitíamos visitantes. En realidad, el lugar de nuestro retiro había sido cuidadosamente mantenido secreto para mis antiguos camaradas; y hacía ya muchos años que Dupin había cesado de conocer a nadie o de ser conocido en París. Existíamos sólo el uno para el otro.

Una rareza de la fantasía de mi amigo (¿cómo podría calificarla de otro modo?), consistía en estar enamorado de la noche por ella misma; y con esta *extravagancia* como con todas las demás que él tenía, yo condescendía tranquilamente; me entregaba a sus singulares antojos con abandono perfecto. La negra divinidad no podía siempre habitar con nosotros; pero podíamos falsificar su presencia. Al primer albor de la mañana cerrábamos todos los macizos postigos de nuestra vetusta mansión; encendíamos un par de bujías, fuertemente perfumadas, y que por esto mismo no daban sino un resplandor sumamente pálido y débil. A favor de aquella luz, ocupábamos nuestras almas en sueños —leyendo, escribiendo, o conversando, hasta que el reloj nos advertía del advenimiento de la verdadera oscuridad. Y entonces salíamos a pasear por aquellas calles, de bracero, continuando las conversaciones del día, o vagabundeando por todas partes, hasta muy tarde, buscando, entre las estrafalarias luces y sombras de la populosa ciudad, la infinitud de excitación mental que la tranquila meditación no puede procurarnos.

En tales momentos yo no podía menos de notar y admirar (aunque ya por su rica idealidad había sido preparado a esperarlo) un talento particularmente analítico en Dupin. Parecía, además, deleitarse vivamente en ejercitarlo —si no concretamente en ejercerlo— y no dudaba en confesar el placer que ello le causaba. Se alababa conmigo, riéndose con risita chancera, de que muchísimos hombres, para él, llevaban ventanas en sus pechos, y acostumbraba a reforzar tales afirmaciones con pruebas sorprendentes y directas de su íntimo conocimiento de mi propia persona. Sus maneras en tales momentos eran glaciales y abstraídas; sus ojos quedaban sin expresión; mientras que su voz, por lo general ricamente atenorada, se elevaba hasta un atiplado que hubiera sonado a petulancia a no ser por la circunspecta y completa claridad de su pronunciación. Observándolo en tales disposiciones de ánimo, yo a menudo me ponía a meditar acerca de la antigua filosofía del Alma Doble, y me divertía imaginando un doble Dupin: el creador y el analizador.

No vaya a suponerse, por lo que acabo de decir, que estoy narrando algún misterio, o escribiendo una novela. Lo que he descrito de aquel francés, no era más que el resultado de una inteligencia exaltada o tal vez enferma. Pero del carácter de sus observaciones en aquella época un ejemplo dará mejor idea.

Una noche íbamos vagando por una calle larga y roñosa, en las cercanías del Palais Royal. Como cada uno de nosotros, al parecer, iba enfrascado en sus propios pensamientos, hacía lo menos quince minutos que ninguno había pronunciado ni una sílaba. De pronto, Dupin rompió el silencio con estas palabras:

«Bien mirado, es demasiado pequeño ese muchacho y estaría mejor en el *Théâtre des Variétés*».

«En eso no cabe duda», repliqué yo sin pensar lo que decía y sin observar al primer pronto (tan absorto había estado en mis reflexiones) de qué modo extraordinario mi interlocutor había coincidido con mis meditaciones. Un instante después, me recobré y mi asombro fue profundo.

«Dupin —dije gravemente— esto excede a mi comprensión. No vacilo en decir que estoy asombrado, y apenas puedo dar crédito a mis sentidos. ¿Cómo es posible que usted haya podido saber lo que yo estaba pensando?». En diciendo esto me interrumpí, para asegurarme, sin duda ninguna, de que realmente sabía él en quién estaba yo pensando.

«En Chantilly —dijo él—, ¿por qué se ha interrumpido usted? Usted estaba observando entre sí que su diminuta figura lo inhabilitaba para la tragedia».

Y esto era precisamente lo que había formado el tema de mis reflexiones. Chantilly era un exzapatero remendón de la calle Saint-Denis, que se perecía por el teatro, y había probado el papel de Jerjes, en la tragedia de Crébillon, que lleva ese título, pero sus esfuerzos no le habían ganado sino las burlas del público.

«Dígame usted por Dios —exclamé—, ¿por qué método, si método hay, ha podido usted profundizar ahora en mi espíritu?». En realidad estaba yo mucho más asombrado aún de lo que hubiera querido confesar.

«Ha sido el vendedor de frutas —respondió mi amigo—, quien le ha inducido a esa conclusión de que el remendón de suelas, no tenía la talla necesaria para Jerjes *et idgenus omne*»[4].

«¿El vendedor de frutas?, ¡me pasma usted!, yo no conozco a ninguno».

«Sí, ese hombre que ha topado con usted, cuando hemos entrado en esta calle, hará unos quince minutos».

Entonces recordé que, en efecto, un vendedor de frutas, que llevaba en la cabeza una grande canasta de manzanas, por poco me derriba, sin querer, cuando pasábamos de la calle C… al callejón donde estábamos ahora; pero yo no acababa de comprender qué tenía que ver aquello con Chantilly.

No cabía en Dupin la menor partícula de charlatanería. «Voy a explicárselo —dijo —, y para que pueda usted recorrerlo todo claramente, primero vamos a repasar en sentido inverso el curso de sus meditaciones desde este momento en que le estoy hablando hasta el del *choque* con el vendedor de frutas. Los principales eslabones de la cadena se suceden en sentido inverso de este modo; Chantilly, Orión, doctor Nichols, Epicuro, Estereotomía, las piedras de la calle, el vendedor de frutas».

Pocas son las personas que en algún momento de su vida, no se hayan divertido

en recorrer en sentido inverso las etapas por las cuales han sido alcanzadas determinadas conclusiones de su inteligencia. Es una ocupación a menudo llena de interés; y el que por primera vez la prueba, se queda pasmado de la aparente distancia ilimitada y de la incoherencia que parecen mediar desde el punto de partida a la meta final. Puede suponerse cuál no sería mi asombro cuando oí lo que acababa de decir el joven francés y no pude menos de reconocer que había dicho la verdad. Él continuó luego de este modo:

«Habíamos estado hablando de caballos, si bien recuerdo, en el momento en que íbamos a dejar la calle C… Era el último tema que habíamos discutido. Cuando entrábamos en esta calle, un vendedor de frutas, con una grande canasta en la cabeza ha pasado rápidamente delante de nosotros, y lo ha empujado a usted contra un montón de adoquines, en un sitio donde la calzada está en reparación; usted ha puesto el pie en uno de los cantos sueltos, ha resbalado, se ha torcido usted ligeramente el tobillo, ha parecido usted quedar molestado o malhumorado, ha refunfuñado unas palabras, se ha vuelto para mirar el montón de adoquines, y luego ha continuado andando en silencio. Yo no prestaba particular atención a lo que usted hacía; pero la observación se ha vuelto para mí, desde hace mucho tiempo, una especie de necesidad.

»Usted ha caminado, con los ojos mirando al suelo, atendiendo con expresión de enfado a los hoyos y rodadas del empedrado (por lo que yo deducía que estaba usted pensando aún en las piedras), hasta que hemos llegado a la callejuela llamada pasaje Lamartine, que ha sido pavimentada, a manera de prueba, con tarugos sobrepuestos y remachados. Al entrar allí, su semblante se ha iluminado, y al ver yo que se movían sus labios no he podido dudar de que murmuraba usted la palabra “estereotomía”[5], término que tan afectadamente se aplica a esa especie de pavimento. Yo sabía que usted no podía pronunciar entre sí la palabra “estereotomía”, sin ser inducido a pensar en los átomos, y por lo tanto en las teorías de Epicuro; y como, cuando no hace mucho discutíamos acerca de aquel tema, yo le hice notar a usted de qué modo singular, y sin que ello haya sido muy notado, las vagas conjeturas de aquel griego han hallado confirmación en la reciente cosmogonía nebular, he comprendido que no podía usted menos de levantar sus ojos hacia la grande *nebulosa* de Orión, y he esperado con toda seguridad que usted lo liaría. En efecto, usted ha mirado hacia arriba; entonces he adquirido la certidumbre de haber seguido correctamente las etapas de su pensamiento. Ahora bien, en aquella acerba diatriba contra Chantilly que se publicó ayer en el *Musée* el escritor satírico, haciendo algunas ofensivas alusiones al cambio de nombre del remendón al calzarse el coturno, citaba un verso latino acerca del cual nosotros hemos conversado a menudo. Me refiero al verso,

Vendit antiquum littera prima sonum[6].

»Yo le había dicho a usted que esto se refería a la palabra Orión, que

primeramente se escribía Urión; y, por ciertas discusiones algo enconadas que tuvimos acerca de aquella interpretación mía, yo he tenido la seguridad de que usted no la habría olvidado. Era evidente, pues, que no dejaría usted de asociar las dos ideas de *Orión* y *Chantilly*. Que usted las asociaba, lo he comprendido por el carácter de la sonrisa que ha pasado por sus labios. Usted ha pensado, pues, en aquella *inmolación* del pobre zapatero. Hasta aquel momento usted había caminado inclinando el cuerpo; pero ahora yo lo veía erguirse en toda su talla. Este gesto me ha dado la seguridad de que pensaba usted en la diminuta figura de Chantilly. Y entonces ha sido cuando he interrumpido sus meditaciones, para observar que, por *ser* en efecto un sujeto demasiado bajo de estatura —ese Chantilly— estaría mejor en el *Théâtre des Variétés*».

No mucho tiempo después de esta conversación, estábamos recorriendo una edición de la tarde de la *Gazette des Tribunaux*, cuando llamaron nuestra atención los párrafos siguientes:

«EXTRAÑOS ASESINATOS. — Esta madrugada, hacia las tres, los habitantes del Quartier Saint-Roch, han sido despertados por una serie de espantosos gritos, que salían, al parecer, del piso cuarto de una casa en la *rue* Morgue, la cual se sabía que estaba habitada únicamente por cierta *madame* L'Espanaye y su hija *mademoiselle* Camille L'Espanaye. Después de alguna tardanza, ocasionada por los infructuosos intentos para poder entrar en la casa de modo normal, se ha forzado la puerta de entrada con una palanca de hierro, y han entrado ocho o diez vecinos, acompañados de dos gendarmes. En aquel momento han cesado los gritos; pero cuando aquellas personas han llegado precipitadamente al primer rellano de la escalera, se han distinguido dos o más voces ásperas, que parecían disputar airadamente, y proceder de la parte superior de la casa. Cuando se llegó al segundo rellano, también aquellos rumores habían cesado y todo ha permanecido en absoluto silencio. Las personas mencionadas se han desparramado y recorrido precipitadamente todas las habitaciones de la casa. Cuando han llegado por fin a una vasta sala trasera del cuarto piso (cuya puerta, por estar cerrada con llave por dentro, ha tenido que ser forzada), se ha ofrecido un espectáculo que ha sobrecogido a todos los presentes, no sólo de horror sino de asombro.

»La habitación estaba en violentísimo desorden y los muebles rotos y esparcidos en todas direcciones. No quedaba más lecho que la armadura de una cama, todo lo demás de la cual había sido arrancado y tirado por el suelo. Sobre una silla había una navaja de afeitar, manchada de sangre. En la chimenea había dos o tres largas y espesas guedejas de canosos cabellos humanos, también empapados de sangre, y que parecían haber sido arrancados de raíz. Sobre el pavimento se han hallado cuatro napoleones, un pendiente de topacio, tres grandes cucharas de plata, tres cucharillas de *métal d'Alger*, y dos talegas que contenían aproximadamente cuatro mil francos en oro. Los cajones de una cómoda que se hallaban en un rincón, estaban abiertos, y habían sido, al parecer saqueados, aunque en ellos quedaban todavía algunos objetos.

Se ha encontrado asimismo un cofrecito de hierro; estaba debajo de la *cama* (no de la armadura de la cama). Estaba abierto, con la llave todavía en la cerradura. No contenía más que unas cuantas cartas antiguas, y otros papeles de poca importancia.

»De *madame* L'Espanaye no se encontraba rastro; pero al observarse en el hogar una cantidad desusada de hollín, se ha hecho una investigación en la chimenea, y (¡da grima decirlo!), se ha extraído de allí el cuerpo de su hija, que estaba cabeza abajo; había sido introducido de esta forma por la estrecha abertura arriba, hasta una altura considerable. El cuerpo estaba todavía caliente. Al examinarlo, se han notado en él numerosas excoriaciones, sin duda ocasionadas por la violencia con que había sido embutido allí, y el esfuerzo para extraerlo. En el rostro había algunos fuertes arañazos, y, en la garganta, cárdenas magulladuras, y profundas entalladuras causadas por uñas, como si la muerta hubiera sido estrangulada.

»Después de un completo examen de todos los lugares de la casa, sin que se lograra ningún nuevo descubrimiento, los presentes se dirigieron a un patinillo enlosado, en la parte posterior del edificio, donde han hallado el cadáver de la anciana señora, con la garganta rebanada de tal modo que, al intentar levantar el cuerpo, la cabeza se ha desprendido. El cuerpo, así como la cabeza, estaban horriblemente mutilados, y el primero de tal modo, que conservaba apenas su apariencia humana.

»Hasta ahora, que sepamos, no se ha obtenido el menor indicio para aclarar este horrible misterio».

El diario del día siguiente daba estos pormenores adicionales: *La Tragedia de la «Rue» Morgue*. Buen número de personas han sido interrogadas acerca de tan extraordinario y espantoso *asunto* (la palabra «affaire» [asunto] no tiene todavía en Francia la escasez de significado que se le da entre nosotros), pero no se ha traslucido nada que dé luz sobre ello. A continuación damos todas las declaraciones más importantes que se han obtenido.

»*Paulina Dubourg*, lavandera, declara haber tratado a las víctimas durante tres años, por haber lavado para ellas todo ese tiempo. La anciana y su hija parecían vivir en buenos términos, muy cariñosas una para otra. Eran buenas pagadoras. No sabe nada acerca de su manera ni medios de vivir. Piensa que la señora L'E. decía la buenaventura para ganar la subsistencia. Gozaba fama de tener dinero arrinconado. No halló jamás a otras personas en la casa cuando la llamaban para recoger la ropa ni cuando iba a devolverla. Estaba segura de que no tenían persona ninguna a su servicio. No parecía haber muebles en ninguna parte de la casa, salvo en el cuarto piso.

»*Pierre Moreau*, estanquero, declara que acostumbró venderle pequeñas cantidades de tabaco y de rapé a *madame* L'Espanaye durante unos cuatro años. Él nació en su vecindad y siempre había vivido allí. La muerta y su hija hacía más de seis años que habitaban en la casa donde fueron hallados sus cadáveres. Anteriormente había sido ocupada por un joyero, que a su vez alquilaba las

habitaciones inferiores a varias personas. La casa era propiedad de *madame* L'E. Estaba descontenta por los abusos de su inquilino, y se trasladó a la casa de su propiedad, negándose a alquilar ninguna parte de ella. La anciana señora chocheaba ya. El testigo había visto a su hija unas cinco o seis veces durante seis años. Las dos pasaban una vida excesivamente retirada, y era fama que tenían dinero. Había oído decir entre los vecinos que *madame* L'E. decía la buenaventura, pero él no lo creía. Nunca había visto pasar la puerta a ninguna persona, excepto a la anciana señora y a su hija, a un recadero una o dos veces, y ocho o diez veces a un médico.

»Otras muchas personas, vecinas, declaran lo mismo. Pero de ninguna se dice que frecuentase la casa. No se sabe si la señora y su hija tenían parientes vivos. Los postigos de los balcones de la fachada principal raramente estaban abiertos. Los de la parte de atrás siempre estaban cerrados, excepto las ventanas de la grande sala trasera del cuarto piso. La casa era una buena finca, y no muy vieja.

»*Isidore Musté*, gendarme. Declara que fue llamado para ir a la casa hacia las tres de la madrugada, y halló a la puerta principal a unas veinte o treinta personas, que se esforzaban por entrar. Él pudo forzar la puerta, por fin, con una bayoneta y no con una barra de hierro. No tuvo mucha dificultad en abrirla, porque era una puerta de dos hojas y no tenía cerrojo, ni pasador en su parte de arriba. Los gritos fueron continuos hasta que la puerta fue forzada y luego cesaron súbitamente. Parecían ser los alaridos de alguna persona (o personas) en grande angustia; eran muy fuertes y prolongados, no cortos y rápidos. El testigo subió escaleras arriba. Y en llegando al primer rellano, oyó dos voces que gritaban mucho y disputaban violentamente: una de ellas áspera y la otra muy aguda, una voz muy extraña. Pudo distinguir algunas palabras de la primera, que era la de un francés. Positivamente no era voz de mujer. Pudo distinguir las palabras "*sacre*" y "*diable*". La voz aguda era la de un extranjero. No puede afirmar si era de hombre o de mujer. No pudo distinguir lo que decía, pero piensa que hablaba en español. El estado de la casa y de los cadáveres fue descrito por el testigo como lo describimos nosotros ayer.

»*Henri Duval*, un vecino, de oficio platero, declara que él formaba parte del grupo que entró primero en la casa. Corrobora en general la declaración de Musté. En cuanto se abrieron paso forzando la puerta, volvieron a cerrarla, para contener a la muchedumbre, que se había agrupado muy espesa, a pesar de ser tan tarde. La voz aguda, piensa el testigo, que era la de un italiano. De lo que está cierto es que no era la de un francés. No está seguro de si era una voz de hombre. Bien podía ser la de una mujer. No conoce la lengua italiana. No pudo distinguir las palabras, pero está convencido por la entonación que el que hablaba era un italiano. Conocía a la señora L'E. Había conversado con ellas frecuentemente. Estaba seguro de que la voz aguda no era la de ninguna de las muertas.

»*Odenheimer*, fondista. Este testigo se ofreció voluntariamente a declarar. Como no hablaba francés, fue interrogado por medio de un intérprete. Es natural de Amsterdam. Pasaba por delante de la casa en el momento de los gritos. Se detuvo

unos minutos, probablemente diez. Eran fuertes y prolongados; causaban espanto y angustia. Fue uno de los que entraron en la casa. Corrobora el testimonio anterior, en todos sus particulares menos uno. Está seguro de que la voz aguda era la de un hombre, de un francés. No pudo distinguir las palabras pronunciadas. Eran altas y rápidas, desiguales, dichas al parecer con miedo y con ira juntamente. La voz era áspera, no tan aguda como áspera. En realidad no puede afirmar que fuese una voz verdaderamente aguda. La voz grave decía repetidamente "*sacre*", "*diable*", y una vez "*mon Dieu*".

»*Jules Mignaud*, banquero de la casa *Mignaud et Fils, rue* Deloraine. Es el mayor de los Mignaud. La señora L'Espanaye poseía alguna hacienda. Había abierto una cuenta en su casa de banca la primavera del año ocho años antes. Había impuesto con frecuencia pequeñas cantidades. No había retirado cantidad ninguna hasta tres días antes de su muerte, en que cobró personalmente la suma de cuatro mil francos. Esta suma fue pagada en oro, y se encargó a un dependiente que se la llevase a su casa.

»*Adolphe le Bon*, dependiente en casa *Mignaud et Fils*, declara que el día en cuestión, hacia el mediodía, acompañó a *madame* L'Espanaye a su domicilio con los cuatro mil francos, puestos en dos talegas. Cuando se abrió la puerta, se presentó *mademoiselle* L'E., y tomó de sus manos una de las talegas, mientras la señora anciana lo aligeraba de la otra. Entonces él saludó y se fue. No vio a ninguna persona en la calle en aquellos momentos. Es una calleja de paso, muy solitaria.

»*William Bird*, sastre, declara que fue uno de los del grupo que entró en la casa. Es un inglés. Ha vivido en París dos años. Fue uno de los primeros que subieron las escaleras. Oyó las voces que disputaban. La voz gruesa era la de un francés. Pudo captar algunas palabras, pero ahora no puede recordarlas todas. Oyó distintamente "*sacre*" y "*mon Dieu*". Por un momento se produjo un rumor como si se peleasen varias personas, un ruido de riña y forcejeo. La voz aguda era muy fuerte, más fuerte que la grave. Está seguro de que no era la voz de un inglés. Parecía más bien la de un alemán. Bien podía haber sido la voz de una mujer. No entiende el alemán.

»Cuatro de los testigos arriba mencionados, interrogados nuevamente, han declarado que la puerta de la habitación en que se halló el cuerpo de la señorita L'E., estaba cerrada por dentro cuando el grupo llegó a ella. Todo estaba en absoluto silencio, ni gemidos ni ruidos de ninguna clase. Al forzar la puerta, no se vio allí a nadie. Las ventanas, tanto las de la parte posterior como las de la fachada, estaban cerradas y fuertemente aseguradas por dentro con sus cerrojos. Una puerta de comunicación entre las dos salas estaba cerrada, pero no con llave. La puerta que conducía de la habitación delantera al pasillo estaba cerrada con llave por dentro. Una salita de la parte delantera del cuarto piso, a la entrada del pasillo, estaba abierta, con su puerta entornada. En esta salita se amontonaban camas viejas, cofres y objetos por el estilo. Estos fueron cuidadosamente apartados y examinados. No quedó ni una pulgada de ninguna porción de la casa sin ser registrada cuidadosamente. Se mandó introducir unos deshollinadores en las chimeneas, por arriba y por abajo. La casa

tenía cuatro pisos, con buhardillas (*mansardes*). Una puerta de escotillón, en el techo, estaba fuertemente enclavada, y no parecía haber sido abierta en muchos años. En cuanto al tiempo que transcurrió entre el oírse las voces que se disputaban, y el forzar la puerta del piso, difieren las afirmaciones de los testigos. Los unos lo reducen a unos tres minutos y los otros lo alargan hasta cinco. Costó mucho abrir la puerta.

»*Alfonso Gardo*, empresario de pompas fúnebres, declara que reside en la *rue* Morgue, es natural de España. Formaba parte del grupo que entró en la casa. No subió las escaleras. Es muy nervioso, y temía los efectos de la emoción. Oyó las voces que disputaban; la voz grave era la de un francés. No pudo distinguir lo que decían. La voz aguda era de un inglés, de esto está seguro. No entiende la lengua inglesa, pero juzga por la entonación.

»*Alberto Montani*, confitero, declara que fue uno de los primeros en subir la escalera. Oyó las voces de referencia. La voz grave era la de un francés. Pudo distinguir varias palabras. Aquel individuo parecía reconvenir al otro. No pudo comprender las palabras de la voz aguda. Hablaba rápida y entrecortadamente. Piensa que aquella voz era la de un ruso. Corrobora las declaraciones generales. Es italiano. Jamás ha conversado con un ruso.

»Algunos testigos, interrogados nuevamente, han certificado que las chimeneas de todas las habitaciones del cuarto piso eran demasiado estrechas para permitir el paso de un ser humano. Cuando hablaron de “deshollinadores” se referían a esas escobillas cilindricas para deshollinar, que usan los que limpian las chimeneas. Estas escobillas fueron pasadas arriba y abajo por todos los cañones de chimenea de la casa. En la parte trasera de la misma no hay paso alguno por donde nadie pudiera bajar mientras el grupo subía las escaleras. El cuerpo de *mademoiselle* L’Espanaye estaba tan fuertemente embutido en la chimenea, que no pudo ser sacado de allí sino uniendo sus fuerzas cinco de los presentes.

»*Paul Damas*, médico, declara que fue llamado para examinar los cadáveres, hacia el amanecer. Entonces yacían ambos sobre las correas de la armadura de la cama, en la habitación donde fue hallada la señorita L’E. El cuerpo de la joven estaba muy magullado y lleno de excoriaciones. Estas circunstancias se explican suficientemente por haber sido arrastrado hacia arriba de la chimenea. La garganta estaba extraordinariamente excoriada. Presentaba varios arañazos profundos precisamente debajo de la barbilla, junto con una serie de manchas lívidas que eran evidentemente impresiones de unos dedos. El rostro estaba horriblemente descolorido, y los globos de los ojos fuera de sus órbitas. La lengua había sido mordida, y parcialmente seccionada. En el hueco del estómago se descubrió un ancho magullamiento producido al parecer por la presión de una rodilla. En opinión del señor Dumas, *mademoiselle* L’Espanaye había sido estrangulada por alguna persona o personas desconocidas. El cuerpo de la madre estaba horriblemente mutilado. Todos los huesos de la pierna derecha y del brazo estaban más o menos quebrantados. La tibia izquierda estaba hecha astillas, así como las costillas del mismo lado. Todo el

cuerpo espantosamente magullado y descolorido. No es posible decir cómo fueron causadas aquellas heridas. Algún pesado garrote de madera, o alguna ancha barra de hierro —alguna silla— alguna herramienta, ancha, pesada y roma podrían haber producido semejantes resultados, con tal de ser esgrimidos por las manos de un hombre muy forzudo. Ninguna mujer podría haber asestado aquellos golpes con arma ninguna. La cabeza de la difunta, cuando la vio el testigo, estaba enteramente separada del cuerpo, y estaba también muy destrozada. La garganta había sido evidentemente cortada con algún instrumento muy afilado, probablemente con una navaja de afeitar.

»*Alexandre Etienne*, cirujano, fue llamado al mismo tiempo que el señor Dumas para examinar los cuerpos. Corroboró la declaración y las opiniones del señor Dumas.

»No se han podido obtener más pormenores importantes, aunque se ha interrogado a otras varias personas. Un crimen tan misterioso, y tan intrincado en todos sus particulares, jamás había sido cometido en París, si es que se trata realmente de un crimen. La policía no tiene rastro ninguno, rara circunstancia en asuntos de tal naturaleza. En realidad, pues, no existe ni sombra de la menor pista».

La edición de la tarde de aquel periódico afirmaba que reinaba todavía mucha excitación en el Quartier Saint-Roch, que las circunstancias del crimen habían sido cuidadosamente investigadas de nuevo, y se había interrogado otra vez a los testigos, aunque sin nuevo resultado. Con todo, una noticia de última hora anunciaba que Adolphe le Bon había sido detenido y encarcelado, aunque no parecía acusarlo ninguna de las circunstancias ya expuestas.

Dupin parecía singularmente interesado en el curso de aquel asunto, o a lo menos yo lo deducía de su conducta, porque él no pronunciaba ningún comentario.

Sólo después de anunciarse que había sido encarcelado Le Bon, me preguntó mi opinión acerca de aquellos asesinatos.

Yo no pude sino expresarle mi conformidad con todo París en considerar que aquello era un misterio insoluble. No hallaba manera de que pudiese darse con el asesino.

«No podemos juzgar acerca de la manera de hallarlo —dijo Dupin— por esos interrogatorios tan superficiales. La policía de París, tan alabada por su perspicacia, es astuta, pero de ahí no pasa. En sus diligencias no hay otro método, sino el que sugieren las circunstancias. Hacen grande ostentación de disposiciones; pero con bastante frecuencia, resultan adaptarse tan mal a los fines propuestos, que nos hacen pensar en *monsieur* Jourdain[7] pidiendo su *bata —para oír mejor la música*. Los resultados que obtienen no dejan de ser a veces sorprendentes, pero en su mayoría, son obtenidos por mera insistencia y actividad. Cuando tales procedimientos resultan ineficaces, todos sus planes fallan. Vidocq, por ejemplo, era un buen adivinador, y hombre perseverante. Pero como no tenía educada la inteligencia, se descarriaba constantemente, por la misma intensidad de sus investigaciones. Menoscababa su

visión por mirar el objeto tan de cerca. Era capaz de ver acaso una o dos circunstancias con desusada claridad, pero al hacerlo, necesariamente perdía la visión total del asunto. Puede decirse que ése es el defecto de ser demasiado profundo. La verdad no siempre está dentro de un pozo. En realidad, en cuanto a lo que más importa conocer, yo pienso que es invariablemente superficial. La profundidad está en los valles donde la buscamos, pero no en las cimas de las montañas desde donde la descubrimos. Las variedades y orígenes de esta especie de error, tienen un buen ejemplo en la contemplación de los cuerpos celestes. Mirar a una estrella por ojeadas —examinarla de soslayo, volviendo hacia ella las partes exteriores de la retina (más sensibles a las débiles impresiones de la luz que las interiores), es contemplar la estrella distintamente— es obtener la mejor apreciación de su brillo, un brillo que se va oscureciendo a medida que vamos volviendo nuestra visión *de lleno* hacia ella. En realidad, caen en los ojos mayor número de rayos en el último caso, pero en el primero se obtiene una receptibilidad más afinada. Con una profundidad indebida embrollamos y debilitamos el pensamiento; y podemos hasta lograr que Venus se desvanezca del cielo por una mirada escrutadora demasiado sostenida, demasiado concentrada, o demasiado directa.

»En cuanto a esos asesinatos, vamos a entrar en algunas investigaciones por nuestra cuenta, antes de formarnos opinión alguna respecto a ellos. Una indagación así nos procurará un buen pasatiempo (a mí me pareció impropia esta ultima palabra, aplicada a tal asunto; pero no dije nada); y, además, Le Bon ha comenzado por prestarme un servicio para el cual no seré desagradecido. Vamos a ir al lugar del suceso, para examinarlo con nuestros propios ojos. Conozco a G…, el prefecto de Policía, y no me será difícil obtener el permiso necesario».

Obtuvimos el permiso y nos fuimos en seguida a la *rue* Morgue. Es una de esas miserables callejuelas que cruzan por entre la calle de Richelieu y la de Saint-Roch. Eran ya las últimas horas de la tarde cuando llegamos a ella, porque aquel barrio estaba muy lejos del en que nosotros vivíamos. Hallamos pronto la casa, porque aún había muchas personas que estaban mirando a las ventanas cerradas, con vana curiosidad. Era una casa como muchas de París, con una puerta principal, y en uno de sus lados había una casilla de cristales con un bastidor corredizo en la ventanilla, y que mostraba ser mi *quiosco de portera*. Antes de entrar, echamos calle arriba, doblamos por un callejón, y luego, doblando otra vez, pasamos a la fachada posterior del edificio, mientras Dupin examinaba todos los alrededores, así como la casa, con una minuciosidad de atención cuya finalidad yo no podía comprender.

Luego nos volvimos por donde habíamos venido, llegamos a la fachada delantera del edificio, llamamos, y luego de mostrar nuestros permisos, los agentes de guardia nos permitieron entrar. Subimos las escaleras hasta la habitación donde había sido encontrado el cuerpo de *mademoiselle* L’Espanaye, y donde aún yacían las dos muertas. El desorden de la habitación, como es costumbre, había sido respetado. Yo no vi nada de lo que se había manifestado en la *Gazette des Tribunaux*. Dupin lo fue

escudriñando todo, sin dejarse los cuerpos de las víctimas. Luego pasamos a las otras habitaciones y al patio; un *gendarme* nos acompañó a todas partes. Aquella investigación nos ocupó hasta el oscurecer, cuando nos fuimos. Camino de nuestra casa, mi compañero se detuvo unos minutos en las oficinas de un diario.

He dicho que las rarezas de mi amigo eran diversas, y que yo *les ménageais*[8]; —porque esta frase no tiene su equivalente en inglés—, le dio por rehusar toda conversación acerca del asesinato, hasta el día siguiente a mediodía. Entonces me preguntó, súbitamente, si había yo observado algo de particular en el teatro del crimen.

Había en la manera como recalcaba la palabra «particular» algo que me hizo estremecer sin saber por qué.

«No, nada de *particular* —dije—; a lo menos nada más de lo que vimos los dos expuesto en el diario».

«La *Gazette* —replicó él—, mucho me temo que no ha logrado penetrar en el horror inusitado del asunto. Pero dejemos las vanas opiniones de aquel impreso. Yo pienso que si ese misterio parece insoluble, es por la misma razón que debería hacerlo fácil de resolver; me refiero al carácter desmesurado de sus circunstancias. La policía está confundida por la aparente ausencia de motivación, y no por el crimen en sí mismo para tal atrocidad en el asesinato. Los confunde también, la imposibilidad aparente de conciliar las voces que se oyeron disputar, con las circunstancias de no haber hallado arriba sino a *mademoiselle* L'Espanaye asesinada, y no hallar manera de que nadie saliera del piso sin que lo viesen las personas que subían por las escaleras. El extraño desorden de la habitación, el cadáver introducido con la cabeza hacia abajo, en la chimenea; la espantosa mutilación del cuerpo de la anciana; estas consideraciones, con las ya mencionadas, y otras que no necesitan mención, han bastado para que se paralizasen sus facultades, haciendo fracasar por completo la tan decantada *perspicacia* de los agentes del Gobierno. Han caído en el grande aunque común error, de confundir lo inusitado con lo abstruso. Pero precisamente por estas desviaciones del plano de lo corriente, es por donde la razón hallará su camino, si ello es posible, en la investigación de la verdad. En indagaciones como las que ahora estamos haciendo, no debemos preguntarnos tanto "¿qué ha ocurrido?" como "¿qué ha ocurrido que no había ocurrido jamás hasta ahora?". En realidad, la facilidad con que yo llegaré, o he llegado ya, a la solución de ese misterio, está en razón directa con su aparente insolubilidad a los ojos de la policía».

Yo clavé los ojos en mi interlocutor, con mudo asombro.

«Ahora estoy esperando —continuó diciendo, y mirando hacia la puerta de nuestra habitación—, estoy ahora esperando a una persona que, aunque tal vez no sea quien ha perpetrado esas carnicerías, bien podría estar complicada en cierta medida en su perpetración. De la peor parte de los crímenes cometidos, es probable que resulte inocente. Espero que no me equivoco en esta suposición; porque sobre ella fundo mi esperanza de descifrar todo el enigma. Yo espero a ese hombre aquí, en esta

habitación, de un momento a otro. Verdad es que puede no venir; pero lo más probable es que venga. Si viene es menester detenerlo. Aquí tenemos pistolas; y ambos sabemos para lo que sirven cuando lo exigen las circunstancias».

Yo tomé las pistolas, sin saber apenas lo que me hacía, ni creer lo que oía, mientras Dupin continuaba hablando, casi como en soliloquio. Ya he hablado de sus maneras abstraídas en semejantes momentos. Sus palabras se dirigían a mí; pero su voz, aunque no muy alta, ofrecía la entonación comúnmente empleada en hablar con persona que se halla muy distante. Sus ojos, sin expresión, miraban sólo a la pared.

«Está completamente demostrado por la experiencia que las voces que oyeron disputar —dijo— las personas que subían las escaleras no eran las voces de aquellas dos mujeres. Esto nos descarga de cualquier duda acerca de si la anciana pudo haber matado primero a su hija, y suicidarse después. Hablo de este punto sólo por obediencia al método; porque la fuerza de la señora L'Espanaye hubiera sido totalmente incapaz de arrastrar el cuerpo de su hija chimenea arriba, como fue encontrado; y la naturaleza de las heridas halladas en su cuerpo excluye por completo la idea del suicidio. Luego el asesinato ha sido cometido por terceras personas; y las voces de estas personas son las que se oyeron disputar.

»Permítame ahora hacerle notar, no todo cuanto se ha declarado acerca de esas voces, sino lo que hay de *particular* en esas declaraciones. ¿Ha observado usted en ellas algo de particular?».

Observé que mientras todos los testigos coincidían en suponer que la voz grave era la de mi francés, había mucho desacuerdo en cuanto a la voz aguda, o, como uno de ellos la calificó, la voz áspera.

«Eso es la evidencia misma —dijo Dupin—, pero no la peculiaridad de esa evidencia. Usted no ha notado nada característico. Y sin embargo *algo* había que observar. Los testigos, como usted ha notado, estuvieron de acuerdo en cuanto a la voz grave; en esto eran unánimes. Pero en cuanto a la voz aguda, su particularidad consiste, no en que se hallen en desacuerdo, sino en que cuando un italiano, un inglés, un español, un holandés y un francés intentan describirla, cada uno habla de ella como si fuese *la de un extranjero*. Cada uno de ellos está seguro de que no era la voz de un compatriota suyo. Cada cual la compara no a la voz de un individuo de cualquier nación cuyo lenguaje conoce, sino a todo lo contrario. El francés supone que era la voz de un español, y "hubiera podido distinguir algunas palabras, *si hubiera estado familiarizado con el español*". El holandés sostiene que fue la de un francés; pero hallamos la afirmación de que "*por no conocer el francés el testigo fue interrogado por medio de un intérprete*". El inglés piensa que fue la voz de un alemán y "*no entiende el alemán*". El español "está seguro" de que era la de un inglés; pero "juzga por la entonación" únicamente, "*porque no tiene ningún conocimiento del inglés*". El italiano piensa que fue la voz de un ruso, pero "*jamás ha conversado con un natural de Rusia*". Un segundo francés difiere, con todo, del primero, y está seguro de que aquella voz era la de un italiano; pero, "*aunque no*

conoce esta lengua”, está, como el español, “convencido de su entonación”. Ahora bien, ¡qué singularmente inusitada debía de ser realmente aquella voz para que *pudieran* darse tales testimonios de ella, en cuyas *inflexiones* unos ciudadanos de las cinco grandes divisiones de Europa no pueden reconocer nada que les sea familiar! Usted dirá que bien podía haber sido la voz de un asiático o de un africano. Ni los asiáticos ni los africanos abundan en París; pero sin negar su inferencia, yo quiero ahora llamar su atención nada más que sobre tres puntos. Aquella voz es descrita por uno de los testigos “más bien áspera que aguda”. Otros dos la representan “rápida y *desigual*”. No hubo palabras, en este caso no hubo sonido que se pareciese a las palabras que ninguno de los testigos mencione como distinguible.

»Yo no sé —continuó Dupin— qué impresión puedo haber causado en el entendimiento de usted; pero no vacilo en decir que las legítimas deducciones hechas sólo con esta parte de los testimonios obtenidos —la parte referente a las voces graves y agudas— bastan por sí mismas para engendrar una sospecha que bien podría dirigirnos para todo ulterior avance en la investigación del misterio. He dicho “deducciones legítimas”; pero mi intención no queda así del todo explicada. Yo únicamente quiero decir que esas deducciones son las *únicas* adecuadas, y que mi sospecha se origina en ellas *inevitablemente* como su única conclusión. Cuál sea exactamente esa sospecha no lo diré todavía. Únicamente deseo hacerle comprender a usted, que para mí, tiene fuerza suficiente para dar una forma *definida*, una determinada tendencia a mis indagaciones en aquella habitación.

»Trasladémonos en imaginación a aquella sala. ¿Qué es lo primero que buscaremos allí? Los medios de evasión utilizados por los asesinos. No es menester decir que ninguno de los dos iremos ahora en acontecimientos sobrenaturales. *Madame* y *mademoiselle* L’Espanaye no han sido asesinadas por espíritus. Los que han cometido el crimen eran seres materiales, y escaparon por medios materiales. ¿De qué manera, pues? Por dicha, sólo hay una manera de razonar acerca de este punto, y esta manera *deberá* conducimos a una resolución precisa. Examinemos, uno por uno, los posibles medios de evasión. Claro está que los asesinos se hallaban en la habitación donde fue encontrada *mademoiselle* L’Espanaye, o a lo menos en la habitación contigua, cuando el grupo de personas subía por las escaleras. De modo que sólo debemos investigar las salidas que tienen esas dos habitaciones. La policía ha dejado al descubierto los pavimentos, los techos y la mampostería de las paredes en todas direcciones. No hubieran podido escapar a su vigilancia salidas *secretas*. Pero no fiándome de *sus* ojos he querido examinarlo todo por los míos. Pues bien, no había allí salidas *secretas*. Las dos puertas de las habitaciones que daban al pasillo, estaban cerradas muy aseguradamente, con las llaves por dentro. Vamos a ver las chimeneas. Estas, aunque de anchura corriente basta una altura de ocho o diez pies sobre los hogares, no pueden dar cabida más allá, en toda su longitud, ni a un gato corpulento. La imposibilidad de salida por los medios ya indicados es, pues, absoluta, y por lo tanto, no nos quedan más que las ventanas. Por la de la habitación que da a la

fachada principal, nadie hubiera podido escapar, sin notarlo la muchedumbre que había en la calle. Los asesinos *han* de haber pasado, pues, por las de la habitación trasera. Ahora, conducidos a esta conclusión de manera tan inequívoca, no podemos, si bien razonamos, rechazarla, tomando en cuenta imposibilidades evidentes. Sólo nos queda demostrar que esas evidentes "imposibilidades" no son tales en realidad.

»Hay dos ventanas en la habitación. Una de ellas no está obstruida por el mobiliario, y queda completamente visible. La parte inferior de la otra queda oculta a la vista por la cabecera de la pesada armazón de la cama, que está muy estrechamente pegada a ella. La primera de estas ventanas estaba fuertemente cerrada y asegurada por dentro. Resistió a los más violentos esfuerzos de los que se afanaron por levantarla. A la parte izquierda de su bastidor se halló barrenado un ancho agujero y un clavo muy grueso hundido en él casi hasta la cabeza. Examinando la otra ventana, se halló atravesado en ella un clavo parecido; y un empeñado esfuerzo para levantar el bastidor, fracasó también. La policía quedaba ya completamente convencida de que la salida no se había efectuado en tales direcciones. Y, *por lo tanto*, se tuvo por superfluo extraer aquellos clavos y abrir las ventanas.

»Mi examen fue algo más detenido, y ello por la razón ya expresada, porque yo sabía que allí *era menester* probar que todas aquellas imposibilidades no eran tales en realidad.

»Yo razoné de este modo *a posteriori*. Los asesinos *han debido* escapar por una de esas ventanas. Siendo así, no pueden haber vuelto a cerrar los bastidores por dentro como se han hallado; consideración que, por su evidencia, atascó las investigaciones de la policía por aquella parte. Y con todo, los bastidores *estaban* cerrados y asegurados. Era, pues, *necesario* que pudieran cerrarse por sí mismos. No había manera de escapar a esta conclusión. Me fui, pues, a la ventana donde no había estorbos, extraje el clavo con cierta dificultad, y probé a levantar el bastidor. Resistió a todos mis esfuerzos como yo me figuraba. Ahora ya sabía, pues, que debía de haber algún resorte secreto; y esta corroboración de mi idea me convenció de que a lo menos mis premisas eran correctas, por muy misteriosas que apareciesen las circunstancias referentes a los clavos. Una cuidadosa investigación pronto me hizo descubrir el oculto resorte. Lo apreté, y, satisfecho ya con mi descubrimiento, me abstuve de levantar el bastidor.

»Entonces volví a colocar el clavo y lo miré atentamente. Una persona que pasara por aquella ventana podía haberla vuelto a cerrar, y el resorte haber funcionado solo, pero el clavo no podía haber sido colocado. La conclusión era obvia y estrechaba más todavía el campo de mis investigaciones. Los asesinos *debían* haber escapado por la otra ventana. Suponiendo, pues, que los resortes de cada bastidor fuesen los mismos, como era probable, *debía* existir una diferencia entre los clavos, o a lo menos entre las maneras de clavarlos. Me subí al correaje de la armadura de la cama, y examiné por encima de su cabecera, minuciosamente, la segunda ventana. Pasando la mano por detrás de la tabla, descubrí y apreté el resorte, que era, como yo había supuesto,

idéntico en forma a su vecino. Entonces miré bien su clavo. Era tan grueso como el otro, y estaba aparentemente clavado de igual manera, hundido casi hasta la cabeza.

»Usted dirá tal vez que me quedé perplejo; pero si usted piensa eso, no ha comprendido bien la naturaleza de estas inducciones. Para usar una frase deportiva, no me ha hallado ni una vez "en falta"; no se ha perdido el rastro, no se ha perdido ni un instante. No ha habido un solo defecto en ningún eslabón de la cadena. He rastreado el secreto hasta su consecuencia final y esa consecuencia era el *clavo*. Tenía, digo, en todos sus aspectos, la apariencia de su compañero de la otra ventana; pero esto no era absolutamente nada (tan decisivo como parecía ser) comparado con la consideración de que en aquel punto terminaba toda mi pista. "*Debe* haber algún defecto, me decía yo, en ese clavo". Lo toqué; y su cabeza, con casi un cuarto de pulgada de su espiga, se me quedó en los dedos. El resto de la espiga estaba en el orificio barrenado, donde había sido roto. La fractura era antigua (porque sus bordes estaban incrustados de herrumbre), y, según parecía, había sido compuesto de un martillazo que había hundido una porción de la cabeza del clavo en la superficie del bastidor. Entonces volví a colocar cuidadosamente aquella parte en la mella de donde la había separado, y su semejanza con un clavo perfecto fue completa, la fisura era invisible. Apretando luego el resorte, levanté suavemente el bastidor unas pulgadas; la cabeza del clavo subió con él, quedando firme en su agujero. Cerré la ventana y la apariencia del clavo entero era otra vez perfecta.

»El enigma, hasta aquí, ya estaba resuelto. El asesino se había escapado por la ventana que daba sobre la cama. Al bajar la ventana por sí misma luego de escapar por ella (o tal vez al ser deliberadamente cerrada), había quedado sujeta por el resorte, y era la sujeción de este resorte lo que había engañado a la policía, quien pensó ser aquella la sujeción del clavo, por lo cual se habia considerado innecesario continuar aquella investigación.

»El problema siguiente era el de cómo bajó el asesino. Acerca de este punto yo había quedado satisfecho en mi paseo con usted alrededor del edificio. A unos cinco pies y medio de la ventana en cuestión pasa una cadena de pararrayos. Por aquella cadena hubiera sido imposible que nadie pudiese llegar a la ventana, y no digo nada de entrar por ella. Con todo, observé que los postigos del cuarto piso eran de una especie particular llamados por los carpinteros parisienses *ferrades*, una especie raramente usada hoy, pero que se ve con frecuencia en las casas antiguas de Lyon y Burdeos. Tienen la forma de una puerta ordinaria (de una, no de dos hojas), sino que su mitad superior está enrejada o trabajada a manera de celosía, por lo cual ofrecen excelente agarradero para las manos. En el caso presente, aquellos postigos tienen su buena anchura de tres pies y medio. Cuando los vimos desde la parte trasera de la casa, estaban los dos abiertos casi hasta la mitad, es decir, que formaban ángulo recto con la pared. Es probable que la policía haya examinado la puerta trasera de la finca; pero si lo ha hecho, al mirar aquellas *ferrades* en el sentido de su anchura (como deben de haberlo hecho), no se han dado cuenta de aquella grande anchura, o en todo

caso, no le han dado la debida importancia. En realidad, una vez se han convencido de que no podía efectuarse la huida por aquel lado no le han concedido sino un examen harto superficial. Para mí era, sin embargo, cosa clara que el postigo perteneciente a la ventana que estaba a la cabeza de la cama, si se le abría del todo hasta que tocase en la pared, alcanzaría a unos dos pies de la cadena del pararrayos. También era evidente que, con el esfuerzo de un valor y una actividad excepcionales, podía muy bien haberse entrado por aquella ventana desde la cadena. Al llegar a aquella distancia de dos pies y medio (supongamos ahora el postigo completamente abierto) un ladrón podía haber hallado un firme asidero en aquel labrado de celosía. Soltando luego su sostén en la cadena, apoyando sus pies firmemente en la pared, y saltando atrevidamente, podía haber impelido el postigo de modo que se cerrase, y, desde luego suponiendo que entonces se hallase abierta la ventana, hubiese ido a parar al interior de la habitación.

»Tenga usted muy presente que he hablado de una actividad *muy* extraordinaria, indispensable para tener éxito en una acción tan arriesgada y dificultosa. Mi propósito ha sido demostrarle a usted, en primer lugar, ser posible que esa acción se haya realizado; pero en segundo lugar y muy *principalmente*, deseo grabar en su entendimiento el *muy extraordinario*, el casi preternatural carácter de la agilidad con que pueda haberse realizado.

»Usted me dirá sin duda, usando el lenguaje de la ley, que para “defender mi causa” debería más bien depreciar la actividad requerida en aquel caso que insistir en valorarla enteramente. Eso se podrá hacer en la práctica forense, pero no corresponde al oficio de la razón. Mi finalidad consiste en la verdad, únicamente. Y mi propósito inmediato en conducir a usted a que parangone esa *inusitada* actividad de que acabo de hablarle, con esa peculiarísima voz aguda (o áspera) y desigual, acerca de cuya nacionalidad no se han hallado ni dos personas que estuviesen de acuerdo, y en cuya pronunciación no ha sido posible descubrir silabeo alguno».

Al oír aquellas palabras comenzó a formarse en mi espíritu una vaga idea de lo que pensaba Dupin. Me parecía encontrarme al borde de la comprensión, sin que pudiera comprender todavía, como los que a veces se hallan a punto de recordar, sin ser capaces, al fin, de lograrlo. Mi amigo continuó su razonamiento:

«Usted habrá comprendido —dijo—, que he llevado la cuestión del modo de salida al de entrada. Mi propósito ha sido sugerir que ambas fueron efectuadas de igual manera, y por un mismo sitio. Volvamos ahora al interior de la habitación. Estudiemos sus aspectos. Los cajones de la cómoda, se ha dicho, han sido saqueados, aunque algunas prendas de vestir han quedado en ellos. La conclusión es absurda. Se trata de una mera conjetura, muy necia por cierto, y nada más. ¿Cómo sabemos que todos esos objetos hallados en los cajones no eran todo lo que contenían? *Madame* L’Espanaye y su hija vivían una vida extremadamente retirada, no se relacionaban con nadie y salían raramente; tenían pocos motivos para numerosos cambios de vestir. Los objetos que se han encontrado eran, por lo menos, del mismo valor que

cualquiera de los que probablemente pudieran poseer aquellas señoras. Si un ladrón hubiese tomado alguno, ¿por qué no tomar los mejores, por qué no llevárselos todos? En una palabra, ¿hubieran abandonado cuatro mil francos en oro para cargarse con un fardo de ropa blanca? El oro *fue* abandonado. Casi toda la cantidad de dinero mencionada por *monsieur* Mignaud, el banquero, fue hallada en talegas sobre el pavimento. Por lo tanto, yo quisiera descartar del pensamiento de usted la desatinada idea de un *motivo*, engendrado en los cerebros de la policía por esa parte de la prueba que se refiere a dinero entregado a la puerta de la casa. Coincidencias diez veces más notables que ésta (entrega de moneda y asesinato cometido en la persona que lo recibe), se nos presentan a todos a cada hora de nuestras vidas, sin llamarnos la atención ni siquiera momentáneamente. Por lo general, las coincidencias constituyen grandes tropiezos en el camino de esa clase de pensadores, educados de tal manera, que no saben nada de la teoría de las probabilidades, esa teoría a la cual los más gloriosos objetos de la investigación humana deben lo más glorioso del saber. En el ejemplo actual, si el oro hubiese desaparecido, el hecho de su entrega tres días antes hubiera podido formar algo más que una coincidencia. Hubiera podido corroborar esa idea de un *motivo*. Pero, dadas las reales circunstancias del caso, si hemos de suponer que el oro ha sido el motivo de ese crimen, debemos también imaginar que quien lo ha cometido ha sido tan vacilante, tan idiota, que ha abandonado a la vez su oro y el motivo de su crimen.

»Fijando firmemente en nuestro pensamiento los puntos acerca de los cuales yo he llamado su atención, aquella voz peculiar, aquella agilidad inusitada y aquella sorprendente ausencia de motivo en un crimen de tan singular atrocidad como éste, vamos a examinar esa carnicería por sí misma. Tenemos a una mujer estrangulada a fuerza de manos, y metida hacia arriba de una chimenea, con la cabeza hacia abajo. Los asesinos ordinarios no emplean semejantes maneras de asesinar. Y mucho menos obran de ese modo con el asesinado. En la manera de introducir violentamente el cuerpo chimenea arriba, deberá usted admitir que hubo algo de *excesivamente exagerado*, algo completamente irreconciliable con nuestras nociones comunes acerca de las acciones humanas, aun cuando supongamos que los autores sean los hombres más depravados que se pueda imaginar. Piense usted, además, qué enorme debe de haber sido esa fuerza que pudo introducir tan violentamente el cuerpo hacia *arriba* de una abertura como aquélla, que los esfuerzos unidos de varias personas, apenas bastaron para arrastrarlo hacia abajo.

»Fijémonos ahora en otras indicaciones del empleo de un vigor maravillosísimo. En el hogar había unas espesas guedejas de canosos cabellos humanos. Habían sido arrancados con sus raíces. Usted sabe la mucha fuerza que es necesaria para arrancar de la cabeza sólo veinte o treinta cabellos juntos. Usted ha visto aquellas guedejas tan bien como yo. Sus raíces (¡horrendo espectáculo!), estaban grumosas de fragmentos de carne del cuero cabelludo, prueba segura de la fuerza prodigiosa que ha sido menester para arrancar un millón tal vez de cabellos a un mismo tiempo. La garganta

de la anciana no sólo estaba cortada, sino que la cabeza había sido completamente separada del cuerpo; y el instrumento para ello fue sólo una navaja de afeitar. Le ruego que atienda también a la *brutal* ferocidad de tales acciones. De las magulladuras en el cuerpo de *madame* L'Espanaye no es menester hablar. *Monsieur* Dumas y su digno auxiliar *monsieur* Etienne han declarado que habían sido causadas por algún instrumento contundente; y en esto aquellos señores han acertado. Ese instrumento fue, sin duda alguna, el pavimento de piedra del patio, sobre el cual la víctima cayó desde la ventana que da encima de la cama. Esta idea, por muy sencilla que ahora parezca, escapó a la policía por la misma razón que no advirtió la anchura de los postigos, porque, con el asunto de los clavos, su comprensión quedó herméticamente sellada para la posibilidad de que las ventanas hubiesen podido ser abiertas jamás.

»Si ahora, como añadidura a todas estas cosas, ha reflexionado usted adecuadamente acerca del extraño desorden de la habitación, ya hemos podido llegar al punto de combinar las ideas de una agilidad pasmosa, una fuerza sobrehumana, una ferocidad brutal, una carnicería sin motivo, una *grotesquería* dentro de lo horrible, absolutamente ajena a la naturaleza humana, y una voz extranjera por su acento para los oídos de hombres de varias naciones, y desprovista de todo silabeo distinguible o inteligible. ¿Qué resulta, pues, de todo esto? ¿Qué impresión ha causado en la imaginación de usted?».

Sentí un escalofrío cuando Dupin me hizo aquella pregunta. «Un loco —dije— ha cometido ese crimen, algún demente furioso que se ha escapado de alguna *Maison de Santé* vecina».

«En algunos aspectos —me respondió— su idea no es desacertada. Pero las voces de los locos, hasta en sus más feroces paroxismos, nunca se parecen a esa voz peculiar oída desde las escaleras. Los locos pertenecen a algún país y su lenguaje, aunque incoherente en sus palabras, tiene siempre la coherencia de su silabeo. Además, el cabello de un loco no se parece al que yo tengo en la mano. He desenredado este mechoncito de los dedos rígidamente crispados de *madame* L'Espanaye. Dígame lo que puede usted inferir de esto».

«¡Dupin! —dije completamente desalentado—. Ese cabello es rarísimo, ese cabello no es humano».

«Yo no he dicho que lo fuese —me contestó—; pero antes que decidamos acerca de este punto, le ruego que examine ese pequeño esbozo que he dibujado en este papel. Es un *facsímile* sacado de lo que una parte de los testigos han descrito "como cárdenas magulladuras y profundas mellas causadas por uñas" en el cuello de *mademoiselle* L'Espanaye, y otros (los señores Dumas y Etienne), como "serie de manchas lívidas, impresiones evidentes de unos dedos".

»Usted comprenderá —continuó mi amigo, desplegando el papel sobre la mesa, ante nuestros ojos— que este dibujo da la idea de una presión firme y poderosa. No hay aquí *deslizamiento* visible. Cada dedo ha mantenido, posiblemente hasta la

muerte de la víctima, el espantoso agarro con que se hundió en el primer instante. Pruebe usted ahora a poner todos sus dedos a la vez en las respectivas impresiones, tales como las ve aquí».

En vano lo intenté.

«Pudiera ser que no aplicásemos a este punto el ensayo que requiere —dijo él—. El papel se halla extendido sobre una superficie plana; pero la garganta humana es cilindrica. Aquí tenemos un zoquete de leña, cuya circunferencia es aproximadamente la de la garganta. Arrolle en él este dibujo, y pruebe otra vez su experimento».

Así lo hice; pero la dificultad aún fue más evidente que la primera vez.

«Esta —dije— no es la huella de una mano humana».

«Ahora, lea —prosiguió Dupin— este pasaje de Cuvier».

Era una descripción anatómica, minuciosa y general, del grande orangután fulvo de las islas de la India Oriental. La estatura gigantesca, la fuerza y la actividad prodigiosas, la salvaje ferocidad y las tendencias imitadoras de estos mamíferos, son harto conocidas de todo el mundo. Desde el primer momento comprendí todos los horrores de aquellos asesinatos.

«La descripción de los dedos —dije yo, cuando acabé de leer— está completamente de acuerdo con este dibujo. No hallo otro animal sino el orangután de la especie aquí mencionada que pueda haber marcado entalladuras como las que usted ha dibujado. Ese mechón de pelo fulvo es también idéntico al del animal descrito por Cuvier. Pero no hallo manera de comprender las circunstancias de tan espantoso misterio. Además, se oyeron disputar *dos* voces, y una de ellas era indiscutiblemente la de un francés».

«Es verdad; y usted recordará una expresión atribuida casi unánimemente, por los testigos, a esa voz: la expresión “*mon Dieu!*”. La cual, en tales circunstancias, ha sido caracterizada por uno de los testigos (Montani, el confitero), como expresión de protesta o reconvención. En estas voces, por lo tanto, yo he fundado mis esperanzas de una completa solución del enigma. Hay un francés conocedor del asesinato. Es posible, en realidad mucho más que probable, que él sea inocente de toda participación en los hechos sangrientos que han ocurrido. El orangután puede habérsele escapado. Él puede haber seguido su rastro hasta aquella habitación; pero en medio de las agitadas circunstancias que se produjeron, pudo no haberlo podido recapturar. El animal anda todavía suelto. Yo no me propongo continuar estas conjeturas, porque las vislumbres de reflexión en que se fundan alcanzan apenas la suficiente profundidad para ser apreciables hasta para mi propia inteligencia, y porque menos puedo pretender hacerlas inteligibles para la comprensión de otra persona. Las llamaremos, pues, conjeturas, y como tales hablaremos de ellas. Si el francés en cuestión es, en realidad, como yo supongo, inocente de aquella atrocidad, este anuncio que yo dejé la pasada noche, cuando regresábamos, en las oficinas de *Le Monde* (un periódico dedicado a los asuntos marítimos) nos lo traerá a nuestro

domicilio».

Me presentó un periódico, y yo leí lo que sigue:

CAPTURA. — *En el Bois de Boulogne, a primeras horas de la mañana del día de los corrientes* [la mañana del crimen]*, se ha encontrado un enorme orangután de la especie de Borneo. Su propietario (de quien se sabe que es un marinero, perteneciente a un navío maltés) podrá recuperar su animal, dando de él satisfactoria identificación, y pagando algunos pequeños gastos ocasionados por su captura y manutención. Dirigirse al N.°…, Rue…, Faubourg Saint-Germain - tercero.*

«Yo *no* lo conozco —dijo Dupin—. No estoy *seguro* de su existencia. Pero aquí tengo un pedacito de lazo que, por su forma y su aspecto grasiento, ha sido evidentemente usado para anudar los cabellos en forma de esas largas *coletas* a que son tan aficionados los marineros. Además, ese lazo es uno de los que muy pocas personas saben anudar, y es peculiar de los malteses. Yo recogí esta cinta al pie de la cadena del pararrayos. No podía pertenecer a ninguna de las dos víctimas. En todo caso, si me he equivocado en mis deducciones acerca de esta cinta, esto es, al pensar que ese francés es un marinero perteneciente a un navío maltés, no habré causado ningún daño a nadie al decir lo que digo en ese anuncio. Si he cometido error, él supondrá que me han engañado algunas circunstancias, que no se tomará el trabajo de inquirir. Pero si he acertado, habremos ganado un punto muy importante. Conocedor, aunque inocente, del crimen, ese francés vacilará entre responder o no al anuncio; en si debe o no reclamar el orangután. Razonará de este modo: —"Soy inocente; soy pobre; mi orangután vale mucho dinero, un verdadero caudal para un hombre que se halla en mi situación, ¿por qué debo perderlo por vanas aprensiones de peligro? Ahí lo tengo, a mi alcance. Fue hallado en el Bois de Boulogne, a gran distancia del escenario de aquella carnicería. ¿Cómo podría sospecharse que un bruto haya podido cometer semejante acción? La policía se halla despistada; no ha podido ofrecer el menor indicio. Hasta en el caso de que sospechasen del animal, sería imposible demostrar que yo conozco el crimen, ni enredarme en culpabilidad porque lo conociera. Y, sobre todo, *me conocen*. El anunciante me señala como poseedor del animal. Ignoro basta qué punto se extiende ese conocimiento. Si evito el reclamar una propiedad de tan grande valor, y que se sabe que es mía, acabaré por hacer sospechoso al animal. No sería prudente llamar la atención sobre mí, ni sobre él. Contestaré, pues, a ese anuncio, recuperaré mi orangután, y lo guardaré cuidadosamente encerrado hasta que se haya disipado este desagradable asunto".

En aquel momento oímos unos pasos en la escalera.

«Prepárese usted —dijo Dupin— con sus pistolas, pero no haga uso de ellas ni las muestre hasta que yo le haga una señal».

Habíamos dejado abierta la puerta principal de la casa, y el visitante había entrado sin llamar, y subido algunos peldaños de la escalera. Pero, ahora, parecía vacilar.

Oímos que bajaba. Dupin se fue rápidamente para la puerta, cuando lo oímos subir otra vez. Ahora ya no se volvía atrás por segunda vez, sino que subía decididamente, y llamaba a la puerta de nuestra habitación.

«Adelante», dijo Dupin, con voz alegre y satisfecha.

Entró un hombre. Era, a no dudarlo, un marinero, un hombre alto, fornido, musculoso, con cierta expresión de arrogancia no del todo antipática. Su rostro, muy atezado, tenía más de la mitad oculta por las patillas y el bigote. Traía un grueso garrote de roble, pero no parecía traer otras armas. Saludó inclinándose desmañadamente, y nos dijo un «buenos días», con acento francés, el cual, aunque algo suizo, bien daba a conocer su origen parisiense.

«Siéntese usted, amigo —dijo Dupin—. Supongo que viene usted a reclamar su orangután. Le doy palabra de que casi se lo envidio a usted; ¡hermoso animal, y, a no dudarlo, de mucho precio! ¿Qué edad le atribuye usted?».

El marinero dio un largo suspiro, como quien se quita un gran peso de encima, y luego contestó, con voz segura:

«No puedo decirle a usted, pero no podrá tener más de cuatro o cinco años. ¿Lo tiene usted aquí?».

«¡Oh!, no; no tiene esto condiciones para guardarlo. Está en una cuadra de alquiler, en la *rue* Dubourg, muy cerca de aquí. Podrá usted recuperarlo mañana por la mañana. ¿Desde luego viene usted preparado para demostrar su propiedad?».

«Sin duda alguna, señor».

«Sentiré mucho desprenderme de él», dijo Dupin.

«Yo no pretendo que se haya usted tomado tanto trabajo, sin que tenga su recompensa, señor —dijo aquel hombre—. Eso ni pensarlo. Y estoy muy dispuesto a pagar una gratificación por el hallazgo del animal; eso sí, cosa puesta en razón».

«Bien —respondió mi amigo—, todo eso está muy conforme, sin duda alguna. ¡Vamos a ver! ¿Qué voy a pedir yo? ¡Ah!, ya lo sé; voy a decírselo. Mi recompensa será ésta: usted me dirá todo lo que sepa acerca de esos asesinatos de la *rue* Morgue».

Dupin dijo estas últimas palabras en voz muy baja y con mucha tranquilidad. Con la misma tranquilidad se fue hacia la puerta, la cerró y se metió la llave en el bolsillo. Luego sacó de su seno la pistola y la colocó, sin mostrar la menor agitación, sobre la mesa.

El rostro del marinero se encendió como si luchase con un arrebato de sofocación. Se puso de pie y empuñó su garrote; pero acto seguido se dejó caer en la silla, temblando violentamente, y con un rostro de moribundo. No dijo ni una palabra. Lo compadecí de todo corazón.

«Amigo mío —dijo Dupin, en tono bondadoso— se alarma usted innecesariamente, se lo digo a usted de veras. No nos proponemos causarle daño alguno. Le doy a usted mi palabra de honor como caballero y como francés, de que no intentamos perjudicarle. Yo sé muy bien que es usted inocente de las atrocidades de la *rue* Morgue. Pero no puedo negar que en cierto modo se halla usted complicado

en ellas. Por lo que acabo de decirle, puede usted comprender que he tenido medios de información acerca de este asunto, medios en los cuales no hubiera usted podido ni soñar. Ahora el caso se presenta de este modo: usted no ha hecho nada que haya podido evitar, nada, ciertamente, que lo haga a usted culpable. No se le puede acusar de haber robado, habiendo podido hacerlo impunemente. No tiene nada que ocultar. No tiene usted motivos para ocultarlo. Por otra parte, está usted obligado por todos los principios del honor a confesar todo lo que sepa. Se halla encarcelado un hombre inocente, acusado de ese crimen cuyo autor puede usted indicar».

El marinero había recobrado mucho de su presencia de ánimo, cuando Dupin hubo pronunciado estas palabras; pero había desaparecido toda la arrogancia de sus maneras.

«Así Dios me salve —dijo—, como yo *quiero* contarle a usted todo lo que sé acerca de este asunto; pero no espero que me crea usted ni en la mitad de lo que le diga, estaría loco si lo esperase. Y, a pesar de ello, *soy* inocente, y quiero hablar con toda franqueza aunque me cueste la vida».

Lo que declaró fue, en substancia, esto: recientemente había hecho un viaje al archipiélago índico. Un grupo, del que él formaba parte, desembarcó en Borneo y pasó al interior para hacer una excursión de recreo. Entre él y un compañero capturaron aquel orangután. Aquel compañero murió y el animal quedó de su exclusiva propiedad.

Después de no pocos trabajos, ocasionados por la intratable ferocidad de su cautivo durante el viaje de regreso, por fin logró encerrarlo felizmente, en su propio domicilio de París, donde, para no atraer la molesta curiosidad de los vecinos, lo tuvo cuidadosamente recluido, hasta el momento en que pudo restablecerlo de una herida que se había hecho en un pie, con una astilla, a bordo del navío. Su resolución definitiva había sido venderlo.

Ahora bien, al volver a su casa después de una francachela con algunos marineros, una noche, mejor dicho, la madrugada del crimen, halló al animal instalado en su alcoba, en la cual había podido penetrar desde un cuarto contiguo, donde lo había encerrado, según él pensaba, con toda seguridad. Con una navaja de afeitar en la mano, y todo enjabonado, estaba sentado delante de un espejo, probando la operación de afeitarse, en la que sin duda había observado a su amo, acechándolo por el ojo de la cerradura. Aterrorizado al ver un arma tan peligrosa en posesión de un animal tan feroz, y tan capaz de servirse de ella, aquel hombre, durante unos momentos, se quedó sin saber qué hacer.

Con todo, había podido lograr, habitualmente, apaciguar al animal, aun en sus arranques más feroces, por medio de un látigo, y a éste recurrió también en aquella ocasión. Pero al ver el látigo, el orangután saltó de pronto fuera de la habitación, echó escaleras abajo, y de allí, por una ventana que, desgraciadamente, estaba abierta, saltó a la calle.

El francés lo siguió desesperado; el mono, llevando todavía la navaja de afeitar en

la mano, de cuando en cuando se volvía para mirar hacia atrás y hacer muecas a su perseguidor, hasta que éste llegaba cerca de él. Y entonces escapaba otra vez. De este modo continuó la persecución mucho espacio. Las calles estaban en profundo silencio, porque eran casi las tres de la madrugada. Al descender por una callejuela situada detrás de la *rue* Morgue, la atención del fugitivo fue detenida por una luz que brillaba por la abierta ventana de la habitación de *madame* L'Espanaye en el cuarto piso de la casa. Se precipitó hacia la casa, vio la cadena del pararrayos, trepó con inconcebible agilidad por ella, se agarró al postigo que estaba abierto de par en par hasta la pared, y balanceándose agarrado de aquella manera, saltó directamente sobre la cabecera de la cama. Todo esto apenas duró un minuto. El orangután, al entrar en la habitación había rechazado con las patas el postigo, que volvió a quedar abierto.

Mientras tanto, el marinero estaba a la vez contento y perplejo. Tenía mucha esperanza de poder ahora capturar al bruto, que difícilmente podría escapar de la trampa donde se había metido, como no fuera por la cadena, donde podría salirle al paso cuando por ella bajase.

Por otra parte, no le faltaban grandes motivos de inquietud por lo que el animal pudiera hacer dentro de la casa. Esta última reflexión hostigó a aquel hombre a seguir persiguiendo al fugitivo. Una cadena de pararrayos se sube sin dificultad, especialmente cuando uno es marinero; pero, cuando hubo llegado a la altura de la ventana, que estaba sobrado apartada a su izquierda, hubo de hacer alto en su viaje; todo cuanto podía lograr era alargarse para poder dar una ojeada al interior de la habitación. Al dar aquella ojeada por poco se deja caer de su agarradero con el exceso de su horror. Entonces fue cuando se levantaron aquellos horribles chillidos, en el silencio de la noche, que habían despertado de su sueño a los vecinos de la *rue* Morgue. La señora L'Espanaye y su hija, con sus ropas de dormir, habían estado según parece arreglando unos papeles en la arquita de hierro ya mencionada, y que había sido llevada hasta el centro de la habitación. Estaba abierta, y su contenido estaba en el suelo junto a ella. Las víctimas estaban, sin duda, sentadas de espaldas a la ventana; y, por el tiempo que pasó entre el ingreso del animal y los gritos, parece probable que no lo vieron en seguida. El golpeteo del postigo debió de ser naturalmente atribuido al viento.

Cuando el marinero miró dentro, el gigantesco animal había agarrado a *madame* L'Espanaye por los cabellos (que los llevaba sueltos, por haber estado peinándolos) y estaba blandiendo la navaja de afeitar junto a su cara, imitando los gestos de un barbero. La hija yacía tendida en el suelo, inmóvil; se había desmayado. Los gritos y los forcejeos de la anciana señora (durante los cuales fue arrancado el cabello de su cabeza) produjeron el efecto de cambiar los probables propósitos pacíficos del orangután en los de la cólera. Con un resuelto gesto de su musculoso brazo, le separó casi la cabeza del cuerpo. La vista de la sangre inflamó su ira en frenesí. Rechinándole los dientes, y despidiendo lumbre por los ojos, se lanzó sobre el cuerpo de la joven, y hundió sus espantosas garras en su garganta, manteniendo su agarro

hasta que ella expiró. Sus miradas extraviadas y salvajes se dirigeron en aquel momento a la cabecera de la cama, sobre la cual el rostro de su amo, rígido de horror, se distinguía apenas en la oscuridad. La furia del animal, que se acordaba todavía del temido látigo, se convirtió instantáneamente en miedo. Conociendo que había merecido ser castigado, parecía deseoso de ocultar sus sangrientas acciones, y comenzó a saltar por la habitación, con la angustia de su agitación nerviosa, derribando y destrozando los muebles a su paso y arrancando la cama de su armadura. Para terminar, primero agarró el cuerpo de la hija, y lo introdujo en la chimenea, como fue hallado; luego el de la anciana señora, al que inmediatamente arrojó por la ventana, de cabeza.

Cuando el mono se acercó a la ventana con su mutilada carga, el marinero retrocedió despavorido hacia la cadena del pararrayos, y más resbalando por ella, que agarrándose, se fue acto seguido y precipitadamente a su casa, temiendo las consecuencias de aquella carnicería, y abandonando de buena gana, tal fue su terror, todo cuidado por lo que pudiera ocurrirle al orangután. Las palabras oídas por el grupo en la escalera eran, pues, las exclamaciones de horror y espanto del francés, mezcladas con las diabólicas jerigonzas del bruto.

Apenas me queda nada que añadir. El orangután debió de escapar de la habitación por la cadena del pararrayos, poco antes del amanecer. Debió de cerrar maquinalmente la ventana al pasar por ella.

Tiempo después fue capturado por su propio dueño, que obtuvo por él buena cantidad de dinero en el *Jardín des Plantes*. Le Bon fue dejado en liberdad inmediatamente, luego de contar nosotros lo que había sucedido (con algunos comentarios por parte de Dupin) en el despacho del prefecto de Policía. Aquel funcionario, aunque muy bien dispuesto para con mi amigo, no podía disimular del todo su pesar al ver el giro que el asunto había tomado, y se permitió un par de frases sarcásticas acerca de la falta de corrección en las personas que se entrometían en las funciones a él pertinentes.

«Déjelo usted que diga —me dijo luego Dupin, que no creyó necesario replicar —. El que vaya charlando; así se aliviará la conciencia. Por mi parte estoy satisfecho de haberlo vencido en su propio terreno. Sin embargo, el haberle fallado la solución de este misterio no es cosa tan extraña como él supone; porque en verdad, nuestro amigo el prefecto se pasa lo bastante de agudo para poder pensar con profundidad. Su ciencia carece de base. Es toda cabeza y no cuerpo, como las pinturas que representan a la diosa Laverna[9] o, por decir mejor, toda cabeza y espaldas, como un bacalao. Pero, en fin de cuentas, es una buena persona. Me agrada sobre todo por un truco maestro de su astucia, al cual debe el haber alcanzado su fama de hombre de talento. Me refiero a su manera "*de nier ce qui est, et d'expliquer ce qui n'est pas*"[10].

EL ESCARABAJO DE ORO

¡Hola, hola! ¡Este joven es un bailarín loco! Le ha picado la tarántula.

(*Al revés*.)

Hace ya bastantes años trabé amistad íntima con un *mister* William Legrand. Descendía de una antigua familia de hugonotes, y en otro tiempo había ocupado una buena posición; pero una serie de desgracias habíanle llevado a la miseria. Con el fin de evitar la humillación consiguiente a su infortunio, abandonó Nueva Orleáns, cuna de sus antepasados, y se instaló en la isla de Sullivan, cerca de Charleston, en Carolina del Sur.

Aquella isla es una de las más singulares. Está formada únicamente de arena de mar; su extensión es de unas tres millas de largo; su anchura no excede de un cuarto de milla. Se halla separada del continente por una ensenada apenas perceptible, que se introduce a través de un yermo de cañas y légamo, lugar frecuentado por patos silvestres. Puede suponerse, que la vegetación es pobre, o, por lo menos, rala. No se encuentran allí árboles de cierta magnitud. Próxima a la punta occidental, donde se alza el fuerte Moultrie y algunas humildes casuchas de madera habitadas durante el verano por las gentes que huyen del polvo y de las fiebres de Charleston, puede encontrarse, es verdad, la palma espinosa; pero la isla entera, si se exceptúa este punto occidental, y un espacio árido y blancuzco que bordea el mar, está cubierta de una espesa maleza de mirto oloroso muy apreciado por los horticultores ingleses. Este arbusto alcanza allí frecuentemente una altura de quince o veinte pies, y forma una casi impenetrable espesura, embalsamando el aire con su fragancia.

En el paraje más escondido de esta maleza, no lejos del extremo oriental de la isla, o sea, el más distante, Legrand se había construido una pequeña cabaña, que habitaba cuando por primera vez, y de forma simplemente casual, hicimos esta amistad, que pronto acabó por ser íntima, pues había muchas cualidades en el desterrado que atraían el interés y la estimación. Le hallé bien educado, de una singular inteligencia, aunque afectado de misantropía y sujeto a constantes alternativas de entusiasmo y de melancolía. Poseía muchos libros, pero rara vez le vi leer alguno. Sus principales entretenimientos eran la caza y la pesca, o vagar a lo largo de la playa, entre los mirtos, en busca de conchas, o de ejemplares entomológicos; su colección de éstos hubiera podido suscitar la envidia de un Swammerdamm. En estas excursiones habitualmente le acompañaba un sirviente negro, llamado Júpiter, que había sido manumitido antes de los reveses de la familia, pero al que no habían podido convencer, ni con amenazas ni con promesas, a abandonar lo que él consideraba su derecho a seguir los pasos de su joven *massa* Vill. Su circunstancia me hizo suponer que los parientes de Legrand, juzgando que éste tenía la cabeza algo trastornada, se dedicaran a infundir aquella obstinación en

Júpiter, con intención de que vigilase y custodiase al nómada.

Los inviernos en la latitud de la isla de Sullivan casi nunca son rigurosos, y al terminar el año resulta un verdadero acontecimiento que se requiera encender fuego. No obstante, hacia mediados de octubre de 18…, hubo un día de frío excesivo. En aquella fecha, antes de la puesta del sol me dirigía por el camino entre la maleza hacia la cabaña de mi amigo, a quien no había visto hacía varias semanas, pues residía yo por aquel tiempo en Charleston, a una distancia de nueve millas de la isla, y las facilidades para ir y volver eran mucho menores que hoy día. Al llegar a la cabaña llamé, en la forma que acostumbraba y no recibiendo respuesta, busqué la llave donde sabía que estaba escondida, abrí la puerta y entré. Un hermoso fuego ardía en el hogar, y esto fue para mí una agradable sorpresa. Me quité el abrigo, coloqué un sillón junto a la lumbre y esperé con paciencia el regreso de mis huéspedes.

Poco después de la caída de la tarde llegaron éstos y me dispensaron una acogida muy cordial. Júpiter, con una risa que le llegaba de oreja a oreja, se agitaba incesantemente preparando unos patos silvestres para la cena. Legrand se hallaba en uno de sus ataques —¿de qué otra forma podría llamarse aquello?— de entusiasmo. Había encontrado un bivalvo, de especie desconocida que formaba un nuevo género, y, más aún, había cazado y capturado un *escarabajo* que creía totalmente original, pero respecto al cual deseaba saber mi opinión a la mañana siguiente.

—Y ¿por qué no esta noche? —pregunté, restregando mis manos ante el fuego y enviando al diablo mentalmente toda la especie de los escarabajos.

—¡Ah, si hubiera yo sospechado que estaba usted aquí! —dijo Legrand—. Pero hacía tanto tiempo que no le había visto… ¿cómo iba yo a adivinar que iba usted a visitarme precisamente esta noche? Al regresar a casa, me encontré al teniente G…, del fuerte, y estúpidamente, le he dejado el escarabajo: así que le será a usted imposible verle hasta mañana. Quédese aquí esta noche y mandaré a Júpiter a recogerlo al amanecer. ¡Es la cosa más hermosa de la creación!

—¿El qué? ¿El amanecer?

—¡Qué tontería! ¡No! El escarabajo. Es de un brillante color dorado, aproximadamente del tamaño de una nuez, con dos manchas de un negro azabache: una, cerca de la punta posterior, y la segunda, algo más alargada, en la otra punta. Las antenas son…

—No hay *estaño* en él, *massa* Will, se lo aseguro —interrumpió aquí Júpiter—; el escarabajo es un escarabajo de oro macizo todo él, por dentro y por fuera, salvo las alas; no he visto nunca un escarabajo que pese la mitad de éste.

—Bien; supongamos que sea así —replicó Legrand, algo más enérgicamente, según me pareció, de lo que requería el caso—. ¿Es ésta una razón para dejar que se quemen las aves? El tono —y se volvió hacia mí— bastaría casi para justificar la idea de Júpiter. No habrá usted visto nunca un reflejo metálico más brillante que el que emite su caparazón, pero no podrá usted juzgarlo hasta mañana… Mientras, intentaré

darle una idea de su forma.

Dicho esto sentóse ante una mesita sobre la cual había una pluma y tinta, pero no papel. Buscó un momento en un cajón, infructuosamente.

—Es lo mismo —dijo, por último—; esto servirá.

Y sacó del bolsillo algo que me pareció un trozo de viejo pergamino muy sucio; con la pluma trazó encima una especie de dibujo. En tanto lo hacía, permanecía en mi sitio junto al fuego, pues sentía aún mucho frío. Cuando terminó su dibujo me lo entregó sin levantarse. Al cogerlo, se oyó un fuerte gruñido, al que siguió un ruido de rascadura en la puerta. Júpiter abrió, y un enorme terranova, perteneciente a Legrand, se precipitó dentro, y echándose sobre mis hombros me abrumó a caricias, pues yo le había dedicado mucha atención en mis visitas anteriores. Cuando acabó de dar saltos, miré el papel, y a decir verdad, me sentí perplejo ante el dibujo de mi amigo:

—Bien —dije después de contemplarlo unos instantes—; esto es un extraño escarabajo, lo confieso, nuevo para mí; no he visto nunca nada semejante, a menos que se trate de un cráneo o una calavera, a lo cual se parece más que a ninguna otra cosa que yo recuerde.

—¡Una calavera! —repitió Legrand—. ¡Oh, sí! Claro; tiene ese aspecto indudablemente en el dibujo. Las dos manchas negras parecen unos ojos. Y la más larga de abajo parece una boca; a más, la forma entera es ovalada.

—Quizá sea así —dije—; pero sospecho que usted no es un artista, Legrand. Tendré que esperar a ver el insecto mismo para poder hacerme una idea de su aspecto.

—Bueno, no sé —dijo él, un tanto molesto—; dibujo pasablemente, o, al menos, debería dibujar; he tenido buenos maestros, y me jacto de no ser del todo tonto.

—Entonces, mi querido amigo, usted bromea —dije—; esto es un cráneo muy aceptable, puedo llegar a decir que es un cráneo *excelente*, conforme a las vulgares nociones que tengo acerca de tales ejemplares fisiológicos; y su escarabajo, es con toda seguridad, el más extraño de los escarabajos del mundo si se parece a esto. Podríamos inventar alguna pequeña superstición muy espeluznante a base de él. Sospecho que va usted a llamar a este insecto *scaraboeus capul hominis* o algo semejante; hay en la Historia Natural muchas denominaciones por el estilo. Pero ¿dónde están las antenas de que usted habló?

—¡Las antenas! —dijo Legrand, que parecía excitarse gradualmente con el tema —. Estoy seguro de que debe usted verlas. Las he trazado tan claras cual lo son en el propio insecto, y creo que es bastante.

—Bueno, bueno —dije—; quizá las haya hecho usted y yo no las veo aún.

Le alargué el papel sin más observaciones, pues no quería irritarle; pero me tenía desconcertado el giro que había tomado la cuestión; su mal humor me intrigaba, y en cuanto al dibujo del insecto, allí no existían en realidad, *antenas* visibles, y el conjunto se parecía completamente a la imagen corriente de una calavera.

Tomó el papel, muy malhumorado, y estaba a punto de arrugarlo, para tirarlo, sin

duda, al fuego, cuando una mirada casual al dibujo pareció encadenar su atención. Instantáneamente su cara enrojeció violentamente, y luego se quedó muy pálida. Durante algunos minutos, siempre sentado, siguió examinando con toda atención el dibujo. Finalmente se levantó, cogió una vela de la mesa, y fue a sentarse sobre un cofre de marinero, en el rincón más alejado de la estancia. Allí siguió examinando con ansiedad el papel, dándole vueltas en todos sentidos. Aunque no decía nada, su conducta me dejó muy asombrado; pero juzgué prudente no exacerbar con ningún comentario su mal humor creciente. Después sacó de su bolsillo una cartera, metió cuidadosamente en ella el papel, y lo guardó todo dentro de un escritorio, que cerró con llave. Recuperó entonces la calma; mas su primer entusiasmo había desaparecido por completo. Sin embargo, parecía mucho más abstraído que malhumorado. Conforme avanzaba la tarde, se mostraba más absorto en un sueño, del que no lograron arrancarle ninguna de mis ocurrencias. Mi propósito era, al principio, pasar la noche en la cabaña, como hacía con frecuencia; pero, viendo a mi huésped en aquella extraña actitud, juzgué más conveniente marcharme. No insistió en que me quedase; pero, al partir, estrechó mi mano con más cordialidad que de costumbre.

Había transcurrido aproximadamente un mes después de lo narrado (y durante ese lapso de tiempo no volví a ver a Legrand), cuando recibí la visita, en Charleston, de su criado Júpiter. No había yo visto nunca al viejo y buen negro tan decaído, y temí que le hubiera sucedido a mi amigo alguna desgracia.

—Bien, Júpiter —dije—. ¿Hay algo de nuevo? ¿Cómo está tu amo?

—¡Hum! A decir verdad, *massa*, no está tan bien como fuera de desear.

—¡Que no está bien! Siento mucho la noticia. ¿De qué se queja?

—¡Ah, señor! ¡Ahí está la cosa! No se queja de nada; pero, a pesar de esto, está muy malo.

—¡Muy malo, Júpiter! ¿Por qué no me lo has dicho en seguida? ¿Está en la cama?

—No, no, no está en la cama. No está bien en ninguna parte, y ahí está lo grave. Tengo la cabeza trastornada con el pobre *massa* Will.

—Júpiter, quisiera poder comprender algo de eso que me cuentas. Dices que tu amo está enfermo. ¿No te ha dicho qué tiene?

—¡Vaya!, *massa*; es inútil romperse la cabeza pensando en eso. *Massa* Will asegura que no tiene nada; pero entonces ¿por qué va de un lado para otro con la cabeza baja y la espalda inclinada, mirando al suelo, más blanco que el papel? Y haciendo garabatos todo el tiempo…

—¿Haciendo qué?

—Haciendo números y figuras sobre una pizarra; las figuras más extrañas que he visto nunca. Le digo que empiezo a sentir miedo. Tengo que estar siempre con un ojo sobre él. El otro dia se me escapó antes de amanecer y no volvió en todo el santo día. Tenía yo preparado un buen palo para darle una paliza de las que duelen cuando volviese a comer; pero fui tan tonto, que no tuve valor: ¡parece tan desgraciado!

—¿Eh? ¡Cómo! ¡Ah, sí! Después de todo has hecho bien en no ser demasiado severo con el pobre muchacho. No hay que maltratarle, Júpiter; no está bien, naturalmente. Pero ¿no puedes darme una idea de lo que ha ocasionado esa enfermedad, o mejor, ese cambio de conducta? ¿Le ha ocurrido algo desagradable desde que no le veo?

—No, *massa*, no ha ocurrido nada desagradable *desde* entonces, sino *antes*; sí, eso es; el mismo día en que usted estuvo allí.

—¡Cómo! ¿Qué quieres decir?

—Pues… me refiero al escarabajo, y nada más.

—¿A qué?

—Al escarabajo… Estoy seguro de que *massa* Will ha sido picado en alguna parte de la cabeza por ese escarabajo de oro.

—Y ¿en qué te fundas, tú, Júpiter, para hacer tal suposición?

—Tiene ese bicho demasiadas patas para eso, y también boca. No he visto nunca un escarabajo tan endemoniado; coge y pica todo lo que se le acerca. *Massa* Will le había cogido…, pero en seguida le soltó, se lo aseguro… Entonces es, seguramente, cuando le picó. La cara y la boca de ese escarabajo no me gustan; por eso no he querido cogerlo con mis manos; pero he buscado un papel para meterlo. Le envolví en un trozo de papel y le puse otro pedacito en la boca; lo hice de este modo.

—¿Y tú crees que tu amo ha sido picado verdaderamente por el escarabajo, y que esa picadura le ha hecho enfermar?

—No es que lo crea, lo sé. ¿Por qué está siempre soñando con oro, sino porque le ha picado el escarabajo de oro? Ya he oído hablar de esa clase de escarabajos.

—Y… ¿cómo sabes que sueña con oro?

—¿Cómo lo sé? Porque habla de oro hasta cuando duerme; por eso lo sé.

—Bien, Júpiter; acaso tengas razón, pero ¿a qué feliz circunstancia debo hoy el honor de tu visita?

—No sé lo que quiere usted decir, *massa*.

—¿Me traes algún mensaje de *mister* Legrand?

—No, *massa*; sólo le traigo este papel.

Y Júpiter me entregó una esquela que decía lo siguiente:

«Querido amigo: ¿Por qué no le veo hace tanto tiempo? Espero que no se haya usted ofendido por aquella pequeña brusquedad mía; pero no, no es probable.

»Desde la última vez que nos vimos, siento un gran motivo de inquietud. Tengo algo que decirle; pero apenas sé cómo, o incluso no sé si se lo diré.

»No me encuentro bien desde hace unos días, y el pobre viejo Jup me aburre de un modo insoportable con sus buenos deseos y cuidados. ¿Lo creerá usted? El otro día tenía preparado un garrote para castigarme por haberme escapado y pasado el día *solus* en las colinas del continente. Estoy seguro de que sólo mi mala cara me salvó de la paliza.

»No he aumentado mi colección desde que no nos vemos.

»Si puede usted, sin gran trastorno, venga con Júpiter. Venga. Deseo verle *esta noche* para un asunto de importancia. Le aseguro que es de la *máxima* importancia. Siempre suyo.

William Legrand».

Percibí algo en el tono de esta carta que me produjo una gran inquietud. El estilo difería en absoluto del de Legrand. ¿Con qué podía él soñar? ¿Qué nueva quimera dominaba su excitable imaginación? ¿Qué «asunto de la máxima importancia» podía él tener que resolver? El relato de Júpiter no presagiaba nada bueno. Temía yo que la continua opresión del infortunio hubiese a la larga trastornado por completo la mente de mi amigo. Sin un instante de vacilación, me dispuse a acompañar al criado.

Cuando llegamos al embarcadero, vi una guadaña y tres azadas, todas visiblemente nuevas, que yacían en el fondo del barco donde íbamos a navegar.

—¿Qué significa todo esto, Jup? —pregunté.

—Es una guadaña, *massa*, y unas azadas.

—Seguro; pero ¿qué hacen aquí?

—*Massa* Will me ha encargado que comprase eso en la ciudad, y lo he pagado muy caro; nos cuesta un dinero de mil demonios.

—Pero, en nombre de todo lo que hay de misterioso, ¿qué va a hacer tu «*massa* Will» con esa guadaña y esas azadas?

—No me pregunte lo que no puedo contestar; que el diablo me lleve si lo sé yo tampoco. Pero de todo tiene la culpa el escarabajo.

En vista de que no podía obtener más detalles de Júpiter, cuya inteligencia entera parecía estar absorbida por el escarabajo, bajé al barco y desplegué la vela. Una agradable y fuerte brisa nos empujó rápidamente hasta la pequeña ensenada situada al norte del fuerte Moultrie, y un paseo de unas dos millas nos llevó hasta la cabaña. Serían alrededor de las tres de la tarde cuando llegamos. Legrand nos esperaba preso de viva impaciencia. Asió mi mano con tan nervioso apretón que me alarmó, aumentando las sospechas que me embargaban. Su rostro tenía una palidez espectral, y sus ojos, muy hundidos, brillaban con un fulgor sobrenatural. Después de algunas preguntas sobre su salud, quise saber, no ocurriéndoseme nada mejor que decir, si el teniente G… le había devuelto el escarabajo.

—¡Oh, sí! —replicó, muy sonrojado—. Lo recogí a la mañana siguiente. Por nada del mundo me separaría de ese escarabajo. ¿Sabe usted que Júpiter tiene toda la razón respecto a eso?

—¿Respecto a qué? —pregunté.

—En asegurar que el escarabajo es de *oro de veras*.

Dijo esto con un acento de tan profunda seriedad que me produjo una enorme desazón.

—Este escarabajo hará mi fortuna —continuó él, con una sonrisa de triunfo— al

restituirme mis posesiones familiares. ¿Es de extrañar que yo le aprecie tanto? Ya que la Fortuna ha querido concederme esta ocasión, no tengo más que aprovecharla adecuadamente, y llegaré hasta el oro del cual ella es indicio. ¡Júpiter, trae el escarabajo!

—¡Eh! ¿El escarabajo, *massa*? Prefiero no tener tratos con el escarabajo; tendrá que cogerlo usted mismo.

Legrand se levantó con aire digno e imponente, y fue a sacar el insecto de un fanal, dentro del cual le había dejado. Era un magnífico ejemplar desconocido en aquel tiempo por los naturalistas, y seguramente, de gran valor desde un punto de vista científico. Ostentaba dos manchas negras en un extremo del dorso, y en el otro, una del mismo color más alargada. El caparazón era extraordinariamente duro y brillante, con aspecto de oro bruñido. Tenía un peso notable, y, bien considerada la cosa, no podía yo censurar demasiado a Júpiter por su opinión respecto a él; pero me parecía absurdo que Legrand fuese de igual opinión.

—Le he rogado que viniera —dijo él, en un tono elevado, cuando hube terminado mi examen del insecto—; le he rogado que viniera para pedirle consejo y ayuda en el cumplimiento de los designios del Destino y del escarabajo…

—Mi querido Legrand —interrumpí—, no se encuentra usted bien, sin duda, y haría mejor en tomar algunas precauciones. Váyase a la cama; me quedaré con usted unos días, hasta que se restablezca. Tiene usted fiebre y…

—Tómeme usted el pulso —dijo él.

Se lo tomé, y a decir verdad, no encontré señal alguna de fiebre.

—Pero se puede estar enfermo sin tener fiebre. Permítame por una vez tan solo que actúe de médico con usted. Y después…

—Se engaña —interrumpió él—; estoy tan bien como puedo esperar estarlo con la excitación que sufro. Si verdaderamente me quiere usted bien, ayúdeme a aliviar esta excitación.

—¿Y qué debo hacer para eso?

—Poca cosa. Júpiter y yo partimos a una expedición por las colinas, y necesitamos para ella la ayuda de alguien en quien podamos confiar, usted reúne todas las condiciones. Tanto si es un éxito como un fracaso, la excitación que nota usted en mí desaparecerá igualmente con esa expedición.

—Estoy dispuesto a servirle a usted en lo que sea —repliqué—; pero ¿quiere usted decir que ese insecto infernal tiene alguna relación con su expedición a las colinas?

—La tiene.

—Así, pues, Legrand, no puedo participar en tan descabellada empresa.

—Lo lamento, lo lamento mucho, ya que así tendremos que intentar hacerlo nosotros solos.

—¡Intentarlo ustedes solos! (¡Este hombre está loco, decididamente!) Mas veamos, ¿cuánto tiempo se propone usted estar ausente?

—Seguramente, toda la noche. Vamos a partir en seguida, y en todo caso, estaremos de vuelta al salir el sol.

—¿Y me promete por su honor que, cuando ese capricho haya pasado y el asunto del escarabajo (¡Dios mío!), esté arreglado a su satisfacción volverá usted a casa y seguirá con exactitud mis prescripciones como las de su médico?

—Sí, se lo prometo; y ahora, partamos, pues no tenemos tiempo que perder.

Acompañé a mi amigo, con el corazón oprimido. Alrededor de las cuatro nos pusimos en marcha Legrand, Júpiter, el perro y yo. Júpiter cogió la guadaña y las azadas. Insistió en cargar con todo ello, más bien, creo, por temor a dejar una de aquellas herramientas en manos de su amo que por un exceso de celo o diligencia. Mostraba un humor de perros, y las palabras, «condenado escarabajo», fueron las únicas que salieron de sus labios durante el viaje. Yo estaba encargado de un par de linternas, mientras Legrand se había contentado con el escarabajo, que llevaba atado al extremo de un trozo de cuerda; lo hacía girar de un lado para otro, con un aire misterioso, mientras caminaba. En tanto observaba yo aquel último y supremo síntoma del trastorno mental de mi amigo, no podía apenas contener las lágrimas. Pensé, no obstante, que era preferible acceder a su capricho, al menos por el momento, o hasta que pudiese yo adoptar algunas medidas más enérgicas con una probabilidad de éxito. Mientras, intenté, aunque en vano, sondearle respecto al objeto de la expedición. Habiendo conseguido inducirme a que le acompañase, parecía poco dispuesto a entablar conversación sobre este tema, y a todas mis preguntas no les concedía otra respuesta que un «Ya veremos».

Cruzamos en una barca la ensenada en la punta de la isla, y trepando por los altos terrenos de la orilla de tierra firme, seguimos la dirección Noroeste, a través de una región sumamente salvaje y desolada, en la que no se veía rastro de huella humana. Legrand nos conducía con decisión, deteniéndose solamente algunos instantes, aquí y allá, para consultar ciertas señales, que debía de haber dejado él mismo en una ocasión anterior.

Andaríamos así cerca de dos horas, e iba a ponerse el sol, cuando penetramos en una región infinitamente más triste que todo lo que habíamos visto antes. Formaba una especie de meseta cerca de la cumbre de una colina casi inaccesible, cubierta de espesa arboleda totalmente, y sembrada de enormes bloques de piedra que parecían esparcidos en confusión, muchos de los cuales se hubieran precipitado a los valles inferiores sin la contención de los árboles en que se apoyaban. Profundos barrancos, que se abrían en varias direcciones, daban un aspecto más siniestro al paisaje.

La plataforma natural sobre la cual habíamos trepado estaba tan repleta de maleza, que comprendimos muy pronto que sin la guadaña nos hubiera sido imposible abrirnos paso. Júpiter, por orden de su amo, se dedicó a despejar el camino hasta un enorme tulipero que se alzaba, rodeado de ocho o diez robles, sobre la plataforma, y que los sobrepasaba a todos, así como a los árboles que había yo visto hasta entonces, tanto por la belleza de su follaje y forma, como por la inmensa

expansión de su ramaje y por la majestuosidad de su aspecto. Cuando hubimos llegado al pie de aquel árbol, Legrand se volvió hacia Júpiter y le preguntó si se creía capaz de trepar por él. El negro pareció un tanto azorado por la pregunta, y durante unos instantes no respondió. Finalmente, se acercó al enorme tronco, dio una vuelta a su alrededor y lo examinó con minuciosa atención. Cuando hubo terminado su examen, dijo simplemente:

—Sí, *massa*; Jup no ha encontrado nunca árbol al que no pueda trepar.

—Entonces, sube lo más de prisa posible, pues pronto habrá demasiada oscuridad para ver lo que hacemos.

—¿Hasta dónde debo subir, *massa*? —preguntó Júpiter.

—Empieza a subir por el tronco, y entonces te diré qué camino debes seguir… ¡Ah, alto ahí! Lleva contigo el escarabajo.

—¡El escarabajo, *massa* Will, el escarabajo de oro! —gritó el negro, retrocediendo espantado—. ¿Para qué tengo que llevar ese escarabajo conmigo sobre el árbol? ¡Que me condene si lo hago!

—Si sientes temor Jup, tú, un negro grande y fuerte como pareces, a tocar un pequeño insecto muerto e inofensivo, puedes llevarle con esta cuerda; pero si no quieres cogerle de ningún modo, me veré obligado a abrirte la cabeza con esta azada.

—¿Qué le pasa ahora, *massa*? —dijo Jup, un tanto corrido, sin duda, y más complaciente—. Siempre ha de tomarla con su viejo negro. Era sólo una broma y nada más. ¡Tener yo miedo al escarabajo! ¡Pues sí que me preocupa a mí el escarabajo!

Cogió con precaución la punta de la cuerda, y manteniendo al insecto tan lejos de su persona como las circunstancias lo permitían, se dispuso a subir al árbol.

En los primeros años, el tulipero o *Liriodendron Tultpiferum*, el más espléndido de los árboles selváticos americanos, tiene un tronco liso y se eleva con frecuencia a gran altura, sin producir ramas laterales; pero cuando llega a su madurez, la corteza se vuelve rugosa y desigual, en tanto pequeños embriones de ramas aparecen en gran número sobre su tronco. Por eso la dificultad de la ascensión, en el caso presente, era mucho más aparente que real. Abrazando lo mejor que podía el enorme cilindro con sus brazos y sus rodillas, asiendo con las manos algunos brotes y apoyando sus pies descalzos sobre los otros, Júpiter, después de haber estado a punto de caer una o dos veces, se elevó finalmente hasta la primera gran bifurcación y pareció entonces considerar el asunto como virtualmente terminado. En efecto, el *riesgo* de la empresa ya había desaparecido, aunque el escalador se encontraba a unos sesenta o setenta pies de la tierra.

—¿Hacia dónde debo ir ahora, *massa* Will? —preguntó él.

—Sigue siempre la rama más gruesa, la de ese lado —dijo Legrand.

El negro le obedeció con rapidez, y en apariencia, sin el menor temor; subió, y subió cada vez más alto, hasta que perdimos de vista su figura encogida entre el espeso follaje que la rodeaba. Entonces se dejó oír su voz lejana gritando:

—¿Tengo que subir mucho todavía?

—¿A qué altura estás? —preguntó Legrand.

—Estoy tan alto —replicó el negro—, que puedo ver el cielo a través de las hojas del árbol.

—No te acuerdes del cielo, únicamente atiende a lo que te digo. Mira a lo largo del tronco, hacia abajo, y cuenta las ramas que hay debajo de ti por ese lado. ¿Cuántas ramas has pasado?

—Una, dos tres, cuatro, cinco. He pasado cinco ramas por ese lado, *massa*.

—Entonces sube una rama más.

Pasaron unos minutos y la voz se oyó de nuevo, anunciando que había alcanzado la séptima rama.

—Ahora, Jup —gritó Legrand, muy excitado—, quiero que te abras camino sobre esa rama, hasta donde puedas. Si encuentras algo extraño, me lo dices.

A partir de esto, las pocas dudas que podía yo haber tenido sobre la demencia de mi pobre amigo se disiparon completamente. No me quedaba otra alternativa que considerarle como atacado de locura y me sentí seriamente preocupado con la manera de hacerle volver a casa. Mientras meditaba sobre qué sería preferible hacer, volvió a oírse la voz de Júpiter.

—Me da miedo seguir más adelante por esta rama; es una rama muerta casi toda ella.

—¿Has dicho que es una rama *muerta*, Júpiter? —gritó Legrand con voz trémula.

—Sí, *massa*, muerta como un clavo de puerta, está muy claro; no tiene ni pizca de vida.

—¿Qué debo hacer, en nombre de Dios? —preguntó Legrand, que parecía sumido en una gran desesperación.

—¿Qué debe hacer? —dije, contento de que aquella oportunidad me permitiese colocar una palabra—. Volver a casa y acostarse. ¡Vámonos ya! Sea usted razonable, querido amigo. Se hace tarde; y además, recuerde su promesa.

—¡Júpiter! —gritó él, sin hacer el menor caso—, ¿me oyes?

—Sí, *massa* Will, le oigo muy bien.

—Entonces córtala un poco con tu cuchillo, y dime si crees que está *muy* podrida.

—Podrida, *massa*, podrida, seguro —replicó el negro al cabo de unos momentos —; pero no tanto como parecía. Podría avanzar un poco más sobre ella, si estuviese yo solo sobre la rama, ésa es la verdad.

—¡Si estuvieras tú solo! ¿Qué quieres decir con eso?

—Me refiero al escarabajo. Es muy pesado el tal escarabajo. Creo que, si lo dejase caer, la rama soportaría bien sin romperse, el peso de un negro.

—¡Maldito granuja! —gritó Legrand, que pareció reanimarse—. ¿Qué tonterías estás diciendo? Si dejas caer el insecto, te corto el pescuezo. Mira hacia aquí, Júpiter, ¿me oyes?

—Sí, *massa*; no se debe tratar así a un pobre negro.

—Bien; óyeme ahora. Si continúas avanzando sobre la rama todo lo lejos que puedas hacerlo sin riesgo y sin soltar el insecto, te daré un dólar de plata tan pronto como hayas bajado.

—Ya voy, *massa* Will; ya voy allá —contestó el negro con rapidez—. Estoy al final en este momento.

—¡Al final! —gritó Legrand, muy exaltado—. ¿Quieres decir que estás al final de la rama?

—Estaré en seguida al final, *massa*… ¡Ooooh! ¡Dios mío, socorro! ¿Qué es *eso* que hay sobre el árbol?

—¡Bien! —gritó Legrand, muy contento—, ¿qué es *eso*?

—Hay una calavera; alguien dejó su cabeza sobre el árbol, y los cuervos han picoteado la carne.

—¡Una calavera, dices! Perfectamente… ¿Cómo está atada a la rama? ¿Qué la sostiene?

—Indudablemente, se sostiene bien; pero tendré que ver. ¡Ah! Es muy curioso, palabra… hay un clavo grueso clavado en esta calavera, que la sujeta al árbol.

—Bien; ahora, Júpiter, haz exactamente lo que voy a indicarte. ¿Me oyes?

—Sí, *massa*.

—Fíjate bien, y después busca el ojo izquierdo de la calavera.

—¡Hum! ¡Oh, esto sí que es gracioso! No tiene ojo izquierdo ni por asomo.

—¡Maldito estúpido! ¿Sabes distinguir bien tu mano izquierda de tu mano derecha?

—Sí que lo sé, lo sé muy bien; mi mano izquierda es con la que parto la leña.

—¡Naturalmente! Eres zurdo. Y tu ojo izquierdo está en el mismo lado de tu mano izquierda. Ahora espero que podrás encontrar el ojo izquierdo en la calavera, o el sitio donde estaba ese ojo. ¿Lo has encontrado?

Hubo una larga pausa. Y finalmente, el negro preguntó:

—¿El ojo izquierdo de la calavera está en el mismo lado que la mano izquierda del cráneo también?… Porque la calavera no tiene manos… ¡No importa! Ya he encontrado el ojo izquierdo, ¡aquí está el ojo izquierdo! ¿Qué tengo que hacer ahora?

—Haz pasar por él el escarabajo y déjalo caer tan lejos como pueda llegar la cuerda; pero ten cuidado de no soltar la punta.

—Ya está hecho todo, *massa* Will; ha sido cosa fácil hacer pasar el escarabajo por el agujero… Mírelo cómo baja.

Durante este diálogo no podíamos ver ni la menor parte de Júpiter; mas el insecto que él dejaba caer aparecía ahora al extremo de la cuerda y brillaba como una bola de oro bruñido a los últimos rayos del sol poniente, algunos de los cuales iluminaban todavía un poco la altura sobre la que estábamos situados. El escarabajo, al descender, sobresalía visiblemente del árbol, y si el negro le hubiese soltado, habría caído a nuestros pies. Legrand cogió rápidamente la guadaña y despejó un espacio circular, de tres o cuatro yardas de diámetro, exactamente debajo del insecto.

Terminado esto, ordenó a Júpiter que soltase la cuerda y que bajase del árbol.

Poniendo sumo cuidado clavó mi amigo una estaca en la tierra en el lugar preciso donde había caído el insecto, y luego sacó de su bolsillo una cinta métrica. Ató una punta al sitio del árbol que estaba más próximo a la estaca, la desenrolló hasta llegar a ésta y siguió desenrollándola en la dirección señalada por aquellos dos puntos —la estaca y el tronco— hasta una distancia de cincuenta pies; Júpiter limpiaba de zarzas el camino con la guadaña. En el sitio así encontrado clavó una segunda estaca, y tomándola como centro, describió un tosco círculo de unos cuatro pies de diámetro, aproximadamente. Cogió entonces una de las azadas, y nos dio las otras dos a Júpiter y a mí, rogándonos que cavásemos lo más de prisa posible.

Sinceramente, yo no había sentido nunca la menor satisfacción con practicar este deporte, y en aquel momento preciso, mucho menos, pues la noche avanzaba, y me sentía muy fatigado con el ejercicio que hube de hacer; pero no veía forma de escapar de aquello, y temía perturbar la tranquilidad de mi pobre amigo con una negativa. De haber podido confiar efectivamente en la ayuda de Júpiter, no hubiese yo vacilado en llevar a la fuerza al maniático a su casa; mas conocía demasiado bien el carácter del viejo negro para esperar su ayuda en cualquier circunstancia, y menos en el caso de una lucha personal con su amo. Para mí, era evidente que Legrand estaba contaminado por alguna de las innumerables supersticiones del Sur referentes a los tesoros escondidos, y que aquella fantasía hubiera sido alentada por el hallazgo del escarabajo, o tal vez por la obstinación de Júpiter en sostener que era «un escarabajo de oro de verdad». Una imaginación predispuesta a la locura podía dejarse arrastrar por tales sugestiones, y más si estaban de acuerdo con sus ideas favoritas preconcebidas; y entonces recordé la frase del pobre muchacho referente al insecto que iba a ser «el indicio de su fortuna». Principalmente, me sentía enojado y perplejo; por último decidí hacer ley de la necesidad y cavar con la mejor voluntad para convencer lo antes posible al visionario, con una prueba indudable, de la falacia de las opiniones que él sostenía.

Encendimos las linternas y nos entregamos a nuestro trabajo con un afán digno de una causa más razonable; y como la luz caía sobre nuestras personas y herramientas, no pude evitar imaginarme el grupo pintoresco que formábamos, y en que si algún extraño hubiese aparecido, por casualidad, en medio de nosotros, habría creído que realizábamos una labor muy rara y sospechosa.

Cavamos con tesón durante dos horas. Pronunciábamos pocas palabras, y nuestra inquietud principal la causaban los ladridos del perro, que sentía un interés excesivo por nuestros trabajos. Finalmente produjo tal alboroto, que temimos diese la alarma a algunos vagabundos de las cercanías, o mejor dicho, era el gran temor de Legrand, pues a mí me hubiera llenado de gozo cualquier interrupción que obligase al maniático a volver a su casa. Por último, fue acallado el alboroto por Júpiter, quien, lanzándose fuera del hoyo con un aire resuelto y furioso, ató el hocico del animal con uno de sus tirantes volviendo a su tarea con una risita ahogada.

Al terminar el tiempo mencionado, el hoyo había alcanzado una profundidad de cinco pies, y en él, no aparecía el menor indicio de tesoro. Hicimos una parada general, y empecé a tener la esperanza de que la farsa hubiera acabado. Legrand, sin embargo, aunque visiblemente desconcertado, se enjugó la frente con aire pensativo y volvió a empezar. Habíamos cavado dentro del círculo entero de cuatro pies de diámetro, y ahora ampliamos un poco aquel límite y cavamos dos pies más. No apareció nada. El buscador de oro, por el que sentía yo una profunda compasión, saltó del hoyo al fin, con la más amarga desilusión reflejada en su cara, y se decidió, lenta y pesarosamente, a ponerse la chaqueta, que se había quitado al empezar su labor. Por mi parte, me guardé de hacer ningún comentario. Júpiter a una señal de su amo, comenzó a recoger las herramientas. Hecho esto, y quitando el bozal al perro, volvimos en un profundo silencio hacia la casa.

Habríamos dado quizá una docena de pasos, cuando, lanzando un tremendo juramento, Legrand se arrojó sobre Júpiter y le agarró del cuello. El negro, aterrado, abrió los ojos y la boca en toda su extensión, soltó las herramientas y cayó de rodillas.

—¡Miserable bergante! —gritó Legrand, haciendo silbar las palabras entre sus labios apretados—, ¡malvado negro! ¡Habla, te digo! ¡Contéstame al momento y sin mentir! ¿Cuál es… cuál es tu ojo izquierdo?

—¡Oh, tenga compasión, *massa* Will! ¿No es verdaderamente, éste mi ojo izquierdo? —clamó, aterrorizado, Júpiter, poniendo su mano sobre el órgano *derecho* de su visión, y manteniéndola allí con la tenacidad de la desesperación, como si temiese que su amo fuese a arrancárselo.

—¡Me lo temía! ¡Lo sabía! ¡Hurra! —vociferó Legrand, soltando al negro y dando una serie de saltos y cabriolas, con gran asombro de su criado, quien, alzándose sobre sus rodillas, miraba en silencio a su amo y a mí, a mí y a su amo.

—¡Vamos! Tenemos que volver —dijo éste—. No está aún perdida la partida —y se encaminó de nuevo hacia el tulipero.

—Júpiter —dijo, cuando llegamos al pie del árbol—, ¡ven aquí! ¿Estaba la calavera clavada a la rama con la cara vuelta hacia fuera, o hacia el tronco?

—La cara está vuelta hacia fuera, *massa*; así es que los cuervos han podido comerse muy bien los ojos, fácilmente.

—Bien; entonces, ¿has dejado caer el escarabajo por este ojo o por este otro? —y Legrand tocaba uno tras otro los ojos de Júpiter.

—Por este ojo, *massa*, por el ojo izquierdo, tal como usted me mandó. —Y el negro volvió a señalar su ojo derecho.

Aquí mi amigo, en cuya locura empezaba yo a ver, o al menos me parecía que veía, ciertos indicios de método, trasladó la estaca que marcaba el lugar donde había caído el insecto, unas tres pulgadas hacia el oeste de su primitiva posición. Extendiendo ahora la cinta de medir desde el punto más cercano del tronco hasta la estaca, como antes hiciera, y alargándola en línea recta a una distancia de cincuenta

pies, desde donde señalaba la estaca, la alejó varias yardas del sitio donde habíamos estado cavando.

Alrededor de este punto trazó un nuevo círculo, un poco más amplio que el primero, y volvimos a empuñar la azada. Me hallaba terriblemente cansado; pero, sin comprender lo que había ocasionado aquel cambio en mi pensamiento, no sentía ya aversión por aquel trabajo forzado. Ahora me excitaba. Es posible que, en todo el extravagante comportamiento de Legrand hubiera cierto aire de presciencia, de deliberación, que me impresionaba. Cavaba con ardor, y de cuando en cuando me sorprendía buscando, por decirlo así, con los ojos, movido de un sentimiento que se parecía mucho a la ansiedad, aquel tesoro imaginario, cuya visión había trastornado a mi infortunado camarada. Me hallaba en uno de esos momentos en que tales fantasías mentales se habian apoderado más a fondo de mí, y llevábamos trabajando quizá una hora y media, cuando fuimos de nuevo interrumpidos por los violentos ladridos del perro. Su inquietud, en los anteriores casos, era, sin duda, el resultado de un retozo o de un capricho; pero ahora asumía un tono más duro, más grave. Cuando Júpiter se esforzaba por volver a colocarle un bozal, opuso el animal una furiosa resistencia, y saltando dentro del hoyo, se puso a escabar, frenético, con sus patas. En pocos instantes había dejado al descubierto una masa de osamentas humanas, formando dos esqueletos completos, mezclados con varios botones de metal y con algo que parecía ser lana podrida. Uno o dos golpes de azada hicieron saltar la hoja de un ancho cuchillo español, y al cavar más, brillaron a la luz tres o cuatro monedas de oro y de plata.

Al ver todo esto, Júpiter no pudo apenas contener su alegría; pero la cara de su amo expresó una extraordinaria desilusión. Nos rogó, sin embargo, que continuásemos nuestros esfuerzos, y apenas había pronunciado aquellas palabras, cuando tropecé y caí hacia delante, al engancharse la punta de mi bota con una ancha argolla de hierro que sobresalía medio enterrada en la tierra removida.

Volvimos al trabajo ahora con ahínco, y jamás he pasado diez minutos de más intensa agitación. Durante este intervalo desenterramos completamente un cofre de madera que, por su perfecta conservación y asombrosa dureza, había sido sometido a algún procedimiento de mineralización, acaso a un baño de bicloruro de mercurio. Este cofre tenía tres pies y medio de largo, tres de ancho y dos y medio de profundidad. Estaba reforzado fuertemente por unos flejes de hierro forjado, remachados, y que formaban alrededor una especie de enrejado. A cada lado del cofre, cerca de la tapa, había tres argollas de hierro —seis en total—, valiéndose de las cuales, seis personas podían levantarlo. Nuestros esfuerzos unidos sólo consiguieron moverlo ligeramente de su lecho. Claramente vimos la imposibilidad de transportar un peso tan grande. Por fortuna, la tapa estaba sólo sujeta con dos tornillos movibles. Los quitamos, trémulos y palpitantes de ansiedad. En un instante, un tesoro de incalculable valor, apareció refulgente ante nuestra vista. Los rayos de las linternas caían en el hoyo, haciendo brotar de un montón confuso de oro y de

joyas intensos destellos y resplandores que cegaba nuestros ojos.

No intentaré describir los sentimientos con que contemplaba aquello. El asombro, naturalmente, predominaba sobre los demás. Legrand parecía agotado por la excitación, y no profirió más que algunas palabras. Respecto a Júpiter, su rostro durante unos minutos adquirió la máxima palidez que puede tomar la cara de un negro en tales circunstancias. Parecía estupefacto, fulminado. Bruscamente cayó de rodillas en el hoyo, y hundiendo sus brazos hasta el codo en el oro, los dejó allí, como si gozase del placer de un baño. Al final exclamó con un hondo suspiro, como si hablase consigo mismo:

—¡Y todo esto proviene del escarabajo de oro! ¡Del buen escarabajito, al que yo insultaba y calumniaba! ¿No te da vergüenza de ti mismo, negro? ¡Anda, responde!

Era preciso, por último, que recordase a ambos, al amo y al criado, la conveniencia de transportar el tesoro. Se hacía tarde y teníamos que desplegar mucha actividad, si queríamos que todo estuviese en sitio seguro antes del amanecer. No sabíamos qué resolución tomar, y perdimos mucho tiempo en deliberaciones, de lo trastornadas que teníamos nuestras ideas. Finalmente, decidimos aligerar de peso al cofre sacando las dos terceras partes de su contenido, y pudimos, por último, no sin dificultad, extraerlo del hoyo. Las piezas que habíamos sacado fueron depositadas entre las zarzas, bajo la custodia del perro, al que Júpiter ordenó que no se moviera de su sitio bajo ningún pretexto, y que no abriera la boca hasta nuestro regreso. Rápidamente nos pusimos en camino con el cofre; llegamos sin novedad a la cabaña, después de tremendas penalidades, y a la una de la madrugada. Exhaustos como estábamos no hubiese habido naturaleza humana capaz de reanudar la tarea inmediatamente. Estuvimos descansando hasta las dos; después cenamos, y en seguida volvimos hacia las colinas, provistos de tres grandes sacos que felizmente habíamos encontrado antes. Serían aproximadamente las cuatro cuando llegamos ante la fosa; nos repartimos el botín, con la mayor equidad posible y dejando el hoyo sin cubrir, regresamos a la cabaña, en la que descargamos por segunda vez nuestro tesoro, al tiempo que los primeros débiles resplandores del alba aparecían por encima de las copas de los árboles hacia el Este.

Estábamos materialmente destrozados, pero la intensa excitación de aquel momento nos impidió todo reposo. Después de un agitado sueño de tres o cuatro horas de duración, nos levantamos, como si estuviéramos de acuerdo, para efectuar el examen de nuestro tesoro.

El arca había sido llenada hasta los bordes, y necesitábamos el día entero y gran parte de la noche siguiente para verificar su contenido. No mostraba ningún orden o cuidado. Todo había sido arrojado allí, en confusión. Después de haberlo clasificado cuidadosamente, nos encontramos en posesión de una fortuna que excedía a todo cuanto habíamos imaginado. Solamente en monedas había más de cuatrocientos cincuenta mil dólares, calculando el valor de las piezas con tanta exactitud como pudimos, por las tablas de cotización de la época. No apareció ni una sola partícula de

plata. Todo era oro de fechas muy antiguas y de una gran variedad: monedas francesas, españolas y alemanas, con algunas guineas inglesas y varios discos de los que no habíamos visto antes ejemplar alguno. También había varias monedas muy grandes y pesadas, pero tan desgastadas, que nos fue imposible descifrar sus inscripciones. Ninguna de las monedas era americana. La tasación de las joyas ofreció mayores dificultades. Había diamantes, algunos de ellos muy finos y de gran peso, su total era de ciento diez, y ninguno pequeño; dieciocho rubíes de espléndido brillo, trescientas diez esmeraldas bellísimas, veintiún zafiros y un ópalo. Todas estas piedras habían sido arrancadas de sus monturas y arrojadas en confusión al interior del cofre. Respecto a las monturas mismas, que clasificamos separadamente del otro oro, parecían haber sido tratadas a martillazos para evitar cualquier identificación. Con todo aquello, había una gran cantidad de aderezos de oro macizo: cerca de doscientas sortijas y pendientes de extraordinario espesor; gruesas y ricas cadenas, en número de treinta, si no recuerdo mal; noventa y tres grandes y pesados crucifijos; cinco incensarios de oro de gran valía; una prodigiosa ponchera de oro, adornada con hojas de parra muy bien cuidadas, y con figuras de bacantes; dos empuñaduras de espada exquisitamente repujadas, y otros muchos objetos menores que no puedo recordar. El peso de todo ella excedía de las trescientas cincuenta libras *avoirdupois*[11], y en esta valoración no he incluido ciento noventa y siete relojes de oro soberbios, tres de los cuales solamente valdrían cada uno quinientos dólares. Muchos eran antiquísimos y desprovistos de utilidad como tales relojes: sus maquinarias habían sufrido en mayor o menor escala la corrosión de la tierra; pero todos estaban ricamente engarzados con pedrerías, y las cajas eran de gran precio. Tasamos aquella misma noche el contenido total del cofre en un millón y medio de dólares, pero cuando más tarde vendimos los dijes y joyas (quedándonos con algunos para nuestro uso personal), nos encontramos con que habíamos hecho una valoración muy baja del tesoro.

Una vez terminamos nuestro examen, y al mismo tiempo se calmó un tanto aquella intensa excitación, Legrand, que sabía mi impaciencia por conocer la solución de aquel extraordinario enigma, entró a pleno detalle en las circunstancias relacionadas con él.

—Sin duda recordará usted —dijo— la noche en que le presenté el tosco dibujo que había hecho del escarabajo. Recordará asimismo que me molestó mucho su insistencia de que mi dibujo se parecía a una calavera. Cuando hizo usted por primera vez esta afirmación, creí que bromeaba; pero después recordé las manchas especiales sobre el dorso del insecto, y reconocí en mi interior que su observación tenía realmente una ligera base. No obstante, me irritó su burla respecto a mis facultades, artísticas, pues estoy considerado como un buen dibujante, y por eso, cuando me devolvió usted el trozo de pergamino, estuve a punto de estrujarlo y de arrojarlo, disgustado, a la lumbre.

—Se refiere usted al pedazo de papel —dije.

—No; aunque aquello tenía el aspecto de papel, y en principio yo mismo supuse que lo era; cuando empecé a dibujar sobre él, descubrí en seguida que era un trozo de pergamino muy viejo. Estaba todo sucio, como recordará. En el momento en que me disponía a arrugarlo, mis ojos cayeron sobre el boceto que usted había examinado, y ya puede imaginarse mi asombro al percibir claramente la silueta de una calavera en el sitio mismo donde había yo creído dibujar el insecto. Durante un momento me sentí demasiado atónito para pensar con serenidad. Sabía que mi boceto era muy diferente en detalle de éste, aunque existiese cierto parecido en el contorno general. Acto seguido cogí una vela y, sentándome al otro extremo de la habitación, me dediqué a un examen minucioso del pergamino. Dándole la vuelta, vi mi propio boceto sobre el reverso, exactamente como lo había hecho. Mi primera impresión fue entonces de simple sorpresa ante la notable similitud del contorno; y resulta una coincidencia muy notable el hecho de aquella imagen, desconocida para mí, que ocupaba el otro lado del pergamino debajo precisamente de mi dibujo del escarabajo, y de la calavera aquella que se parecía con tanta exactitud a dicho dibujo, no sólo en la silueta, sino en el tamaño. Repito que la singularidad de aquella coincidencia me dejó perplejo durante un momento. Es éste el efecto habitual de tales coincidencias. La imaginación se esfuerza por establecer una relación —una ilación de causa y efecto—, y siendo incapaz de conseguirlo, sufre una especie de parálisis pasajera. Mas, cuando me recuperé de aquel estupor, sentí surgir en mí poco a poco una convicción que me sobrecogió más aún que aquella coincidencia. Empecé a recordar de una manera clara e indudable que *no* existía ningún dibujo sobre el pergamino cuando hice mi boceto del escarabajo. Tenía la absoluta certera de ello, pues recordé haberle dado vueltas a un lado y a otro buscando el sitio más limpio… Si la calavera hubiese estado allí, la habría yo visto, con toda seguridad: En todo esto habia un misterio que me sentía incapaz de penetrar; pero en aquel instante me pareció ver brillar débilmente, en las más remotas y secretas profundidades de mi entendimiento, una especie de presentimiento de la verdad de la cual nos había aportado la aventura de la última noche una prueba tan magnífica. Me levanté al punto, y guardando cuidadosamente el pergamino apliqué toda reflexión ulterior para cuando me encontrase solo.

»Una vez que usted se marchó y Júpiter quedó profundamente dormido, me dediqué a mi examen más metódico de la cuestión. En primer lugar, quise establecer el modo como aquel pergamino había llegado a mi poder. El punto en que encontramos el escarabajo, se hallaba en la costa del continente, a una milla aproximada al este de la isla, pero a corta distancia sobre el nivel de la marea alta. Cuando intenté cogerle me picó con fuerza, obligándome a soltarle. Júpiter, con su natural prudencia, antes de agarrar el insecto, que había volado hacia él, buscó a su alrededor una hoja o algo parecido con que apresarlo. En ese momento sus ojos, lo mismo que los míos, se fijaron en el trozo de pergamino que supuse era un papel. Estaba medio enterrado en la arena, sobre la que asomaba una parte de él. Próximo al

sitio donde lo descubrimos vi los restos del casco de un gran barco, según me pareció. Aquellos restos, indudablemente de un naufragio, debían de estar allí desde hacía mucho tiempo, pues apenas podía distinguirse su semejanza con la estructura de un barco.

»Júpiter recogió el pergamino, envolvió en él al insecto y me lo entregó. Momentos después, cuando volvimos a casa, encontramos al teniente G… Le enseñé el ejemplar y me rogó que le permitiese llevárselo al fuerte. Se lo entregué y lo guardó en el bolsillo de su chaleco sin el pergamino en que iba envuelto y que había conservado en la mano durante su examen. Probablemente temió que cambiase de idea y prefirió asegurar en seguida su presa; ya sabe usted que es un entusiasta de todo cuanto se relaciona con la historia natural. Entonces, sin darme cuenta, seguramente, debí guardarme el pergamino en el bolsillo.

»Recordará usted asimismo que cuando me senté ante la mesa, con el propósito de hacer un esquema del insecto, no hallé papel donde habitualmente se guarda. Miré en el cajón y no lo encontré allí. Recurrí a mis bolsillos, esperando encontrar en ellos alguna carta atrasada, cuando mis dedos tropezaron con el pergamino. Le detallo a usted de un modo tan minucioso como cayó en mi poder, porque las circunstancias me impresionaron con una fuerza especial.

»Indudablemente, usted me creyó un alucinado; pero yo había establecido ya una especie de *conexión*. Acababa de unir dos eslabones de una gran cadena. Allí había mi barco que naufragó en la costa, y en las proximidades de aquel barco, un pergamino —*no un papel*— con una calavera dibujada sobre él. Va usted, seguramente, a preguntarme: ¿dónde está la relación? Le responderé que la calavera es el emblema muy conocido de los piratas. Llevan izado el pabellón con la calavera en todos sus combates.

»Pues bien, era un trozo de pergamino, y no de papel. El pergamino es una materia resistente casi indestructible. Rara vez se consignan sobre uno de estos cuestiones de poca monta, ya que no se adapta como el papel a las simples necesidades del dibujo o de la escritura. Esta reflexión me indujo a pensar en algún símbolo, en algo que tenía relación con la calavera. No olvidé tampoco observar la *forma* del pergamino. Aunque uno de los ángulos aparecía roto por algún accidente, podía verse bien que la forma original era oblonga. Tratándose precisamente de una de estas tiras que se escogen como memorándum, para anotar algo que desea uno conservar largo tiempo y con interés.

—Pero —le interrumpí— usted asegura que la calavera *no estaba* sobre el pergamino cuando dibujó el escarabajo. ¿Cómo entonces establece una relación entre el barco y la calavera, ya que esta última, según su propio aserto, debe de haber sido dibujada (Dios únicamente sabe cómo y por quién) en algún período posterior a su apunte del insecto?

—¡Ah!, alrededor de eso gira todo el misterio, aunque he tenido, relativamente, poca dificultad en aclarar ese extremo del secreto. Mi trayectoria era segura y no

podía llevarme más que a un solo resultado. Razoné así, aproximadamente: al dibujar el escarabajo, no aparecía la calavera sobre el pergamino. Cuando terminé el dibujo, se lo di a usted y le estuve observando con fijeza hasta que me lo devolvió. No era *usted*, por tanto, quien había dibujado la calavera, ni estaba allí presente nadie que hubiera podido hacerlo. No había sido, pues, realizado por un medio humano. Y, sin embargo, allí estaba.

»Al llegar a este punto de mis reflexiones, intenté recordar, y recordé, en efecto, con absoluta exactitud, cada incidente ocurrido en el intervalo en cuestión. La temperatura era fría (¡oh raro y feliz accidente!), y el fuego llameaba en la chimenea. Había yo entrado en calor con el ejercicio y me senté junto a la mesa. Usted, tenía colocada su silla, muy cerca de la chimenea. En el instante mismo de dejar el pergamino en su mano, y cuando iba usted a examinarlo, *Wolf* el terranova, entró y saltó hacia sus hombros. Con su mano izquierda usted le acariciaba, intentando apartarle, mientras tenía cogido el pergamino con la derecha, sobre sus rodillas y cerca del fuego. Hubo un momento en que creí que la llama iba a alcanzarlo, y me disponía a advertírselo; pero antes de que hubiese yo hablado la retiró usted y empezó a examinarlo. Una vez considerados todos estos detalles, no dudé ni un segundo que aquel *calor* había sido el agente que hizo surgir a superficie del pergamino la calavera cuyo contorno veía señalarse allí. Usted sabe que hay y ha habido en todo tiempo preparaciones químicas en virtud de las cuales es posible escribir sobre papel o sobre vitela caracteres que no resultan visibles hasta que son sometidos a la acción del fuego. Se utiliza algunas veces el zafre, disuelto en *agua regia* y diluido en cuatro veces su peso de agua; de ello resulta un tono verde. El régulo de cobalto, disuelto en espíritu de nitro, da el matiz rojo. Los colores desaparecen a intervalos más o menos largos, después que la materia sobre la cual se ha escrito se enfría, pero reaparecen a una nueva aplicación de calor.

»Examiné entonces la calavera con toda meticulosidad. Los contornos —los más próximos al borde del pergamino— quedaban mucho más *claros* que los otros. Resultaba evidente que la acción del calor había sido imperfecta o desigual. Acto seguido encendí el fuego y sometí cada trozo del pergamino al calor ardiente. En un principio no tuvo aquello más efecto que reforzar las líneas débiles de la calavera; pero insistiendo en el ensayo, se hizo visible, en el ángulo de la tira diagonalmente opuesto al sitio donde estaba trazada la calavera una figura que supuse de primera intención era la de una cabra. Un examen más atento, sin embargo, me convenció de que había tratado de representar un cabritillo.

—¡Ja, ja! —exclamé—. No tengo, indudablemente, derecho a burlarme de usted (un millón y medio de dólares es cosa muy seria para tomarla a broma). Pero no tratará de añadir un tercer eslabón en su cadena; no intentará hallar alguna relación especial entre sus piratas y una cabra; los piratas, como es sabido, no tienen nada que ver con las cabras; eso es cosa de granjeros.

—Pero si acabo de decirle que la figura *no* era la de una cabra.

—Bien; la de un cabritillo, pongamos; viene a ser casi lo mismo.

—Casi, pero no del todo —dijo Legrand—. Tiene usted que haber oído hablar de un tal capitán Kidd. Relacioné en seguida la figura de ese animal con una especie de firma logográfica o jeroglífica. Digo firma porque el lugar en que estaba situada sobre el pergamino sugería esa idea. La calavera, en la esquina diagonalmente opuesta, tenía así el carácter de un sello, de una estampilla. Pero me hallé dolorosamente desconcertado ante la falta de todo lo demás del cuerpo de mi soñado documento, del texto de mi contexto.

—Imagino que esperaba usted encontrar un mensaje entre el sello y la firma.

—Una cosa por el estilo. Lo cierto es que me sentí profundamente impresionado por el presentimiento de una buena fortuna inminente. No sabría decir por qué. Quizá, después de todo, era más bien un deseo que una verdadera creencia; pero es indudable que las absurdas palabras de Júpiter, asegurando que el escarabajo era de oro macizo, ejercieron un notable efecto sobre mi imaginación. Después, ¡esa serie de accidentes y coincidencias era algo tan extraordinario! ¿Observa usted lo que había de fortuito en que esos acontecimientos ocurriesen *el único* día del año en que ha hecho, ha podido hacer, el suficiente frío para necesitarse fuego y que, sin ese fuego, o sin la intervención del perro en el preciso momento en que apareció, no habría sabido yo nunca lo de la calavera, y por tanto no habría entrado nunca en posesión del tesoro?

—Siga… siga… Me consumo de impaciencia.

—Bueno; habrá usted oído contar alguna de las muchas historias que corren, de esos mil vagos rumores respecto a tesoros enterrados en algún lugar de la costa del Atlántico por Kidd y sus camaradas. Esos rumores debían tener algún fundamento real. Y si seguían corriendo desde hace tanto tiempo y con tanta persistencia, ello se debia, a mi juicio, solamente a la circunstancia de que el tesoro enterrado *permanecía* enterrado. Si Kidd hubiese escondido su botín durante algún tiempo y lo hubiera recuperado después, no habrian llegado tales rumores hasta nosotros en su invariable forma actual. Fíjese en que esas historias giran todas alrededor de buscadores, no de descubridores de tesoros. Si el pirata hubiera recuperado su botín, el asunto habría terminado allí. Pensaba que algún accidente —por ejemplo, la pérdida de la nota que fijaba el lugar exacto— debía de haberle privado de los medios para recuperarlo, llegando ese accidente a conocimiento de sus compañeros, quienes, de otra forma, no hubiesen podido saber nunca que un tesoro había sido escondido y que con sus búsquedas infructuosas, por carecer de guía al intentar recuperarlo, dieron origen primero a ese rumor, difundido universalmente en su época, y a las noticias tan corrientes ahora. ¿Ha oído usted hablar de algún tesoro importante que haya sido descubierto en todo lo largo de la costa?

—Jamás.

—Pues es evidente que Kidd los había acumulado inmensos. Daba yo así por supuesto que la tierra seguia reteniéndolos y no le sorprenderá mucho si le digo que

abrigaba una esperanza que aumentaba casi hasta la certidumbre: la de que el pergamino tan extraordinariamente hallado contenía la última indicación del lugar donde se ocultaba.

—Pero ¿cómo procedió usted?

—Aproximé de nuevo el pergamino al fuego, después de haberlo avivado; mas no apareció nada. Supuse entonces que era muy posible que la capa de mugre pudiera influir en aquel fracaso: para quitarla, lavé con esmero el pergamino vertiendo agua caliente encima y después, lo coloqué en una cacerola de cobre, con la calavera hacia abajo; puse la cacerola sobre una lumbre de carbón, y a los pocos minutos, estando ya la cacerola calentada intensamente, saqué la tira de pergamino. Fue inexpresable mi alegría al encontrarla manchada, en distintos sitios, con signos que parecían cifras alineadas. Volví a ponerla en la cacerola, y la dejé allí otro minuto. Cuando la saqué, estaba exactamente igual a como va usted a verla.

Al llegar aquí, Legrand, habiendo calentado de nuevo el pergamino, lo sometió a mi examen. Los caracteres siguientes aparecían groseramente trazados, en color rojo, en el espacio comprendido entre la calavera y la cabra:

(53 ± ± + 305))6*; 4826) 4 +.)4 ±); 806* ; 48 + 8 *n* 60))85; 1 ± (;: ± *8 + 83 (88) 5* + ; 46 (; 88*96*?; 8) * ± (;485); 5* + 2: * ± O4956 * 2 (5* - 4) 8 *n* 8*; 4069285);)6 + 8) 4 ± + ; 1 (± 9; 48081; 8:8 ± 1548 + 8554) 485 + 528806* 81 (± 9548; (88 ;4 (+?34;48)4 ± ; 161 ;: 188 ; ± ?;

—Pero —dije, devolviéndole la tira— sigo estando tan a oscuras como antes. Si todas las joyas de Golconda esperasen de mí la solución de este enigma, estoy seguro de que sería incapaz de obtenerlas.

—Sin embargo —dijo Legrand—, la solución no resulta tan difícil como cabe imaginar tras el primer examen superficial de los caracteres. Estos, según puede adivinarse fácilmente, forman una cifra, es decir, contienen un significado; pues por lo que sabemos de Kidd, no habría que suponerle capaz de construir una de las más abstrusas criptografías. Pensé, pues, desde luego, que ésta era de una clase sencilla, aunque tal, no obstante, que resultase absolutamente indescifrable para la tosca inteligencia del marinero, sin la clave.

—¿Y la resolvió usted, en verdad?

—Sin ninguna dificultad; había yo resuelto otras mil veces más complicadas. Las circunstancias y cierta predisposición natural me han hecho a interesarme por tales enigmas, y es, realmente, dudoso que el genio humano pueda crear un acertijo de ese género que el mismo ingenio humano no resuelva con una aplicación adecuada. Efectivamente, una vez que logré descifrar una serie de caracteres legibles, no me preocupó casi la leve dificultad de completar su significación.

»En este caso —y en realidad en todos los casos de escritura secreta— la cuestión fundamental se refiere al *lenguaje* de la cifra, pues los principios de solución,

particularmente tratándose de las cifras más sencillas, dependen del carácter peculiar de cada idioma y pueden ser modificadas por éste. Ordinariamente no hay otro medio para conseguir la solución que ensayar (guiándose por las probabilidades) todos los idiomas que os sean conocidos, hasta encontrar el verdadero. Mas en la cifra del caso presente toda dificultad quedaba resuelta con la firma. El juego de palabras sobre la voz *Kidd*[12] sólo es posible en lengua inglesa. Sin esa circunstancia hubiese yo comenzado mis ensayos por el español y el francés, por ser las lenguas en las cuales un pirata de mares españoles hubiera debido, más naturalmente, escribir un secreto de ese género. Tal como aparecía, presumí que el criptograma era inglés.

»Notará usted que no hay espacios entre las palabras. Si los hubiese habido, la tarea habría sido incomparablemente fácil. En este caso hubiera yo comenzado por hacer un cotejo y un análisis de las palabras más cortas, y de haber encontrado, cosa muy probable, una palabra de una sola letra (a o *I*-uno, yo, por ejemplo), habría estimado la solución asegurada. Pero como no existían espacios allí, mi primera misión era averiguar las letras predominantes, así como las que se encontraban con menor frecuencia. Las conté todas y después formé la siguiente tabla:

El signo	8	aparece	33	veces
»	;	»	26	»
»	4	»	19	»
»	±	»	16	»
»	)	»	16	»
»	*	»	13	»
»	5	»	12	»
»	6	»	11	»
»	(	»	10	»
»	+	»	8	»
»	1	»	8	»
»	0	»	6	»
»	9	»	5	»
»	2	»	5	»
»	:	»	4	»
»	3	»	4	»
»	?	»	3	»
»	*n*	»	2	»
»	-	»	1	»
»	*	»	1	»

»Ahora bien; la letra que se encuentra con mayor frecuencia en un texto inglés es la *e*. Después, la serie es la siguiente: *a o i d h n r s t u y c f g l m w h k p q x z*. La *e*

predomina hasta el punto de que es raro hallar una frase sola de alguna longitud de la que no sea el carácter principal.

»Contamos, pues, nada más empezar, con una base para algo más que una simple suposición. La utilidad que puede extraerse de esta tabla es evidente; pero para esta cifra particular sólo nos serviremos de ella muy parcialmente. Ya que nuestro signo predominante es el *8*, empezaremos por ajustarlo a la *e* del alfabeto natural. Para comprobar esta suposición, observemos si el *8* aparece a menudo por pares —pues la *e* se dobla con gran frecuencia en inglés— en palabras como, por ejemplo, *meet, speed, seen, been, agree*, etc. En nuestro caso, veremos que está doblado lo menos cinco veces, aunque el criptograma sea breve.

»Tomemos, pues, el *8* como *e*. Ahora, de todas las *palabras* de la lengua, *the* es la más usual; por tanto, debemos ver si no está repetida la combinación de tres signos, siendo el último de ellos el *8*. Si encontramos repeticiones de tal letra, así dispuestas, representarán, muy probablemente, la palabra *the*. Después de comprobado esto, encontraremos nada menos que siete de tales combinaciones, siendo los signos *;48* en total. Podemos, por tanto, suponer que; representa *t*, *4* representa *h*, y *8* representa *e*, quedando esto último así comprobado. Hemos dado ya un gran paso.

»Terminamos de fijar una sola palabra; pero ésta nos permite establecer también un punto más importante; es decir, varios principios y finales de otras palabras. Veamos, por ejemplo, el penúltimo caso en que aparece la combinación ;48 casi al término de la cifra. Sabemos que el ; que viene inmediatamente después es el comienzo de una palabra, y de los seis signos que siguen a ese *the*, conocemos, por lo menos, cinco. Sustituyamos, pues, esos signos por las letras que representan, dejando un espacio para el desconocido:

t eeth

»Debemos, lo primero, desechar el *th* como algo que no forma parte de la palabra que comienza por la primera *t*, pues observamos, ensayando el alfabeto entero para adaptar una letra al hueco, que es imposible entrecruzar un vocablo del que ese *th* pueda formar parte. Reduzcamos, pues, los signos a

t ee

»Y utilizando el alfabeto, si es preciso, como antes, llegamos a la palabra *tree* (árbol), como la única inteligible. Ganamos así otra letra, la *r* representada por (. más las palabras yuxtapuestas *the tree* (el árbol).

»Algo más lejos de estas palabras, aunque a poca distancia, encontramos de nuevo la combinación *;48* y la utilizamos como *terminación* de lo que precede inmediatamente. Tenemos así esta distribución:

the tree ;4(± ? 34 the

»Y sustituyendo con letras naturales los signos que ya conocemos, leeremos esto:

the tree thr ± ?3h the

»Después, si sustituimos los signos desconocidos por espacios en blanco o por puntos tendremos:

the tree thr… h the

y, por deducción, la palabra *through* (por, a través) resulta evidente por sí misma. Este descubrimiento nos da, además, tres nuevas letras, *o, u* y *g*, representadas por +, ? y 3.

»Busquemos ahora minuciosamente en la cifra combinaciones de signos conocidos. Encontramos no lejos del comienzo esta disposición:

83 (88, egree

que es, indudablemente, la terminación de la palabra *degree* (grado), que nos da otra letra, la *d*, representada por +.

»Cuatro letras más lejos de la palabra *degree*, hallamos la combinación:

; 46 (; 88,

cuyos signos conocidos traducimos, representando el desconocido por puntos, como anteriormente; y leemos:

th.rtee

»Combinación que nos sugiere acto seguido la palabra *thirteen* (trece) y que nos vuelve a proporcionar dos letras nuevas, la *i* y la *n*, representadas por *6* y *.

»Retrocediendo al principio del criptograma, encontramos la combinación:

53 ± ± +

»Traduciéndola como antes, obtendremos:

good

»Esto nos asegura que la primera letra es una *A*, y que las dos primeras palabras son *A good* (un bueno, una buena).

»Ahora ya podemos disponer nuestra clave, con arreglo a lo descubierto, en forma de tabla, para evitar errores. Tendremos lo siguiente:

5 representa a

+	»	d
8	»	e
3	»	g
4	»	h
6	»	i
*	»	n
±	»	o
(	»	r
;	»	t
?	»	u

»Contamos así con no menos de diez de las letras más importantes representadas, y es inútil seguir buscando la solución a base de esos detalles. Ya le he dicho lo suficiente para convencerle de que textos cifrados de ese género son de fácil traducción, y para darle algún conocimiento de su desarrollo *razonado*. Pero tenga la seguridad de que la muestra que tenemos delante pertenece al tipo más simple de la criptografía. Sólo me resta darle la traducción completa de los signos trazados sobre el pergamino, ya descifrados. Hela aquí:

»*A good glass in the bishop's hostel in the devil's seat forty-one degrees and thirteen minutes northeast and by north main branch seventh, limb east side shoot from the left eye of the death's head a bee-line from the tree through the shot fifty feet out*[13].

—Verdaderamente —dije— el enigma me parece tan intrincado como antes. ¿Cómo es posible encontrar sentido a toda esa jerga referente a «la silla del diablo», «la cabeza de muerto» y «el hostal o la hostería del obispo»?

—Confieso —replicó Legrand— que el escrito presenta un aspecto muy confuso cuando se dirige sobre él una ojeada superficial. Mi primer empeño fue hacer en el texto las divisiones naturales que había intentado disimular el criptógrafo.

—¿Quiere usted decir, puntuarlo?

—Una cosa por el estilo.

—Pero ¿cómo le fue posible hacerlo?

—Deduje que el estilo característico del autor había consistido en agrupar sus palabras sin separación alguna, buscando la manera de aumentar la dificultad de la solución. Ahora bien: un hombre poco agudo, al concebir tal propósito, tendrá, seguramente, la tendencia a superar la medida. Si durante el curso de su composición llegaba a una interrupción de su tema que requería, naturalmente, una pausa o un punto, se excedía, en su tendencia a agrupar los signos, más que de costumbre. Si observa usted ahora el manuscrito no le costará gran trabajo descubrir cinco de esos casos de inusitado agolpamiento. Siguiendo ese indicio hice la siguiente división:

»*A good glass in the bishop's hostel in the devil t seat-forty one degrees and thirteen minutes —northeast and by north— main branch seventh limb east side — shoot from the left eye of the death's— head —a bee line from the tree through the shot fifty feet out*[14].

—Aun con esa separación —dije—, sigo sin verlo claro.

—Igual me pasó a mí —replicó Legrand— por espacio de algunos días, durante los cuales realicé activas pesquisas en las proximidades de la isla de Sullivan, acerca de una casa que llevase el nombre de Hotel del Obispo, pues, naturalmente, deseché la palabra anticuada «hostal, hostería». No conseguía ningún informe sobre la cuestión, y estaba a punto de extender el campo de mi búsqueda y de obrar de un modo más sistemático, cuando una mañana se me ocurrió de pronto que aquel «Bishop's Hotel» podía tener alguna relación con una antigua familia apellidada Bessop, la cual, desde tiempo inmemorial, era propietaria de una antigua casa solariega a unas cuatro millas, aproximadamente, al norte de la isla. De acuerdo con lo cual fui a la plantación, y comencé de nuevo mis indagaciones entre los negros más viejos del lugar. Finalmente, una de las mujeres de más edad me dijo que ella había oído hablar de un sitio, algo así como *Bessop's Castle* (Castillo de Bassop), y que creía poder llevarme hasta él, pero que no se trataba de un castillo, ni mesón, sino una alta roca.

»Le prometí recompensarle bien por su molestia, y después de algunas dudas, consintió en guiarme hasta aquel sitio. Lo encontramos sin gran dificultad; allí la despedí y me dediqué al examen del paraje. El "castillo" consistía en un conjunto irregular de macizos y rocas; una de éstas se destacaba de las demás tanto por su altura como por su aislamiento y su aspecto artificial. Trepé a la cima, y entonces me sentí perplejo ante lo que debía hacer después.

»En tanto meditaba sobre ello, mis ojos se fijaron en un estrecho reborde en la cara oriental de la roca, a una yarda quizá por bajo de la altura donde estaba colocado. Aquel reborde sobresalía unas dieciocho pulgadas, y no tendría más de un pie de anchura; un entrante en el risco, exactamente encima, le daba una tosca semejanza con las sillas de respaldo cóncavo que usaban nuestros antepasados. No tuve duda de que fuese aquélla la "silla del diablo" a la que aludía el manuscrito, y me pareció poseer en ese momento el secreto entero del enigma.

»El "buen vaso", lo sabía yo, no podía referirse más que a un catalejo, pues los marineros de todo el mundo rara vez emplean la palabra "vaso" en otro sentido. Comprendí en el acto que debía utilizarse un catalejo desde un punto de vista determinado que no admitía variación. No vacilé un instante en pensar que las frases "cuarenta y un grados y trece minutos" y "Nordeste cuarto de Norte" tenían que indicar la dirección en que debía apuntarse el catalejo. Sumamente excitado por aquellos descubrimientos, volví, presuroso, a casa, cogí un catalejo y regresé a la

roca.

»Me deslicé sobre el reborde y comprobé que era imposible permanecer sentado allí, excepto en una postura especial. Este detalle confirmó mi anterior idea. Procedí a utilizar el catalejo. Naturalmente, los "cuarenta y un grados y trece minutos" podían aludir sólo a la elevación por encima del horizonte visible, ya que la dirección horizontal estaba indicada claramente por las palabras "Nordeste cuarto de Norte". Establecí esta última dirección por medio de una brújula de bolsillo; después, apuntando el catalejo con tanta exactitud como pude con un ángulo de cuarenta y un grados de elevación, lo moví lentamente de arriba abajo, hasta que detuvo mi atención una grieta circular u orificio en el follaje de un gran árbol que se destacaba de todos los demás, a distancia. En el centro de aquel orificio divisé un punto blanco; pero no pude distinguir al principio lo que era. Graduando el foco del catalejo, volví a mirar, y comprobé ahora que era un cráneo humano.

»A partir de este descubrimiento, consideré con absoluta seguridad el enigma como resuelto, pues la frase "rama principal, séptimo vástago, lado Este" no podía referirse más que a la posición de la calavera sobre el árbol, en tanto lo de "soltar desde el ojo izquierdo de la cabeza de muerto" no admitía tampoco más que una interpretación con respecto a la busca de un tesoro enterrado. Vi claro que se trataba de dejar caer una bala desde el ojo izquierdo, y que una línea recta (línea *de abeja*), partiendo del punto más cercano al tronco por "la bala" (o por el punto donde cayese la bala), y alargándose desde ahí a una distancia de cincuenta pies, indicaría el punto preciso, y debajo de este punto juzgué que era, por lo menos, *posible* que estuviese allí oculto un depósito valioso.

—Todo ello —dije— es harto claro, y asimismo ingenioso, sencillo y explícito. Y cuando abandonó usted el Hotel del Obispo, ¿qué hizo?

—Después de haber anotado escrupulosamente la situación del árbol, regresé a casa. No obstante, en el momento de dejar la «silla del diablo», el orificio circular desapareció de mi vista, y de cualquier lado que me volviese érame ya imposible divisarlo. Lo que considero como el colmo del ingenio en este caso es el hecho (pues, al repetir la experiencia, me he convencido de que *es* un hecho) de que la abertura circular en cuestión resulta sólo visible desde un punto que es precisamente el indicado por esa estrecha cornisa sobre la superficie de la roca.

»Cuando realicé la expedición al Hotel del Obispo fui seguido por Júpiter, quien observaba, sin duda, desde hacía unas semanas, mi aire absorto, y ponía un especial cuidado en no dejarme solo. Mas al día siguiente me levanté muy temprano, conseguí escabullirme de él, y corrí a las colinas en busca del árbol. Me costó mucho trabajo encontrarlo. Cuando volví a casa por la noche, mi criado se disponía a vapulearme. Respecto al final de la aventura, creo que sabe usted tanto como yo.

—Supongo —dije— que erró usted el punto en las primeras excavaciones, debido a la estupidez de Júpiter al dejar caer el escarabajo por el ojo derecho de la calavera en lugar de hacerlo por el izquierdo.

—Efectivamente. Esa equivocación ocasionaba una diferencia de dos pulgadas y media, aproximadamente, en relación con la bala, es decir, en la posición de la estaca junto al árbol, y si el tesoro hubiera estado *bajo* la «bala», el error habría sido de poca monta; pero la «bala», y al mismo tiempo el punto más cercano al árbol, representaban simplemente dos puntos para establecer una línea de dirección; naturalmente el error, aunque insignificante al principio, aumentaba al avanzar siguiendo la línea y cuando hubimos llegado a una distancia de cincuenta pies, nos había separado por completo de la pista. Sin mi convicción absoluta de que allí había algo enterrado, todo nuestro esfuerzo hubiera sido vano.

—Pero su énfasis, su actitud balanceando el insecto, ¡cuán exageradamente extravagantes! Tenía yo la certeza de que estaba usted loco. Y ¿por qué insistió en dejar caer el escarabajo desde la calavera, en lugar de una bala?

—¡Hombre!… Voy a serle franco; me sentía un tanto molesto por sus claras sospechas relativas a mi sano juicio, y decidí castigarle un poco, a mi manera, con algo de serena mixtificación. Por esa razón balanceaba yo el insecto, y por esa razón también quise dejarlo caer desde el árbol. Una observación que hizo usted acerca de su peso me sugirió esta última idea.

—Sí, lo comprendo; y ahora no hay más que un detalle que me desconcierta. ¿Qué podemos decir de los esqueletos encontrados en el hoyo?

—¡Ah! Esa es una pregunta a la cual, igual que usted, no sería yo capaz de responder. No veo, ciertamente, más que un modo plausible de explicar eso; pero mi hipótesis implica una atrocidad tal, que resulta horrible de creer. Está claro que Kidd (si fue realmente Kidd quien escondió el tesoro, lo cual no dudo), está claro que él debió de hacerse ayudar en su trabajo. Pero, una vez acabado éste, pudo creer necesario suprimir a todos los que compartían su secreto. Acaso un par de golpes de azadón fueron suficientes, en tanto sus ayudantes estaban ocupados en el hoyo; acaso necesitó una docena. ¿Quién puede decirlo?

EL CORAZÓN DELATOR

¡De veras! Soy muy nervioso, extraordinariamente nervioso. Lo he sido siempre. Pero ¿por qué decís que estoy loco? La enfermedad ha aguzado mis sentidos, pero no los ha destruido ni embotado. De todos ellos, el más agudo era el oído. Yo he escuchado todas las cosas del cielo y de la tierra y bastantes del infierno. ¿Cómo, entonces, he de estar loco? Atención. Observad con qué serenidad, con qué calma puedo contaros esta historia.

Es imposible explicar cómo la idea penetró en mi cerebro. Pero, una vez adentrada, me acosó día y noche. Motivo, realmente, no había ninguno. Nada tenía que ver con ello la pasión. Yo quería al viejo, y nunca me había hecho daño. Jamás me insultó. Y su oro no despertó en mí la menor codicia…

Creo que era su ojo. Sí, ¡esto era! Uno de sus ojos se parecía a los del buitre. Era un ojo azul pálido, nublado, con una catarata. Siempre que caía ese ojo sobre mí se helaba mi sangre. Y así poco a poco, gradualmente, se me metió en el cerebro la idea de matar al anciano y librarme para siempre, de este modo, de aquella mirada.

Ahora viene lo más difícil de explicar. Me creeréis un loco. Los locos nada saben de cosa alguna, pero si me hubieseis visto, si hubierais visto con qué sabiduría procedí y con qué precaución y cautela me produje…; con qué disimulo puse manos a la obra…

Jamás me manifesté tan amable con él como durante toda la semana que precedió al asesinato. Cada noche, cerca de la medianoche, descorría el pestillo de su puerta y la abría muy suavemente. Y entonces, cuando la había abierto lo suficiente para asomar mi cabeza, adentraba por la abertura una linterna sorda, bien cerrada, para que no se filtrara ninguna claridad. Después metía la cabeza. ¡Oh…! Os hubierais reído viendo con qué cuidado introducía la cabeza. La movía lentamente, muy lentamente, con miedo de turbar el sueño del anciano. No exagero al decir que, por lo menos, necesitaba una hora para poner toda mi cabeza por la abertura y ver al anciano acostado en su cama. ¡Ah! ¿Hubiera sido tan prudente un loco?

Entonces, una vez que mi cabeza estaba dentro de la habitación, abría con precaución mi linterna. (¡Oh, con qué cuidado, con qué cuidado!). Porque los goznes rechinaban un poco. Abría justamente lo necesario para que un rayo casi imperceptible de luz incidiera sobre el ojo de buitre. Hice esto durante siete noches interminables, a medianoche precisamente. Pero encontraba siempre el ojo cerrado, y así, fue imposible realizar mi propósito porque no era el viejo el que me molestaba, sino su maldito ojo. Y todas las mañanas, cuando amanecía, entraba osadamente en su cuarto y hablábale valerosamente, pronunciando su nombre con voz cordial, interesándome por como había pasado la noche. Estáis viendo, pues, que había de ser un hombre muy perspicaz para sospechar que todas las noches, precisamente a las

doce, le observaba durante su sueño.

Finalmente, en la octava noche, abrí la puerta con mayor precaución que antes. La aguja de un reloj se mueve más de prisa que lo que se movía entonces mi mano. Jamás como aquella noche pude darme tanta cuenta de la magnitud de mis facultades, de mi astucia. Apenas podía dominar mi sensación de triunfo. ¡Pensar que estaba allí abriendo la puerta poco a poco, y que él ni siquiera soñaba en mis acciones o mis pensamientos secretos…!

A esta idea se me escapó una risita, y tal vez me oyese, porque se movió de pronto en su lecho como si fuera a despertarse. Tal vez creáis ahora que me retiré. Pues no. Os equivocáis.

Su cuarto estaba tan negro como la pez, a causa de lo espesas que eran las tinieblas que envolvían toda la estancia, y es porque las ventanas estaban cerradas cuidadosamente por miedo a los ladrones. Y, seguro de que él no podía ver la puerta entreabierta, continué empujándola un poco más, siempre un poco más.

Había introducido mi cabeza, y me disponía a abrir la linterna, cuando mi pulgar resbaló sobre el pomo de la puerta, y el anciano se incorporó en su lecho preguntando:

—¿Quién anda ahí?

Permanecí completamente inmóvil y nada dije. Durante toda una hora no moví un solo músculo, y en todo ese tiempo no oí que volviera a acostarse. Continuaba sentado en la cama, escuchando, exactamente lo mismo que yo había hecho durante noches enteras, oyendo a las arañas de la pared.

De pronto escuché mi débil gemido. Se trataba de un lamento de terror mortal. No era un lamento de dolor o tristeza, ¡oh, no!; era el rumor sordo y ahogado que escapa de lo íntimo de un alma sobrecogida por el pavor. Yo ya conocía bien ese murmullo. Muchas noches, precisamente al filo de las doce, cuando todos dormían, irrumpía en mi propio pecho, excavando con su eco horrendo los terrores que me consumían. Sabía lo que estaba sintiendo el viejo y sentía piedad por él, aunque otros sentimientos también llenasen mi corazón. Sabía que él continuaba despierto desde que, habiendo oído el primer rumor, se movió en la cama. Su zozobra había ido siempre en aumento. Procuraba persuadirse de que sus temores eran infundados. Seguramente habíase dicho a sí mismo: «No es nada. El viento en la chimenea. Un ratón que corre por el entarimado…». «Cualquier insecto». Sí; procuró calmarse con cualquiera de estas hipótesis. Pero fue todo inútil, porque la muerte que se aproximaba había pasado ante él con su gran sombra negra y ya envolvía a su víctima. Y era la influencia fúnebre de su sombra no vista lo que le hacía *sentir*, aunque no viera ni escuchara nada, lo que le hacia notar la presencia de mi cabeza en su cuarto.

Luego de haber esperado tan largo rato, con toda paciencia, sin oír que se acostara de nuevo, me aventuré a abrir un poco la linterna, pero tan poco, tan poco como si nada. La abrí cautelosamente, tan furtivamente, como no podréis imaginároslo, hasta

que, al fin, un único y pálido rayo, como un hilo de telaraña, salió por la ranura y descendió sobre su ojo de buitre.

Estaba abierto, enteramente abierto y, al verlo, me encolericé. Lo vi con claridad perfecta. Todo él, de un azul mate y cubierto por una horrorosa nube que me helaba la medula de los huesos. Pero no podía ver nada más; ni la cara ni el cuerpo del anciano, como si no existiera otra cosa que aquel ojo obsesionante.

¿No creéis que es una hiperestesia de los sentidos aquello que consideramos locura? Os diré que un rumor sordo, ahogado y continuo, llegó a mis oídos, semejante al producido por el tic-tac de un reloj envuelto en algodones. Inmediatamente reconocí *ese* sonido. Era el corazón del viejo, latiendo. Excitó mi furor como el redoble de los tambores excita el valor del soldado. Me dominé, sin embargo, y continué inmóvil. Apenas respiraba y mantenía quieta entre las manos la linterna. Esforzábame en conservar el rayo de luz fijo sobre el ojo. Y, en tanto, el pálpito infernal del corazón del anciano era cada vez más fuerte, más apresurado… Sobre todo, más sonoro.

El pánico del viejo debía ser tremendo, resonando en ese latir que volvíase cada vez más fuerte; minuto a minuto.

Os he dicho que soy nervioso, realmente lo soy, y entonces, en plena noche y del pavoroso silencio de aquella vieja casa, un ruido tan extraño hizo penetrar en mí un terror irresistible. Durante algunos minutos me contuve y quise mantenerme tranquilo, pero la pulsación hacíase cada vez más fuerte; siempre más fuerte. Creí que mi corazón iba a estallar. Una nueva angustia se apoderaba de mí… El ruido, los rumores que iban a producirse podían ser oídos por algún vecino. Porque había sonado la hora del viejo…

Con un gran alarido, abrí de pronto la linterna y me precipité en la alcoba. El viejo, entonces, dejó escapar un grito, uno solo. En un momento, le derribé al suelo y eché sobre él todo el peso del lecho. Y hasta sonreí entonces, ufano, viendo tan adelantada mi obra. Durante algunos minutos, sin embargo, el corazón latió con un sonido ahogado. A pesar de todo, ya no me atormentaba. No podía oírse nada a través de las paredes. Y, por fin, cesó todo. El viejo estaba muerto. Levanté la cama y examiné el cuerpo. Sí: estaba muerto. ¡Muerto como una piedra! Puse mi mano sobre su corazón y estuve así durante algunos minutos, sin advertir latido alguno. Estaba muerto, bien muerto, y en lo sucesivo su ojo no me atormentaría más.

Si insistís en considerarme loco, vuestra opinión se desvanecerá cuando os describa las inteligentes precauciones que tomé para esconder el cadáver… Avanzaba la noche y yo trabajaba con prisa, pero con cauteloso silencio. Fui desmembrando el cueipo; primero corté la cabeza y después los brazos; luego, las piernas. En seguida, arranqué tres tablas del entarimado y lo coloqué todo bajo el piso de madera. Después volví a poner las tablas con tanta habilidad y destreza que ningún ojo humano, ¡ni siquiera el suyo!, hubiese podido descubrir allí nada alarmante. Nada había que lavar. Ni una mancha, ni una sola mancha de sangre. No se me escapó detalle alguno. Un

cubo lo hizo desaparecer todo…

Así que terminé aquellas operaciones eran las cuatro y estaba tan oscuro como si fuese aún medianoche. En el momento en que el reloj señalaba la hora, llamaron a la puerta de la calle. Bajé a abrir confiado. Porque, ¿qué era lo que tenía que temer *entonces*? Entraron tres hombres, que se presentaron a mí cortésmente como agentes de policía. Un vecino había oído un grito durante la noche y le hizo despertar la sospecha de que se había cometido un crimen. En la Comisaría había sido presentada una denuncia, y aquellos caballeros, los agentes, habían sido enviados para practicar un reconocimiento.

Sonreí. Porque, repito, ¿*qué* tenía que temer? Y di la bienvenida a los recién llegados.

—El grito —les expliqué—, lo había lanzado yo, soñando. El viejo —añadí—, está de viaje por la comarca.

Conduje a mis visitantes por toda la casa. Les invité a que buscaran, a que buscaran *bien*. Por fin, los conduje a *su* cuarto. Les mostré sus tesoros, en seguridad perfecta, en perfecto orden. Entusiasmado con mi confianza, les llevé unas sillas a la habitación y les supliqué que se sentaran, mientras yo, con la desbordada audacia del triunfo absoluto coloqué mi propia silla exactamente en el lugar que ocultaba el cuerpo de la víctima.

Los agentes estaban satisfechos. Mi *actitud* les había convencido. Sentíame completamente bien. Sentáronse y hablaron de cosas familiares, a las que contesté jovialmente. Pero, al poco rato, me di cuenta de que palidecía y deseé que se fueran. Me dolía la cabeza y me parecía que mis oídos zumbaban. Sin embargo, ellos continuaban sentados y prosiguiendo la charla. El zumbido hízose más claro. Persistió y volvióse cada vez más perceptible. Empecé a hablar copiosamente, para libertarme de tal sensación. Pero ésta resistió, reiterándose de tal modo, que no tardé en descubrir, por último, que el rumor no nacía en mis oídos.

Sin duda me puse entonces muy pálido. Pero seguía hablando sin tino, elevando el tono de mi voz. El ruido aumentaba siempre. ¿Qué podía hacer? *Era un ruido sordo, ahogado y continuo, semejante al producido por el tic-tac de reloj envuelto en algodones*. Respiraba con dificultad. Y, en tanto, los agentes nada oían aún. Hablé todavía más de prisa, con mayor vehemencia. Pero el rumor crecía incesantemente. Me levanté y discutí sobre tonterías, con voz cada vez más alta y, seguramente, haciendo violentas gesticulaciones. Pero inútilmente. El rumor crecía, crecía siempre. ¿Por qué ellos no se querían marchar? Comencé a andar de un lado para otro de la habitación, pesadamente, dando grandes pasos, como exasperado por sus observaciones. Pero el rumor crecía incesantemente. ¡Oh, Dios! ¿Qué podía hacer? Echaba espumarajos, desvariaba, pateaba. Movía la silla en que estaba sentado y la hacía resonar sobre el suelo. Pero el rumor lo dominaba todo y crecía indefinidamente. Hacíase *más fuerte*. Y los hombres continuaban hablando, bromeando, sonriendo. ¿Sería posible que nada oyeran? ¡Dios todopoderoso! ¡No,

no! ¡Estaban oyendo, estaban sospechando! *¡Sabían!* ¡Estaban *divirtiéndose* con mi terror! Así lo creí y lo creo ahora. Pero había algo peor que aquella agonía, algo más insoportable que aquella burla. No podía tolerar por más tiempo aquellas hipócritas sonrisas. Me di cuenta de que era preciso gritar o morir, porque entonces… ¡Atended, por favor!

—¡Miserables! —exclamé—. ¡No disimulen por más tiempo! ¡Lo confieso todo! ¡Arranquen esas tablas! ¡Aquí, aquí! ¡Es el latido de su implacable corazón!

EL POZO Y EL PÉNDULO

Impía tortorum tangas hic turba furores
sanguinis innocui, non satiata, aluit
sospite nunc patria, fracto nunc íimeris antro,
rnors ubi dirá fuit vita salusque patent.

(*Cuarteta compuesta para las puertas de un mercado que debió erigirse en el solar del Club de los Jacobinos, en París.*)

Encontrábame agotado, exhausto hasta no poder más, por aquella larga agonía, cuando, finalmente, me desataron y pude sentarme. Noté que perdía el conocimiento, que me desmayaba. La sentencia, la terrible sentencia de muerte, fue la última frase claramente acentuada que llegó a mis oídos. Después, el sonido de las voces de los inquisidores me pareció que se apagaba en el indefinido zumbido de un sueño, y aquel ruido provocaba en mi espíritu una idea de *rotación*, quizá a causa de que lo asociaba en mis pensamientos con una rueda de molino. Pero ello duró poco tiempo. De pronto, no oí nada más. No obstante, durante algún rato pude ver; pero, ¡con qué tremenda exageración! Veía los labios de los jueces vestidos de negro: eran blancos. ¡Más blancos que la hoja de papel sobre la que estoy escribiendo estas palabras! Y delgados, muy delgados, hasta lo grotesco. Mejor dicho: adelgazados por la intensidad de su dura expresión, de su resolución inexorable, del riguroso desprecio hacia el dolor humano. Veía que los decretos de lo que para mí representaba el Destino salían aún de aquellos labios. Los vi retorcerse en una frase mortal. Les vi pronunciar las sílabas de mi nombre. Y me estremecí al observar que el sonido no seguía al movimiento.

Durante varios momentos, de espanto frenético, advertí asimismo la blanda y casi imperceptible ondulación de las negras colgaduras que cubrían las paredes de la sala, y mis ojos recayeron entonces sobre los siete grandes hachones que se habían colocado encima de la mesa. Tomaron para mí, al principio, el aspecto de la caridad, y los imaginé ángeles blancos y esbeltos que debían salvarme. Pero he aquí que, de pronto, una náusea mortal invadió mi alma, y sentí que cada fibra de mi ser se estremecía como si hubiera estado en contacto con los hilos de una batería galvánica. Y las formas angélicas convertíanse en insignificantes espectros con cabeza de luego, y claramente comprendí que no debía esperar auxilio alguno. Entonces, como una magnífica nota musical, se insinuó en mi imaginación la idea del inefable reposo que nos espera en la tumba. Llegó suave, furtivamente. Sospecho que necesité un gran rato para apreciarla por completo. Pero en el preciso instante en que mi espíritu comenzaba a sentir claramente esa idea, y a acariciarla, las figuras de los jueces se desvanecieron como por arte de magia. Los hachones se redujeron a la nada. Sus luces se apagaron por completo, y sobrevino la negrura de las tinieblas. Todas las sensaciones fingieron desaparecer como en una zambullida loca y precipitada del

alma en el Hades. Y el Universo fue sólo noche, silencio, quietud.

Estaba desvanecido. Pero, sin embargo, no puedo decir que hubiese perdido la conciencia del todo. La que me quedaba, no intentaré definirlo. Ni describirlo siquiera. Pero, en fin, todo no estaba perdido. En medio del más profundo sueño…, ¡no! En medio del delirio…, ¡no! En medio del desvanecimiento…, ¡no! En medio de la muerte…, ¡no! Si fuera de otro modo, no habría salvación para el hombre. Cuando nos despertamos del más profundo sueño, rompemos la telaraña de *algún* sueño. Y, no obstante, un segundo más tarde es tan delicado este tejido, que no recordamos haber soñado.

Dos grados hay, al volver del desmayo a la vida. Por una parte, el representado por el sentimiento de la existencia moral o espiritual, y por otra, el de la sensación de la existencia física. Parece probable que si, al llegar al segundo grado, hubiéramos de evocar las impresiones del primero, volveríamos a encontrar todos los recuerdos elocuentes del abismo trasmundano. Y, ¿cuál es ese abismo? ¿Cómo, al menos, podremos distinguir sus sombras de las de la tumba? Pero si las impresiones de lo que he llamado primer grado no acuden de nuevo al llamamiento de la voluntad, no obstante, después de un largo intervalo, ¿no aparecen sin ser solicitadas, mientras, maravillados, nos preguntamos de dónde proceden? Quien no se haya desmayado nunca no descubrirá extraños palacios y casas singularmente familiares entre las ardientes llamas; no será él que contemple, flotantes en el aire, las visiones melancólicas que el vulgo no puede vislumbrar; no será él que medite sobre el perfume de alguna flor desconocida, ni él que se perderá en el misterio de alguna melodía que nunca hubiese llamado su atención hasta entonces.

En medio de mis repetidos e insensatos esfuerzos, en medio de mi enérgica tenacidad en recoger algún vestigio de ese estado de vacío aparente en el que mi alma había caído, hubo instantes en que soñé triunfar. Tuve momentos fugaces, brevísimos, en que he llegado a condensar recuerdos que en épocas posteriores mi razón lúcida me ha afirmado no poder referirse sino a ese estado en que parece aniquilada la conciencia. Muy confusamente me presentan esas sombras de recuerdos grandes figuras que me levantaban, transportándome quedamente hacia abajo, aún más hacia abajo, cada vez más abajo, hasta que me invadió un vértigo espantoso a la simple idea del infinito en descenso.

Me recuerdan también no sé qué vago espanto que experimentaba el corazón, precisamente a causa de la calma sobrenatural de ese corazón. Después, el sentimiento de una repentina inmovilidad en todo lo que me rodeaba. Cual si quienes me transportaban, un cortejo de fantasmas, hubieran pasado, al descender, los límites de lo ilimitado, y se hubiesen detenido, vencidos por el hastío de su tarea. Recuerda mi alma más tarde una sensación de insipidez y de humedad; después, todo no es más que *locura*, la locura de una memoria que se agita en lo abominable.

De pronto, vuelven a mi alma un movimiento y un sonido: el movimiento tumultuoso del corazón y el rumor de sus latidos. Luego, un intervalo en el que todo

desaparece. Luego, el sonido de nuevo, el movimiento y el tacto. Como una sensación vibrante penetradora de mi ser. Después la simple conciencia de mi existencia sin pensamiento, sensación que duró mucho. Más tarde, bruscamente, el *pensamiento* de nuevo, un temor que me producía escalofríos y un esfuerzo ardiente por comprender mi verdadero estado. Después, un vivo afán de caer en la insensibilidad. Repentinamente, un brusco renacer del alma y una afortunada tentativa de movimiento. Entonces, el recuerdo completo del proceso, de los negros tapices, de la sentencia, de mi debilidad, de mi desmayo. Y el olvido más completo en tomo a lo que ocurrió más tarde. Únicamente después, y gracias a la constancia más enérgica, he logrado recordarlo vagamente.

No había abierto los ojos hasta ese momento. Pero sentía que estaba tendido de espaldas y sin ataduras. Extendí la mano y, pesadamente, cayó sobre algo húmedo y duro. Durante algunos minutos la dejé descansar así, haciendo esfuerzos por adivinar donde podía encontrarme y lo que había sido de mí. Sentía una gran impaciencia por hacer uso de mis ojos, pero no me atreví. Sentía miedo de la primera mirada sobre las cosas que me rodeaban. No es que me intimidara contemplar cosas espantosas, sino que me aterraba la idea de no ver *nada*.

A la larga, con una loca angustia en el corazón, abrí rápidamente los ojos. Mi horrible pensamiento hallábase, pues, confirmado. Me rodeaba la negrura de la noche eterna. Me parecía que la intensidad de las tinieblas me oprimía y me sofocaba. La atmósfera era intolerablemente pesada… Continué acostado tranquilamente e hice un esfuerzo por emplear mi razón. Recordé los procedimientos inquisitoriales. Y, partiendo de esto, procuré determinar mi posición verdadera. Había sido pronunciada la sentencia y me parecía que desde entonces había transcurrido un largo intervalo de tiempo. Sin embargo, ni un solo momento imaginé que estuviera realmente muerto.

A pesar de todas las ficciones literarias, semejante idea es absolutamente incompatible con la existencia real. Pero ¿dónde me encontraba y cuál era mi estado? Sabía que los condenados a muerte morían con frecuencia en los autos de fe. La misma tarde del día de mi juicio habíase celebrado una solemnidad de esta especie. ¿Me habían llevado, acaso, de nuevo a mi calabozo para aguardar en él el próximo sacrificio que había de celebrarse meses más tarde? Desde el principio comprendí que esto no podía ser. Había sido requerido el contingente de víctimas. Por otra parte, mi primer calabozo, como todas las celdas de los condenados en Toledo, estaba empedrado y había en él alguna luz.

De repente, una horrenda idea aceleró mi sangre en torrentes hacia mi corazón, y durante unos instantes, caí de nuevo en mi insensibilidad. Al recobrarme, de un solo movimiento me levanté sobre mis pies; temblando convulsivamente en cada fibra. Desatinadamente, extendí mis brazos por encima de mi cabeza y a mi alrededor; en todas direcciones. No sentí nada. No obstante, temblaba a la idea de dar un paso, pero me daba miedo tropezar contra los muros de mi *tumba*. Brotaba el sudor por todos mis poros, y en gruesas gotas frías se detenía sobre mi frente. A la larga, se me hizo

intolerable la agonía de la incertidumbre y avancé con precaución, extendiendo los brazos y con los ojos fuera de las órbitas; esperanzado de hallar un débil rayo de luz. Di unos pasos, pero todo estaba vacío y oscuro. Respiré más libremente. Y, por fin, me pareció claro que el destino que me habían reservado no era el más espantoso de todos.

Entonces, mientras siempre con cuidado continuaba avanzando, se confundían en masa en mi memoria mil vagos rumores que sobre los horrores de Toledo corrían. Sobre esos calabozos contábanse cosas extrañas. Yo siempre había creído que eran fábulas. Pero, no obstante, eran tan extraños, que sólo podían repetirse en voz baja. ¿Debía morir yo de hambre, en aquel subterráneo lleno de tinieblas, o qué muerte más terrible quizá me esperaba? Puesto que conocía harto bien el carácter de mis jueces, no podía dudar de que el resultado era la muerte, y una muerte de crueldad escogida. Lo que sería, y la hora de su ejecución, era lo único que me preocupaba y me aturdía.

Mis manos encontraron, por último, un sólido obstáculo. Era una pared que parecía construida de piedra, muy lisa, húmeda y fría. La fui siguiendo de cerca, caminando con la desconfianza que me habían inspirado las narraciones de la Antigüedad. Sin embargo, esta operación no me proporcionaba medio alguno para examinar la dimensión de mi calabozo, pues podía dar la vuelta y volver al punto que parecía la pared. En vista de ello, busqué el cuchillo que guardaba en uno de mis bolsillos cuando fui conducido al tribunal. Pero había desaparecido, porque mis ropas habían sido cambiadas por un traje de burda estameña.

Con objeto de comprobar perfectamente mi punto de partida, había pensado clavar la hoja en alguna pequeña grieta del muro. Sin embargo, la dificultad era bien fácil de ser solucionada, y sin embargo, al principio, debido al desorden de mi pensamiento, me pareció insuperable. Rasgué una tira de la orla de mi vestido y la coloqué en el suelo en toda su longitud, formando un ángulo recto con el muro. Recorriendo a tientas mi camino en tomo a mi calabozo, al terminar el circuito tendría que encontrar el trozo de tela. Por lo menos, esto era lo que yo creía. Pero no había tenido en cuenta ni las dimensiones de la celda ni mi debilidad. El terreno era húmedo y resbaladizo. Tambaleándome, anduve durante un rato. Después tropecé y caí. Mi gran cansancio, me decidió a continuar tumbado, y no tardó el sueño en apoderarse de mi en aquella posición.

Al despertarme y extender el brazo encontré a mi lado un pan y un cántaro con agua. Estaba demasiado agotado para reflexionar en tales circunstancias, y bebí y comí con avidez. Tiempo más tarde, reemprendí mi viaje en torno a mi calabozo, y con algún trabajo logré llegar al trozo de estameña. En el momento de caer había contado ya cincuenta y dos pasos, y desde que reanudé el camino hasta encontrar la tela, cuarenta y ocho. De modo que medía un total de cien pasos, y suponiendo que dos de ellos constituyeran una yarda, calculé en unas cincuenta yardas la circunferencia de mi calabozo. Sin embargo, había tropezado con numerosos ángulos

en la pared, y esto impedía el conjeturar la forma de la cueva, pues no había duda alguna de que aquello era una cueva.

No ponía gran interés en aquellas investigaciones, y con toda seguridad estaba desalentado. Pero una vaga curiosidad me impulsó a continuarlas. Dejando la pared, decidí atravesar la superficie de mi prisión. Al principio, procedí con extraña precaución, pues el suelo, aunque parecía ser de una materia dura, era traidor por el cieno que en él había. Sin embargo, al cabo de unos instantes, logré animarme, y comencé a andar con seguridad, procurando cruzarlo en línea recta.

De esta forma avancé diez o doce pasos, cuando el trozo rasgado que quedaba de borde se me enredó entre las piernas, haciéndome caer de bruces violentamente.

En la confusión de mi caída no noté al principio una circunstancia no muy sorprendente y que, no obstante, segundos después, hallándome todavía en el suelo, llamó mi atención. Mi barbilla apoyábase sobre el suelo del calabozo, pero mis labios y la parte superior de la cabeza, aunque parecían colocados a menos altura que la barbilla, no descansaban en ninguna parte. Me pareció, al mismo tiempo, que mi frente se empapaba en un vapor viscoso, y que un extraño olor a setas podridas llegaba hasta mi nariz. Extendí el brazo y me estremecí descubriendo que había caído al borde mismo de un pozo circular cuya extensión no podía medir en aquel momento. Tocando las paredes precisamente debajo del brocal, logré arrancar un trozo de piedra y la dejé caer en el abismo. Durante algunos segundos presté oídos a los rebotes. Chocaba en su caída contra las paredes del pozo. Lúgubremente, se hundió por último en el agua, despertando ecos estridentes. En el mismo instante, dejóse oír un ruido sobre mi cabeza, como de una puerta abierta y cerrada casi al mismo tiempo, mientras un débil rayo de luz atravesaba repentinamente la oscuridad y se apagaba en seguida.

Con toda claridad vi la suerte que se me preparaba, y me felicité por el oportuno accidente que me había salvado. Un paso más, y el mundo no me hubiera vuelto a ver. Aquella muerte, evitada a tiempo, tenía ese mismo carácter que había yo considerado como fabuloso y absurdo en las historias que sobre la Inquisición había oído contar. Las víctimas de su tiranía no tenían otra alternativa que la muerte, con sus crueles agonías físicas o con sus abominables torturas morales. Esta última fue la que me había sido reservada. Mis nervios estaban abatidos por un largo sufrimiento, hasta el punto que me hacía temblar el sonido de mi propia voz, y me consideraba por todos motivos una víctima excelente para la clase de tortura que me aguardaba.

Temblando, retrocedí a tientas hasta la pared, decidido a dejarme morir antes que afrontar el horror de los pozos que en las tinieblas de la celda multiplicaba mi imaginación. En otra situación de ánimo hubiese tenido el suficiente valor para concluir con mis miserias de una sola vez, lanzándome a uno de aquellos abismos; pero en aquellos momentos era yo el más perfecto de los cobardes. Por otra parte, me era imposible olvidar lo que había leído con respecto a aquellos pozos, de los que se decía que la extinción repentina de la vida era una esperanza cuidadosamente

excluida por el genio infernal de quien los había concebido.

Durante algunas horas me tuvo despierto la agitación de mi ánimo. Pero, por último, me adormecí de nuevo. Al despertarme, como la primera vez, hallé a mi lado un pan y un cántaro de agua. Me consumía una sed abrasadora, y de un trago vacié el cántaro. Algo debía de tener aquella agua, pues apenas bebí sentí unos irresistibles deseos de dormir. Caí en un sueño profundo parecido al de la muerte. No he podido saber nunca cuánto tiempo duró. Pero al abrir los ojos, pude distinguir los objetos que me rodeaban. Gracias a una extraña claridad sulfúrea, cuyo origen no pude descubrir al principio, podía ver la magnitud y aspecto de mi cárcel.

Me había equivocado mucho con respecto a sus dimensiones. Las paredes no podian tener más de veinticinco yardas de circunferencia. Durante unos minutos, ese descubrimiento me turbó grandemente, turbación en verdad pueril, ya que, dadas las terribles circunstancias que me rodeaban, ¿qué cosa menos importante podía encontrar que las dimensiones de mi calabozo? Pero mi alma ponía un interés extraño en las cosas nimias, y tenazmente me dediqué a darme cuenta del error que había cometido al tomar las medidas de aquel recinto. Por último se me apareció, como un relámpago, la luz de la verdad. En mi primera exploración había contado cincuenta y dos pasos hasta el momento de caer. En ese instante debía encontrarme a uno o dos pasos del trozo de tela. Ciertamente, había efectuado casi el circuito de la cueva. Entonces me dormí de nuevo, y al despertarme, necesariamente debí de volver sobre mis pasos, creando así un circuito casi doble del real. La confusión de mi cerebro me impidió darme cuenta de que había empezado la vuelta con la pared a mi izquierda y que la terminaba teniéndola a la derecha.

También me había equivocado por lo que respecta a la forma del recinto. Tanteando el camino, había encontrado varios ángulos, deduciendo de ello la idea de una gran irregularidad; tan poderoso es el efecto de la oscuridad absoluta sobre el que sale de un letargo o de un sueño. Los ángulos eran, sencillamente, producto de leves depresiones o huecos que se encontraban a intervalos desiguales. La forma general del recinto era cuadrada. Lo que creía mampostería parecía ser ahora hierro u otro metal dispuesto en enormes planchas, cuyas suturas y junturas producían las depresiones.

La superficie de aquella construcción metálica estaba, en su totalidad, embadurnada groseramente con toda clase de emblemas horrorosos y repulsivos, nacidos de la superstición sepulcral de los frailes. Figuras de demonios con amenazadores gestos, con formas de esqueleto y otras imágenes de horror más realistas, llenaban en toda su extensión las paredes. Me di cuenta de que los contornos de aquellas monstruosidades estaban suficientemente claros, pero que los colores parecían manchados y estropeados por efecto de la humedad del ambiente. Observé entonces que el suelo era de piedra. En su centro había un pozo circular, de cuya boca había yo escapado, pero no vi que hubiese alguno más en el calabozo.

Todo esto lo vi confusamente y no sin esfuerzo, pues mi situación física había

cambiado mucho durante mi sueño. Ahora, de espaldas, estaba acostado cuan largo era sobre una especie de armadura de madera muy baja. Estaba atado con una larga tira que parecía de cuero. Enrollábase en distintas vueltas en torno a mis miembros y a mi cuerpo, dejando únicamente libres mi cabeza y mi brazo izquierdo. No obstante, tenía que hacer un violento esfuerzo para alcanzar el alimento que contenía un plato de barro que habían dejado a mi lado sobre el suelo. Con verdadero terror me di cuenta de que el cántaro había desaparecido, y digo con terror porque me devoraba una sed intolerable. Creí entonces que el plan de mis verdugos consistía en exasperar esta sed, puesto que el alimento que contenía el plato era una carne cruelmente salada.

Elevé los ojos y examiné el techo de mi prisión. Hallábase a una altura de treinta o cuarenta pies y parecíase mucho, por su construcción, a los muros laterales. En una de las paredes llamó mi atención una figura de las más extraordinarias. Era una representación pintada del Tiempo, tal como se acostumbra mostrarle, pero en lugar de la guadaña, tenía un objeto que al pronto creí que se trataba de un enorme péndulo como los de los relojes antiguos. No obstante, algo había en el aspecto de aquella máquina que me hizo mirarla con mayor interés.

Mientras la observaba, mirando hacia arriba, pues hallábase colocada exactamente sobre mi cabeza, me pareció que se movía. Un momento después se confirmaba mi sospecha. Su balanceo era breve, muy lento. No sin cierta desconfianza y, sobre todo, con extrañeza, seguí observando durante unos minutos. Cansado, al cabo, de vigilar su fastidioso movimiento, volví mis ojos a los demás objetos de la celda.

Un ligero ruido me llamó la atención. Miré al suelo, y vi como algunas enormes ratas lo cruzaban. Habían salido del pozo que yo podía distinguir a mi derecha. En este instante, mientras las miraba, subieron en tropel, a toda prisa, con voraces ojos y atraídas por el olor de la carne. Me costó gran esfuerzo apartarlas.

Transcurrió media hora —tal vez una hora, pues apenas podía medir el tiempo—, cuando, de nuevo, levanté los ojos sobre mí. Lo que entonces vi me dejó atónito y sorprendido. El camino del péndulo había aumentado casi una yarda, y como natural consecuencia, su velocidad era también mucho mayor. Pero, sobre todo, lo que más me impresionó fue la idea de que había *descendido* visiblemente. Puede imaginarse con qué espanto observé entonces que su extremo inferior estaba formado por media luna de brillante acero, que, aproximadamente, tendría un pie de largo de un cuerno a otro. Los cuernos estaban dirigidos hacia arriba, y el filo inferior, evidentemente agudo como una navaja barbera. También parecía una navaja barbera, pesado y macizo, y ensanchábase desde el filo en una forma ancha y sólida. Se ajustaba a una gruesa varilla de cobre, y todo ello silbaba al moverse en el espacio.

No había duda alguna con respecto a la suerte que me había preparado la horrible ingeniosidad monacal. Los agentes de la Inquisición habían previsto mi descubrimiento del pozo. Es decir, del pozo cuyos horrores habían sido reservados

para un hereje tan temerario como yo; del pozo, imagen del infierno, considerado por la opinión como la Última Tule de todos los castigos. El más fortuito de los accidentes me había salvado de caer en él, y yo sabía que el arte de convertir el suplicio en un lazo y una sorpresa constituía una rama importante de aquel sistema fantástico de ejecuciones misteriosas. Por lo visto, habiendo fracasado mi caída en el pozo, no figuraba en el demoníaco plan arrojarme a él. Por tanto, estaba destinado, y en este caso sin ninguna alternativa, a una muerte distinta y más dulce. ¡Más dulce! En mi agonía, pensando en el uso singular que yo hacía de esta palabra, casi sonreí.

¿Para qué contar las largas, las interminables horas de horror, más que mortales, durante las que conté las vibrantes oscilaciones del acero? Pulgada a pulgada, línea a linea, descendía gradualmente, efectuando un descenso sólo apreciable a intervalos, que eran para mí más largos que siglos. Y cada vez más, cada vez más, seguía bajando, bajando.

Pasaron días, tal vez muchos días, antes de que llegase a balancearse lo suficiente cerca de mí para abanicarme con su aire acre. Hería mi olfato el olor del acero afilado. Rogué al Cielo, cansándole con mis súplicas, que hiciera descender más rápidamente el acero. Enloquecí, me volví frenético, hice esfuerzos para incorporarme e ir al encuentro de aquella espantosa y movible cimitarra. Y luego, de pronto, se apoderó de mí una gran calma y permanecí tendido, sonriendo a aquella muerte brillante, como podría sonreír un niño a un juguete precioso. Transcurrió luego un instante de perfecta insensibilidad. Fue un intervalo muy corto. Al volver a la vida no me pareció que el péndulo hubiera descendido una altura apreciable. Sin embargo, es posible que aquel tiempo hubiese sido larguísimo. Yo sabía que existían seres diabólicos que tomaban nota de mi desvanecimiento y que a su capricho podían detener la vibración.

Al volver en mí, sentí un malestar y una debilidad indecibles. Debía ser el resultado de una gran inanición. Con un esfuerzo, penoso, extendí mi brazo izquierdo tan lejos como mis ligaduras me lo permitían, y me apoderé de un pequeño sobrante que las ratas se habían dignado dejarme. Al llevarme un pedazo a los labios, un informe pensamiento de extraña alegría, de esperanza, se alojó en mi espíritu. No obstante, ¿qué había de común entre la esperanza y yo? Repito en afirmar que se trataba de un pensamiento informe. Frecuentemente tiene el hombre pensamientos así, que nunca se completan. Me di cuenta de que se trataba de un pensamiento de alegría, de esperanza, pero comprendí también que había muerto al nacer. Me esforcé inútilmente en completarlo, en recobrarlo. Mis largos sufrimientos habían aniquilado casi por completo las ordinarias facultades de mi espíritu. Yo era un imbécil, un idiota.

La oscilación del péndulo se efectuaba en un plano que formaba ángulo recto con mi cuerpo. Vi que la cuchilla había sido dispuesta de modo que atravesara la región del corazón. Rasgaría la tela de mi traje, volvería luego y repetiría la operación una y otra vez. A pesar de la gran dimensión de la curva recorrida —unos treinta pies, más

o menos—, y de la silbante energía de su descenso, que incluso hubiera podido cortar aquellas murallas de hierro, todo cuanto podía hacer, en resumen, y durante algunos minutos, era rasgar mi traje.

En este pensamiento me detuve. No me atrevía a ir más allá de él. Insistí sobre él con una sostenida atención, como si con esta insistencia hubiera podido parar *allí* el descenso de la cuchilla. Empecé a pensar en el sonido que produciría ésta al pasar sobre mi traje, y en la extraña y penetrante sensación que produce el roce de la tela sobre los nervios.

Pensé en todas esas cosas, hasta que los dientes me rechinaron.

Más bajo, más bajo aún. Deslizábase cada vez más bajo. Yo hallaba un placer frenético en comparar su velocidad de arriba abajo con su velocidad lateral. Ahora, hacia la derecha; ahora, hacia la izquierda. Después se iba lejos, lejos, y volvía luego, con el chillido de un alma condenada, hasta mi corazón con el andar fugitivo del tigre. Yo aullaba y reía alternativamente, según me dominase una u otra idea.

Más bajo, invariablemente, inexorablemente más bajo. Movíase a tres pulgadas de mi pecho. Furiosamente, intenté libertar con violencia mi brazo izquierdo. Estaba libre solamente desde el codo hasta la mano. Unicamente podía mover la mano desde el plato que habían colocado a mi lado hasta mi boca. Sólo esto, y con gran esfuerzo. Si hubiera podido romper las ligaduras por encima del codo, hubiese cogido el péndulo e intentado detenerlo, lo que hubiera sido como intentar detener un alud.

Siempre más bajo, incesantemente, inevitablemente más bajo. Respiraba con verdadera angustia y me agitaba a cada vibración. Mis ojos seguían el vuelo ascendente de la cuchilla y su caída, con el ardor de la desesperación más enloquecida; espasmódicamente, cerrábanse en el momento del descenso sobre mí. Aun cuando la muerte hubiera sido un alivio, ¡oh, qué alivio más indecible! Y, no obstante, temblaba con todos mis nervios al imaginar que bastaría que la máquina descendiera un grado para que se precipitara sobre mi pecho el hacha afilada y reluciente. Y mis nervios seguían temblando, y hacían encoger todo mi ser a causa de la esperanza. Sí, de la esperanza. De la esperanza triunfante aún sobre el potro, que dejábase oír al oído de los condenados a muerte incluso en los calabozos de la Inquisición.

Comprobé que diez o doce vibraciones, aproximadamente, pondrían el acero en inmediato contacto con mi traje. Y con esta observación entróse en mi ánimo la calma condensada y aguda de la desesperación. Desde hacía muchas horas, desde hacía muchos días, tal vez, pensé por vez primera. Se me ocurrió que la tira o correa que me ataba era de un solo trozo. Estaba atado con una ligadura continuada. La primera mordedura de la cuchilla de la media luna, efectuada en cualquier lugar de la correa, tenía que desatarla lo suficiente para permitir que mi mano la desenrollara de mi cuerpo. ¡Pero qué terrible era, en este caso, su proximidad! El resultado de la más ligera sacudida sería mortal. Por otra parte, ¿habrían previsto o impedido esta posibilidad los secuaces del verdugo? ¿Era probable que en el recorrido del péndulo

atravesasen mi pecho las ligaduras? Temblando al imaginar frustrada mi débil esperanza, la última, realmente, levanté mi cabeza lo bastante para ver bien mi pecho. La correa cruzaba mis miembros estrechamente, juntamente con todo mi cuerpo, en todos sentidos, menos en la trayectoria de la cuchilla homicida.

Aún no había dejado caer de nuevo mi cabeza en su primera posición, cuando sentí brillar en mi espíritu algo que sólo sabría definir, aproximadamente, diciendo que era la mitad no formada de la idea de libertad que ya he expuesto, y de la que vagamente había flotado en mi espíritu una sola mitad cuando llevé a mis labios ardientes el alimento. Ahora, la idea entera estaba allí presenté, débil, apenas viable, casi indefinida, pero en fin, completa. Inmediatamente, con la energía de la desesperación, intenté llevarla a la práctica.

Hacía varias horas que cerca del catre sobre el que me hallaba acostado se encontraba un número incalculable de ratas. Eran tumultuosas, atrevidas, voraces. Fijaban en mí sus ojos rojos, como si no esperasen más que mi inmovilidad para hacer presa. «¿A qué clase de alimento se habrán acostumbrado en este pozo?», me pregunté.

Menos una pequeña parte, y a pesar de todos mis esfuerzos para impedirlo, habían devorado el contenido del plato. Mi mano se acostumbró a un movimiento de vaivén hacia el plato. Pero, a la larga, la uniformidad maquinal de ese movimiento le había restado eficacia. Aquella plaga, en su voracidad, dejaba señales de sus agudos dientes en mis dedos. Con los restos de la carne aceitosa y picante que aún quedaba, froté vigorosamente mis ataduras hasta donde me fue posible hacerlo, y hecho esto retiré mi mano del suelo y me quedé inmóvil y sin respirar.

Al principio, lo repentino del cambio y el cese del movimiento hicieron que los voraces animales se asustaran. Se apartaron alarmados y algunos volvieron al pozo. Pero esta actitud no duró más que un momento. No había yo contado en vano con su glotonería. Viéndome sin movimiento, una o dos de las más atrevidas se encaramaron por el catre y olisquearon la correa. Todo esto me pareció el preludio de una invasión general. Un nuevo tropel surgió del pozo. Agarráronse a la madera, la escalaron y a centenares saltaron sobre mi cuerpo. Nada las asustaba el movimiento regular del péndulo. Lo esquivaban y trabajaban activamente sobre la engrasada tira. Se apretaban moviéndose y se amontonaban incesantemente sobre mí. Sentía que pululaban sobre mi garganta y que sus fríos hocicos buscaban mis labios.

Me encontraba medio sofocado por aquel peso que se multiplicaba constantemente. Un asco espantoso, que ningún hombre ha sentido en el mundo, henchía mi pecho y helaba mi corazón como un pesado vómito. Un minuto más, y me daba cuenta de que la operación habría terminado. Sobre mí, sentía perfectamente la distensión de las ataduras. Me daba cuenta de que en más de un sitio habían de estar cortadas y con una resolución sobrehumana, continué inmóvil.

No me había equivocado en mis cálculos. Mis sufrimientos no habían sido vanos. Sentí luego que estaba libre. En pedazos, colgaba la correa en torno de mi cuerpo.

Pero el movimiento del péndulo efectuábase ya sobre mi pecho. La estameña de mi traje había sido atravesada y cortada la camisa. Efectuó dos oscilaciones más, y un agudo dolor atravesó mis nervios. Pero había llegado el instante de salvación. A un ademán de mis manos, huyeron tumultuosamente mis libertadoras. Con un movimiento tranquilo y decidido, prudente y oblicuo, lento y aplastándome contra el banquillo, me deslicé fuera del abrazo de la tira y del alcance de la cimitarra. Cuando menos, por el momento *estaba libre*.

¡Libre! ¡Y en las garras de la Inquisición! Apenas había escapado de mi lecho de horror, apenas hube dado unos pasos por el suelo de mi calabozo, cesó el movimiento de la máquina infernal y la oí subir atraída hacia el techo por una fuerza invisible. Aquella fue una lección que llenó de desesperación mi alma. Indudablemente, todos mis movimientos eran espiados. ¡Libre! Había escapado de la muerte bajo una determinada agonía, sólo para ser entregado a algo peor que la muerte misma, y bajo otra nueva forma. Pensando en ello, fijé mis ojos en las paredes de hierro que me rodeaban. Algo extraño, un cambio que en un principio no pude apreciar claramente, se había producido con toda evidencia en la habitación. Durante varios minutos en los que estuve distraído, lleno de ensueños y de escalofríos, me perdí en conjeturas vanas e incoherentes.

Por primera vez, me di cuenta del origen de la luz sulfurosa que iluminaba la celda. Provenía de una grieta de media pulgada de anchura, que extendíase en torno del calabozo en la base de las paredes, que, de ese modo, parecían, y en efecto lo estaban, completamente separadas del suelo. Intenté mirar por aquella abertura, aunque como puede imaginarse, inútilmente. Al levantarme desanimado, se descubrió a mi inteligencia, de pronto, el misterio de la alteración que la celda había sufrido.

Había tenido ocasión de comprobar que, aun cuando los contornos de las figuras pintadas en las paredes fuesen suficientemente claros, los colores parecían alterados y borrosos. Ahora acababan de tomar, y tomaban a cada momento, un sorprendente e intensísimo brillo, que daba a aquellas imágenes fantásticas y diabólicas un aspecto que hubiera hecho temblar a nervios más firmes que los míos. Pupilas demoníacas, de una viveza siniestra y feroz, se clavaban sobre mí desde mil sitios distintos, donde yo anteriormente no había sospechado que se encontrara ninguna, y brillaban cual fulgor lúgubre de un fuego que, aunque vanamente, quería considerar completamente imaginario.

¡Imaginario! Me bastaba respirar para traer hasta mi nariz un vapor de hierro enrojecido. Extendíase por el calabozo un olor sofocante. A cada momento reflejábase un ardor más profundo en los ojos clavados en mi agonía. Un rojo más oscuro se extendía sobre aquellas horribles pinturas sangrientas. Estaba jadeante. Respiraba con grandes esfuerzos. No había duda con respecto al deseo de mis verdugos, los más despiadados, los más demoníacos de todos los hombres.

Me aparté lejos del metal ardiente, dirigiéndome al centro del calabozo. Frente a aquella destrucción por el fuego, la idea de la frescura del pozo llegó a mi alma como

un bálsamo. Me lancé hacia sus mortales bordes. Dirigí mis miradas hacia el fondo.

El resplandor de la inflamada bóveda iluminaba sus cavidades más ocultas. No obstante, durante un minuto de desvarío, mi espíritu negóse a comprender la significación de lo que veía. Al fin, aquello penetró en mi alma, a la fuerza, triunfalmente. Se grabó, a fuego, en mi razón estremecida. ¡Una voz, una voz para hablar! ¡Oh, horror! ¡Todos los horrores, menos ése! Con un grito, me aparté del brocal, y escondiendo mi rostro entre las manos, lloré con amargura.

El calor aumentaba rápidamente, y levanté una vez más los ojos, temblando en un acceso febril. En la celda habíase operado un segundo cambio, y éste efectuábase evidentemente, en la *forma*. Como la primera vez, intenté inútilmente apreciar o comprender lo que sucedía. Pero no me dejaron mucho tiempo en la duda. La venganza de la Inquisición era rápida, y dos veces la había frustrado. No podía luchar por más tiempo con el rey del espanto. La celda había sido cuadrada. Ahora notaba que dos de sus ángulos de hierro eran agudos, y por tanto, obtusos de los otros dos.

En un momento, la estancia había convertido su forma en la de un rombo. Peto la transformación no se detuvo aquí. No deseaba ni esperaba que se parase. Hubiera llegado a los muros al rojo para aplicarlos contra mi pecho, como si fueran una vestidura de eterna paz. «¡La muerte! —me dije—. ¡Cualquier muerte, menos la del pozo!». ¡Insensato! ¿Cómo no pude comprender que el pozo era necesario, que aquel pozo único era la razón del hierro candente que me sitiaba? ¿Resistiría yo su calor? Y, aún suponiendo que pudiera resistirlo, ¿podría sostenerme contra su presión?

El rombo se aplastaba, se aplastaba, con una rapidez que no me dejaba tiempo para pensar. Su centro, colocado sobre la línea de mayor anchura, coincidía precisamente con el abismo abierto. Intenté retroceder, pero los muros, al unirse, me empujaban con una fuerza irresistible.

Llegó, por último, un momento en que mi cuerpo, quemado y retorcido, apenas halló sitio para él, apenas hubo lugar para mis pies en el suelo de la prisión. No luché más, pero la agonía de mi alma se exteriorizó en un inerte y prolongado grito de desesperación. Me di cuenta de que vacilaba sobre el brocal, y volví los ojos…

Pero he aquí un ruido de voces humanas. Una explosión, un huracán de trompetas, un poderoso rugido semejante al de mil truenos. Los muros de fuego echáronse hacia atrás precipitadamente. Un brazo alargado me cogió del mío, cuando, ya desfalleciente, me precipitaba en el abismo. Era el brazo del general Lasalle. Las tropas francesas habían entrado en Toledo. La Inquisición hallábase en poder de sus enemigos.

SILENCIO

FÁBULA

«Escúchame —dijo el demonio, poniendo su mano sobre mi cabeza—. El país que te digo es una región lúgubre. Encuéntrase en Libia, junto a las orillas del Zaire. Allí no se encuentra descanso ni silencio».

Las aguas del río son de un tinte azafranado y lívido. No corren hacia el mar, sino que eternamente se agitan, bajo la pupila roja del sol, con un movimiento convulsivo y tumultuoso. A ambas orillas de este río de fangoso cauce extiéndese, en una distancia de muchas millas, un pálido desierto de gigantescos nenúfares. Uno contra otro, ofrécense como anhelantes en esta soledad, y dirigen hacia el cielo sus largos cuellos espectrales, fantasmales. Inclinan, a un lado y otro, sus perennes corolas. De ellos sale un rumor confuso que se parece al refugio de un torrente subterráneo. Y el uno inclinándose hacia el otro, suspiran; pero se halla una frontera en su imperio, y ésta es una selva densa y oscura. Desde luego, horrible.

A semejanza de las olas en torno de las islas Hébridas, los árboles están allí en perpetua agitación, y no obstante, no sopla viento alguno en el cielo. Los enormes árboles primitivos se balancean continuamente, cediendo a otro lado, con un estrépito impresionante. Y de sus altas copas, llorando gota a gota, se filtra un inacabable rocío. Extrañas flores venenosas se retuercen a sus pies en un perpetuo duermevela. Y sobre sus copos, provocando un suave eco, nubes de plomo se precipitan hacia el Oeste, hasta que como una catarata se vierten detrás del muro ardiendo del horizonte. Pero a pesar de ello, repito, no hay fuerte viento, y a ambas orillas del Zaire, no existe el silencio ni la calma.

Era de noche y caía la lluvia. Y cuando caía, era lluvia; pero, caída ya, dijérase sangre.

Encontrábame en medio de la marisma, y cerca de los nenúfares gigantescos, y caía la lluvia sobre mi cabeza, en tanto suspiraban los nenúfares. El cuadro era de una desolación solemne.

De pronto, a través del leve velo de la funérea niebla, se levantó la luna. Una luna roja. Y mis ojos se fijaron entonces en una gran roca gris que se alzaba en la margen del río y a la que aquélla iluminaba. La roca era gris, siniestra, altísima… En ella había unos caracteres grabados. Avancé hacia ella por la larga marisma de nenúfares, hasta que me encontré próximo a la orilla, para poder leer aquellos caracteres grabados en la piedra. Pero no podía descifrarlos. Decidí, en esto, retroceder, y la luna brilló entonces con un rojo más vivo. Me volví y miré otra vez hacia la roca. Volví a mirar los caracteres. Y finalmente, pude leer estas palabras: DESOLACIÓN.

Miré hacia arriba. En lo alto de la roca había un hombre en pie. Y, para espiar sus acciones, me escondí entre los nenúfares…

El hombre era imponente, mayestático, y desde los hombros hasta los pies, envolvíase en la toga de la antigua Roma. Su silueta era indistinta, pero sus rasgos eran los de la divinidad. Porque, a pesar de las sombras de la noche, y de la niebla, sus rasgos faciales fulguraban. Su frente era ancha y reflexiva. Y los ojos aparecieron núblados por las cavilaciones. Leíanse en las arrugas de sus mejillas las imaginaciones del tedio, del cansancio y del disgusto de la Humanidad, a la vez que un gran deseo de soledad.

Sentóse el hombre sobre la roca, apoyó en sus manos la cabeza, paseó sus miradas por la desolación que le rodeaba. Contempló los arbustos siempre inquietos, y los grandes y primitivos árboles. Miró a lo alto, a las nubes y a la luna roja. Y yo, escondido al amparo de los nenúfares, no perdía ninguno de sus actos, pudiendo apreciar cómo temblaba el hombre en medio de la soledad. Así avanzaba la noche, pero el hombre continuaba sentado sobre la roca.

Apartó del cielo su mirada para fijarla sobre el lúgubre Zaire, siguiendo con los ojos las aguas amarillas y las legiones pálidas de nenúfares. Parecía escuchar los suspiros de éstos y el murmullo que se alzaba de las aguas. Desde mi escondite seguí observando los actos del hombre. Vi cómo continuaba temblando en la soledad. Avanzaba más y más la noche, pero el hombre permanecía sentado sobre la roca.

Me abismé en las simas remotas de la marisma, y anduve a través del bosque susurrante de nenúfares. Llamé a los hipopótamos que vivían en aquellas profundidades, y las bestias escucharon mi llamada, viniendo hasta la roca, rugiendo, sonora y espantosamente. Todo bajo la luna.

Maldije a los elementos. Y una tempestad horrible se formó en el cielo. Allí donde apenas momentos antes corría un soplo de brisa.

El cielo se volvió lívido bajo la violencia de la tempestad, azotaba la lluvia la cabeza del hombre, y se desbordaban las olas del río. Este, torturado, saltaba rizado en espuma. Y crujían los nenúfares en sus tallos.

El bosque se agitaba al viento. Se derrumbaba el trueno. Centelleaba el relámpago. Y el hombre, amo siempre, temblaba en la soledad, sentado sobre la roca.

Irritado, maldije con la maldición del *silencio*; maldije al río y los nenúfares, al viento y al bosque, al cielo y al trueno, a los suspiros de los nenúfares… Entonces se tornaron mudos. Y cesó la luna en su lenta ruta por el cielo.

El trueno expiró y no centelleó el relámpago. Quedáronse quietas las nubes, descendieron las aguas de su lecho, y cesaron de agitarse los árboles. Ya no suspiraron los nenúfares. Ni se elevaba el menor rumor, ni la sombra de un sonido, en todo aquel gran desierto sin límites.

Volví a leer los caracteres grabados sobre la roca. Habían cambiado. Ahora decían esta palabra: SILENCIO.

Fijé mis ojos en el rostro del hombre. Estaba pálido de miedo. Levantó

apresuradamente la cabeza que tenía entre las manos y se incorporó sobre la roca. Aguzó, entonces, los oídos. Pero en todo aquel desierto sin límites no se oyó voz alguna. Y los caracteres grabados sobre la roca seguían diciendo: SILENCIO.

El hombre se estremeció y volvióse de espaldas. Y huyó lejos, muy lejos. Apresuradamente. Y ya no le vi más.

* * *

Se encuentran bellos cuentos en los libros de magia, en los tétricos libros de los magos, en esos libros que están encuadernados en piel. Digo que hay allí magníficas historias del cielo y de la tierra, así del fiero mar como de los genios que han reinado sobre él; sobre la castigada tierra y acerca del cielo sublime. Hay, asimismo, gran sabiduría en las palabras que han sido dictadas por las sibilas. Y sagradas cosas fueron escuchadas en otro tiempo por las hojas sombrías que temblaban alrededor de Dodona…

Pero, tan cierto como que Alá está vivo, considero a esta fábula, que el demonio me hizo ver cuando se sentó a mi lado en la sombra del sepulcro, como la más maravillosa de todas. Y cuando el demonio hubo concluido de guiarme, se hundió en las profundidades del mismo sepulcro y comenzó a reír.

Yo no pude reír con él, provocando sus maldiciones. Y el búho, que continúa en el sepulcro por toda la eternidad, salió de él, y púsose a los pies del demonio, y le miró a la cara fijamente.

EL RETRATO OVAL

El castillo en el cual mi asistente se había empeñado en entrar si fuese menester a la fuerza, antes que permitirme pasar, hallándome gravemente herido, la noche al raso, era uno de esos enormes edificios mezclados de lobreguez y grandeza, que durante tanto tiempo han alzado su frente ceñuda por entre los Apeninos, no menos en la realidad, que en las novelas de la señora Radcliffe. Según todas las apariencias había sido abandonado temporalmente y en época muy cercana. Nos instalamos en una de las habitaciones más pequeñas y menos suntuosamente amuebladas. Estaba situada en una apartada torre del edificio. Su ornamentación era rica, pero ajada y vetusta. Sus paredes estaban colgadas de tapices, y ornadas con diversos y multiformes trofeos heráldicos, junto con inusitada numerosidad de pinturas modernas muy garbosas, en marcos de rico arabesco de oro. Por aquellas pinturas, que pendían de las paredes no sólo en sus principales superficies, sino hasta en los muchos rincones que la extravagante arquitectura del castillo hacía necesarios —por aquellas pinturas, digo, mi delirio incipiente, quizás había despertado en mí profundo interés; de manera que ordené a Pedro cerrase los macizos postigos de la habitación —pues que ya era de noche—, que encendiese los picos de un grande candelabro que se alzaba junto a la cabecera de mi cama— y que corriese de par en par las floqueadas cortinas de negro terciopelo que envolvían también la cama. Quise que se hiciera todo aquello para poder entregarme si no al sueño, a lo menos alternativamente a la contemplación de aquellos cuadros y a la muy atenta lectura de un pequeño volumen que habíamos hallado sobre la almohada, y que contenía la crítica y la descripción de ellos.

Largamente —largamente leí— y devotamente, devotamente contemplé. Rápida y magníficamente pasaron las horas, y llegó la plena medianoche. La posición del candelabro me desplacía, y alargando mi mano con dificultad, por no despertar a mi adormecido asistente, lo coloqué de manera que sus rayos cayesen más de lleno sobre el libro.

Pero aquella acción produjo un efecto completamente inesperado. Los rayos de las numerosas bujías (porque había muchas) caían ahora dentro de un nicho de la habitación el cual, hasta entonces, había sido dejado en profunda oscuridad por uno de los postes de la cama. Y por ello pude ver vivamente iluminado un retrato que me había pasado completamente inadvertido. Era el retrato de una niña que apenas comenzaba a ser mujer. Miré precipitadamente aquella pintura, y acto seguido cerré los ojos. ¿Por qué hice aquello? No fue claro al primer pronto ni para mi propia percepción. Pero mientras mis párpados quedaban cerrados de aquella manera, recorrí en mi espíritu los motivos que había tenido para cerrarlos. Había sido un movimiento impulsivo para ganar tiempo de pensar —para asegurarme de que mi visión no me

había engañado— para calmar y dominar mi fantasía y dedicarme a una contemplación más juiciosa y verídica. Al cabo de muy pocos momentos, miré otra vez fijamente a la pintura.

Lo que yo entonces veía con justeza, no podía ni quería dudarlo; porque el primer resplandor de las bujías sobre el lienzo había parecido disipar el soñoliento sopor que se estaba apoderando de mis sentidos, y volverme con sobresalto a la vida despierta.

El retrato, ya lo he dicho, era el de una joven. Se reducía a la cabeza y hombros hecho a la manera que técnicamente suele llamarse de *viñeta* tenía mucho del estilo de las cabezas favoritas de Sully. Los brazos, el pecho y hasta los contornos de los radiosos cabellos, se fundían imperceptiblemente en la vaga, pero profunda sombra que formaba el fondo de aquel conjunto. El marco era oval, ricamente dorado y afiligranado en arabesco. Como obra de arte, nada podía ser más admirable que aquella pintura por sí misma. Pero no podía haber sido ni la factura de la obra ni la inmortal belleza de aquel semblante, lo que tan súbitamente y con tal vehemencia entonces me había conmovido, y mucho menos podía haber sido que mi fantasía sacudida de su casi adormecimiento, hubiera tomado aquella cabeza por la de una persona viva. Comprendí en seguida que las particularidades del dibujo, del *aviñetado*, y del marco hubieran instantáneamente disipado semejante idea —me hubieran evitado hasta una momentánea distracción. Meditando seriamente acerca de todo aquello, permanecí, tal vez durante una hora, medio sentado, medio reclinado, con la vista clavada en aquel retrato. Finalmente, satisfecho de haber acertado el verdadero secreto del efecto que producía, me eché completamente de espaldas en la cama. Había hallado que el hechizo de aquella pintura consistía en una absoluta *semejanza con la vida* en su expresión, que primero me sobrecogió y finalmente me desconcertó, me avasalló y me anonadó. Con profundo y respetuoso temor volví a colocar el candelabro en su posición primera. Una vez quedó apartada de mi vista la causa de mi profunda agitación, escudriñé ansiosamente el volumen que trataba de aquellas pinturas y de sus historias. Volví las hojas hasta encontrar el número que designaba el retrato oval, y allí leí las imprecisas y primorosas palabras que siguen:

«Era una doncella de singularísima belleza, y no menos amable que llena de alegría. Pero funesta fue la hora en que ella vio, y amó, y se casó con el pintor. Él, apasionado, estudioso, austero, y que tenía ya una esposa en su *Arte*; ella, una doncella de rarísima belleza, y no menos amable que llena de alegría: toda luz y sonrisas, y juguetona como una cervatillo: amante y cariñosa para todas las cosas de este mundo: sólo aborrecía el Arte que era su rival: sólo temía a la paleta y los pinceles y otros enfadosos instrumentos que la privaban de la presencia de su amado. Fue, pues, cosa terrible para aquella señora oír hablar al pintor de su deseo de retratar también a su joven esposa. Pero ella era humilde y obediente, y se estuvo dócilmente sentada durante muchas semanas en la sombría y elevada cámara de la torre donde la luz caía sobre el lienzo sólo desde arriba. Pero él, el pintor, tomó suma afición a su obra, que iba adelantando hora por hora, y día por día. Y él era un hombre

apasionado, y vehemente, y caprichoso, que se perdía siempre en fantaseos; de tal modo que no *quería* ver como aquella luz que se derramaba tan lúgubremente en aquella solitaria torre, marchitaba la salud y el ánimo de su esposa a quien todos veían consumirse menos él. Y sin embargo, ella no paraba de sonreírle, sin quejarse nunca, porque veía que el pintor (quien gozaba de alto renombre) hallaba un férvido, abrasador deleite en su tarea y se afanaba de día y de noche en pintar a la que tanto lo amaba, y que cada día se iba desalentando más y enflaqueciendo. Y, la verdad sea dicha, algunos que contemplaron el retrato, hablaron de su parecido en quedas palabras, como de una vigorosa maravilla, y demostración, no sólo del talento del pintor, sino de su amor profundo por aquella a quien pintaba de modo tan excelso. Pero hacia el final, cuando la obra se acercaba más a su terminación, ya no se admitía a nadie en la torre; porque el pintor se había alocado con el ardor de su tarea, y raramente quitaba los ojos del lienzo ni ya siquiera para mirar el rostro de su esposa. Y no *quería* ver cómo los colores que esparcía en el lienzo eran arrancados de las mejillas de la que estaba sentada junto a él. Y cuando hubieron pasado muchas semanas más, y quedaba ya muy poco por hacer, salvo una pincelada sobre la boca y un toque en los ojos, el espíritu de la señora vaciló al mismo tiempo como la llama en la concavidad de una lámpara. Y luego la pincelada fue puesta, y luego el toque fue dado; y, por el momento, el pintor se quedó arrobado delante de la obra que acababa de trabajar; pero en el momento inmediato, mientras todavía estaba contemplando, se puso tembloroso y muy pálido, y despavorido y gritando con alta voz: “¡Esto es realmente la *Vida* misma!” volvió súbitamente los ojos hacia su amada: —*¡estaba muerta!*

MANUSCRITO HALLADO EN UNA Bbotella

«Qui n’a plus qu’un moment à vivre, n’a plus rien à dissimuler».[15]

QUINAULT, *Atys*.

En cuanto a mi patria y a mi familia tengo muy poco que decir. Malas trazas y largos años me echaron de la una y me extrañaron de la otra. Mi hereditaria riqueza me deparó una educación nada común, y una disposición contemplativa de mi espíritu me capacitó para ordenar metódicamente las adquisiciones que mis tempranos estudios fueron acumulando. Por cima de todo, las obras de los moralistas alemanes me procuraron sumo deleite; y no por incauta admiración hacia su elocuente locura, sino por la facilidad con que mis hábitos de riguroso pensamiento me habían capacitado para descubrir sus falsedades. A menudo me han vituperado por la avidez de mi talento; me han imputado como un crimen mi falta de imaginación; y el pirronismo de mis opiniones me ha puesto siempre en evidencia. En efecto, mi poderosa afición a la filosofía de la Naturaleza, mucho me temo que ha impregnado mi espíritu de un error muy común en estos tiempos —quiero decir el hábito de referir todas las circunstancias, hasta las menos susceptibles de tal relación, a los principios de aquella ciencia. Y lo cierto es, que de un modo general, no había persona menos sujeta que yo a dejarse arrastrar fuera de los severos recintos de la verdad por los fuegos fatuos de la superstición. Me ha parecido conveniente sentar bien esto, no fuera que la increíble narración que voy a contar, llegara a ser considerada más como desvarío de una ruda imaginación, que como positiva experiencia de un espíritu para el cual los ensueños de la fantasía han sido siempre letra muerta y nulidad.

Después de muchos años pasados en un viaje a extrañas tierras, me embarqué el año de 18…, en el puerto de Batavia, de la rica y populosa isla de Java, para un viaje por las islas del archipiélago. Yo iba de pasajero, pues no llevaba más aliciente para aquel viaje sino una especie de inquietud nerviosa que me obsesionaba como un espíritu maligno.

Nuestro navío era un buque de unas cuatrocientas toneladas abadernado de cobre, y construido en Bombay con teca de Malabar. Iba fletado con algodón en rama y aceite de las islas Laquedives. Llevábamos también a bordo bonote, azúcar de palma, aceite de manteca clarificada, cocos, y unas cuantas cajas de opio. El arrumaje había sido una chapucería, y por lo tanto el bajel quedaba mal lastrado.

Nos dimos a la vela con un ligero soplo de viento; y durante muchos días nos quedamos navegando a lo largo de la costa oriental de Java, sin más incidente para divertirnos de la monotonía de nuestro rumbo que el casual encuentro con algunos de los pequeños *grabs* del archipiélago en el cual nos hallábamos confinados.

Una tarde, hallándome apoyado en el coronamiento, observé una nube aislada

muy singular, hacia el Noroeste. Era notable, así por su color como por ser la primera que habíamos visto desde nuestra salida de Batavia. Yo la observé atentamente hasta la puesta del sol, cuando se desplegó de pronto, de Este a Oeste, ciñendo el horizonte de una estrecha faja de vapor, y semejando una larga línea de costa baja. Mi atención fue poco después atraída por la apariencia pardorrojiza de la luna, y el peculiar aspecto de la mar. Esta iba experimentando un rápido cambio, y el agua parecía más transparente que de costumbre. Aunque yo podía distinguir perfectamente el fondo, con todo, echando la sonda, hallé que el navío estaba a quince brazas sobre él. El aire se había puesto ahora intolerablemente cálido y estaba cargado de exhalaciones espirales parecidas a las que se alzan del hierro calentado. Cuando vino la noche, desapareció el menor soplo del viento, y es imposible imaginar una calma más completa. La llama de una bujía ardía en la popa sin el menor movimiento perceptible, y un largo cabello, sostenido entre el índice y el pulgar, pendía sin la menor posibilidad de descubrir en él una vibración.

Con todo, cuando el capitán dijo que él no podía percibir ninguna indicación de peligro, y cuando íbamos derivando a la altura de la costa, mandó aferrar las velas, y arriar el áncora. No se apostó vigía, y la tripulación, que se componía principalmente de malayos, se tendió deliberadamente sobre cubierta. Yo me fui abajo, no sin completo presentimiento de una desgracia. En efecto, todas las apariencias me certificaban en el temor de un simún. Hablé al capitán de mis temores; pero él no hizo caso de lo que yo le decía, y me dejó, sin dignarse darme respuesta. Sin embargo, mi inquietud me privaba de dormir, y hacia medianoche subí a cubierta. Al poner el pie en el primer peldaño en la escala de toldilla, me sobrecogió un fuerte, zumbante ruido, como el que produce la rápida revolución de una rueda de molino, y antes que yo pudiera averiguar su significado, noté que el navío trepidaba en su centro. A poco rato, una oleada de espuma nos arrojó sobre el costado, y precipitándose por cima de nosotros, de proa a popa, barrió todas las cubiertas de roda a escudo.

La extremada furia de la ráfaga, fue en gran manera la salvación del navío; aunque completamente anegado, como su arboladura había sido arrastrada por cima de la borda, se puso a flote, un minuto después, lentamente, y bamboleándose unos momentos bajo la inmensa presión de la tempestad, finalmente se adrizó.

Por qué milagro escapé a la muerte, es imposible decirlo. Aturdido por la sacudida del agua, me hallé, al recobrarme, estrujado entre el estambor y el timón. Con mucha dificultad me pude poner de pie, y mirando vertiginosamente a mi alrededor, me sobrecogió la idea de que nos hallábamos entre rompientes; tan terrorífico, por cima de la más loca imaginación, era el torbellino del montañoso y espumante océano dentro del cual nos hallábamos engolfados. Pasados unos momentos, oí la voz de un anciano sueco, que se había embarcado con nosotros en el momento de salir del puerto. Lo llamé con todas mis fuerzas, y ya venía tambaleándose por la popa. Pronto descubrimos que éramos los únicos supervivientes del siniestro. Todo cuanto estaba sobre cubierta, a excepción de nosotros, había sido

barrido por cima de la borda; el capitán y los pilotos debían de haber perecido mientras dormían, porque sus camarotes había sido inundados por el mar. Sin ayuda, poco podíamos esperar para poner en salvo el buque, y nuestros esfuerzos fueron paralizados desde el primer instante por la momentánea probabilidad de que íbamos a hundirnos. Nuestro cable, desde luego, se había partido como un bramante, al primer soplo del huracán; de otro modo hubiéramos naufragado instantáneamente. Corríamos viento en popa con espantosa velocidad y el agua iba dando limpios saltos de ballena por cima de nosotros. La armadura de nuestra popa estaba excesivamente destrozada, y casi en todos los respectos, habíamos padecido considerables averías; pero con grandísimo gozo hallamos que las bombas no estaban obstruidas, y que nuestro cargamento no se había desbaratado mucho. La furia principal de la tormenta había pasado, y no temíamos ya mucho peligro de la violencia del viento; pero pensábamos con angustia en que pudiera encalmarse completamente; suponiendo con razón que con el destrozo que llevábamos, pereceríamos inevitablemente en la tremenda marejada que se produciría; pero aquel temor tan verosímil no parecía probable que hubiese de producirse pronto. Durante cinco días y cinco noches, en los cuales nuestro alimento fue sólo una pequeña cantidad de azúcar de palmera, que nos procuramos, con grande dificultad, del castillo de proa, nuestro casco voló a una velocidad que desafiaba todo cálculo, ante rachas de viento que se sucedían rápidamente, y que, sin igualar la primera violencia del huracán, eran todavía más espantosas que cualquier tempestad de las en que hasta entonces me había encontrado. Nuestro rumbo durante los primeros cuatro días fue, con insignificantes variaciones, Sudeste y cuarto de Sur; bien podíamos ir a parar a las costas de Nueva Holanda. El quinto día el frío se tornó extremado, aunque el viento había girado un punto más hacia el Norte.

El sol se levantó con un enfermizo brillo amarillento, y se encaramó unos poquísimos grados sobre el horizonte, sin despedir ninguna luz decisiva. No había nubes aparentes, y con todo, el viento tendía a aumentar, y soplaba con intervalos de inconstante furia. Hacia mediodía, según pudimos calcular, nuestra atención fue de nuevo atraída por el aspecto del sol. No daba luz propiamente hablando, sino una especie de apagada y tétrica fosforescencia sin reflejo, como si sus rayos estuviesen polarizados. En el preciso momento de hundirse en el mar, que iba engrosando, su lumbre central desapareció de pronto como si bruscamente la extinguiera algún poder inexplicable. Ya no era más que un indistinto, plateado cerco, cuando se precipitó en el insondable océano. Esperamos en vano la llegada del sexto día, día que para mí no ha llegado aún, y para el sueco ya no llegará jamás. Desde aquel momento nos vimos amortajados en densas tinieblas, de modo que no hubiéramos podido ver un objeto a veinte pasos del navío. La eterna noche continuó envolviéndonos, y sin el consuelo del brillo fosforescente del mar que solíamos hallar en el de los trópicos. Observamos, también, que, aunque el temporal continuaba enfureciéndose con no abatida violencia, ya no era posible descubrir la acostumbrada presencia de la resaca

y espuma que hasta entonces nos habían acompañado. Todo en torno nuestro era horror y espesa lobreguez, en un negro, sofocante desierto de ébano. Un supersticioso terror invadía gradualmente el espíritu del anciano sueco, y también mi alma estaba cubierta de silencioso asombro. Desatendíamos todo cuidado del buque, el cual estaba ya más que inútil, y afianzándonos lo mejor que podíamos en el trozo que restaba del palo de mesana, atendíamos llenos de amargura a aquel mundo del océano. No teníamos medios para calcular el tiempo, ni podíamos formar ninguna conjetura acerca de nuestra situación. Con todo, estábamos muy convencidos de que habíamos avanzado hacia el Sur más que todos los anteriores navegantes, y nos maravillábamos mucho al no hallar los acostumbrados impedimentos del hielo. En el ínterin, cada momento nos amenazaba con ser el último de nuestras vidas y cada ola montañosa se precipitaba sobre nosotros para aplastarnos. El oleaje excedía de cuanto yo hubiera podido imaginar, y era un milagro que no fuésemos inmediatamente sumergidos. Mi compañero hablaba de la ligereza de nuestro cargamento, y me recordaba las excelentes cualidades de nuestro navío; pero yo no podía menos de experimentar la absoluta desesperanza de la esperanza misma, y me preparaba sombríamente para aquella muerte que según yo pensaba no podía tardar ya más de una hora, puesto que a cada nudo que el buque avanzaba, la marejada de aquellos negros y pasmosos mares se hacía cada vez más congojosamente aterradora. A veces nos faltaba el aire para respirar, a una altura superior al vuelo del albatros, a veces nos invadía el vértigo por la velocidad de nuestro descenso en algún liquido infierno, donde el aire se quedaba paralizado, y donde ningún sonido perturbaba los sueños del Kraken.

Estábamos en el fondo de uno de aquellos abismos, cuando un grito penetrante de mi compañero estalló temerosamente en la noche. «¡Mire usted!, ¡mire usted! —gritaba chillando en mis oídos—. ¡Dios poderoso!, ¡mire usted!, ¡mire usted!». Mientras él hablaba, pude notar un apagado y tétrico fulgor de roja luz que ondeaba por los costados de la vasta sima en cuyo fondo nos hallábamos, y arrojaba un incierto resplandor sobre nuestra cubierta. Dirigiendo entonces mi mirada hacía arriba, pude ver un espectáculo que heló la corriente de mi sangre. A una altura aterradora, directamente sobre nosotros, y sobre el borde mismo de la precipitosa pendiente, estaba suspenso un gigantesco buque, por lo menos de cuatro mil toneladas. Aunque se alzaba sobre la cima de una ola que tendría más de cien veces su altura, su aparente dimensión aún excedía la de cualquier navío de línea o de la Compañía de Indias que pudiera existir. Su enorme casco tenía un profundo color negro mate, no mitigado por ninguna de las acostumbradas entalladuras de los bajeles. Una simple hilera de cañones de bronce sobresalía de sus abiertas portañolas, y en sus bruñidas superficies se quebraban los fulgores de innumerables fanales de combate que se balanceaban acá y allá en derredor de su enjarciadura. Pero lo que principalmente nos infundió terror y asombro era que navegaba a toda vela desafiando la furia de aquel mar sobrenatural y de aquel temporal ingobernable.

Cuando lo acabábamos de descubrir, únicamente se veían sus serviolas, mientras se alzaba lentamente del confuso y horrible abismo que dejara tras sí. Por un momento de intenso terror, se detuvo sobre la tajada cima como si contemplara su propia sublimidad; luego retembló, se bamboleó y se vino abajo.

En aquel instante yo no sé qué sangre fría llegó a dominar a mi espíritu. Me retiré, tambaleándome, tanto como pude hacia la popa, y esperé intrépidamente la catástrofe que iba a hundirnos. Nuestro propio navío finalmente había cesado ya en su lucha, y se hundía de proa en el agua. El choque de la mole que se precipitó, descargó, por lo tanto, en aquella parte de sus cuadernas que estaba casi toda bajo el agua, y el resultado inevitable fue el de arrojarme hacia arriba con irresistible violencia, sobre el aparejo del buque extranjero.

Cuando yo caí, aquel navío se había levantado al pairo y viró de bordo; y a la confusión que entonces se produjo atribuí el haber escapado a la atención de los tripulantes. Con poca dificultad pude deslizarme por la escotilla mayor que estaba parcialmente abierta y pronto hallé oportunidad de ocultarme en la cala. Por qué hice aquello, difícilmente podría decirlo. Una indefinida sensación de terror, que, al primer pronto de ver a los navegantes del buque, se había apoderado de mi espíritu, fue tal vez lo que me obligó a esconderme. No tenía ningún deseo de confiarme a una raza de personas que me habían ofrecido a mi primera, sumaria ojeada tantos puntos de indefinible novedad, de duda y de aprensión. Por tanto, pensé que era conveniente buscarme un escondrijo en la cala. Y lo hice, separando una pequeña parte del falso bordaje, para procurarme un conveniente refugio entre las enormes cuadernas del buque. Apenas había completado mi obra cuando un ruido de pasos en la cala me obligó a hacer uso de ella. Un hombre pasaba cerca de donde estaba yo escondido, con paso débil y vacilante. Yo no podía ver su rostro, pero tuve oportunidad de observar su aspecto general. Mostraba todo el carácter de la vejez y la enfermedad. Sus rodillas vacilaban bajo una carga de años, y todo su cuerpo tembleteaba bajo aquel peso. Refunfuñaba para sí con voz queda y quebrada, algunas palabras en un lenguaje que yo no podia comprender, y buscó a tientas en un rincón, entre un cúmulo de instrumentos de aspecto extraño y ajadas cartas de navegar. Su gesto era una mezcla singular de la displicencia de la segunda infancia y la solemne dignidad de un dios. Por fin subió a cubierta, y no lo vi más.

* * *

Un sentimiento, para el cual no hallo nombre, se había apoderado de mi alma, una sensación que no admitiría análisis; para el cual los léxicos de los tiempos pasados serían impropios, y cuya clave, según pienso, tampoco podrá ofrecerme lo por venir. Para un espíritu formado como el mío, esta última consideración es una verdadera desgracia. Nunca podré —conozco que nunca podré— satisfacerme, respecto a la naturaleza de aquellas ideas mías. Pero no es maravilla que tales concepciones sean

indefinibles, puesto que tienen su origen en fuentes tan absolutamente nuevas. Un nuevo sentido, una nueva entidad ha sido añadida a mi alma.

* * *

Hace ya mucho tiempo que pisé por primera vez la cubierta de este pavoroso buque, y los rayos de mi destino, según pienso, se están concentrando en un foco. ¡Qué hombres incomprensibles!; enfrascados en meditaciones que yo no puedo adivinar, pasan junto a mí sin advertir mi presencia. El esconderme es una verdadera locura por mi parte, porque esta gente *no quiere ver*. Hace muy poco rato he pasado directamente ante los ojos del piloto; y poco antes me había atrevido a entrar en el camarote privado del propio capitán, y de allí he tomado los materiales con que escribo esto y he escrito lo anterior. De cuando en cuando, continuaré este diario. Verdad es que no puedo hallar manera de trasmitirlo al mundo, pero no dejaré de procurarlo. En el último instante encerraré el manuscrito en una botella, y lo echaré a la mar.

* * *

Ha ocurrido un incidente que me ha dado nueva ocasión de meditar. ¿Son estas cosas obra de una díscola casualidad? Me he atrevido a subir al puente, donde me he tendido, sin llamar la atención de nadie, entre un montón de flechastes y velas viejas, en el fondo de la yola. Mientras meditaba acerca de la singularidad de mi destino, inconscientemente iba embadurnando con una brocha de alquitrán los cantos de una arrastradera cuidadosamente plegada puesta junto a mí sobre un barril. La arrastradera está puesta ahora, combada sobre el buque, y los irreflexivos toques de la brocha se despliegan en la palabra DESCUBRIMIENTO. Últimamente he podido hacer algunas observaciones acerca de la estructura del navío. Aunque bien armado, no es, según pienso, un buque de guerra. Su enjarciadura, construcción y general equipamiento, rechazan todos una suposición de este género. Lo que *no es*, sí que puedo comprenderlo fácilmente; lo que *es* me temo que será imposible decirlo. Yo no sé por qué, pero al examinar su extraño modelo, y la singular caída de sus berlingas, su enorme tamaño y los excesivos conjuntos de su velamen, su severa y sencilla proa y su anticuada popa, de cuando en cuando cruza por mi mente como un relámpago, la sensación de cosas familiares, y siempre se mezcla con aquellas sombras indistintas del recuerdo una inexplicable remembranza de antiguas crónicas extranjeras y de siglos muy lejanos…

He estado examinando el maderamen del navío. Está construido con un material extraño para mí. Su madera tiene un carácter peculiar que me llama la atención, porque me parece inadecuado para el objeto a que se le aplicó. Me refiero a su

extremada *porosidad* considerada aparte de su carcoma, que es una consecuencia de la navegación por estos mares, y dejando aparte su podredumbre resultado de su vejez. Acaso parecerá una observación excesivamente sutil, pero esta madera podría ofrecer todos los caracteres del roble español, si el roble español pudiera ser distendido por procedimientos artificiales. Volviendo a leer la frase anterior, acude plenamente a mi recuerdo un curioso apotegma de un viejo navegante holandés curtido por la intemperie. «Esto es tan cierto —acostumbraba decir cuando se expresaba alguna duda acerca de su veracidad—, es tan cierto como que hay un mar donde hasta los navíos engruesan como el cuerpo viviente de un marino»…

Hará cosa de una hora, me he atrevido a confiarme entre un grupo de tripulantes. No me han hecho ningún caso, y aunque yo me he parado en el mismo centro de donde estaban, parecían completamente inconscientes de mi presencia. A semejanza del que vi primero en la cala, todos ofrecen las señales de una canosa vejez. Sus rodillas tembletean de achacosidad; sus espaldas están dobladas por la decrepitud; sus epidermis arrugadas rechinaban con el viento; sus voces eran débiles, trémulas y quebradas; sus ojos brillaban con la fluxión de la vejez; y sus canos cabellos tremolaban terriblemente con las ráfagas del temporal. En derredor de ellos, a cada lado de la cubierta estaban esparcidos instrumentos matemáticos de construcción anticuadísima y desusada…

Hace algún tiempo mencioné la colocación de una arrastradera. Desde aquel momento el buque, llevado a merced del viento, ha continuado su terrorífico rumbo derecho, hacia el Sur, con todos los trapos de su velamen empaquetados desde sus vertellos y botavaras hasta sus menores arrastraderas de botalón, y mojando a cada momento los penóles de sus juanetes en el más espantoso infierno de agua que puede llegar a concebir la imaginación del hombre. Precisamente acabo ahora de dejar el puente, donde he hallado ser imposible estar de pie, por más que la tripulación no parecía experimentar mucha dificultad para ello. Me parece un milagro de milagros que nuestra inmensa mole no sea tragada por el mar acto seguido y para siempre. Sin duda estamos condenados a virar continuamente sobre el borde de la eternidad sin hacer nuestra zambullida final en el abismo. Nos deslizamos por cima de oleadas mil veces más estupendas que todas las que yo vi jamás, con la facilidad de la saetera gaviota; y las aguas colosales alzaban sus cabezas sobre nosotros como demonios del abismo, pero demonios reducidos a las meras amenazas y a quienes se ha prohibido destruir. Me veo obligado a atribuir estas continuas escapadas a la única causa natural que puede explicar semejante efecto. Debo suponer que el buque se halla bajo la influencia de alguna poderosa corriente o impetuosa resaca…

He podido ver al capitán cara a cara, y en su propio camarote, pero, como ya me lo esperaba, no ha hecho caso de mí. Aunque en su aspecto no hay para el observador ordinario cosa que pueda señalar en él nada de superior o inferior a un hombre, sin embargo, un sentimiento de indomable respeto y temor se mezclaba en la sensación de asombro con que yo lo estaba mirando. En cuanto a estatura, tendrá

aproximadamente la mía; esto es, unos cinco pies y ocho pulgadas. Es de constitución mediana, aunque sólida, sin mucha robustez ni otra cosa que la distinga. Pero la singularidad de la expresión que reina en su semblante, la intensa, asombrosa, conmovedora evidencia de una vejez tan completa, tan extremada, excita en mi espíritu una sensación, un sentimiento inefable. Su frente, aunque poco arrugada, parece llevar la estampa de millares de años. Sus cabellos grises son testigos del pasado, y sus ojos, más grises todavía, son sibilas de lo futuro. El suelo del camarote estaba sembrado de extraños infolios con cierres de hierro, y ajados instrumentos de ciencia, y desusados mapas, olvidados desde tiempo inmemorial. Tenía la cabeza doblada entre sus manos, y escudriñaba con ardiente e inquieta mirada, un documento que me pareció ser un despacho y que, en todo caso, llevaba la firma de un monarca. Refunfuñaba entre sí, como el primer marino que yo vi en la cala, algunas quedas y displicentes sílabas en una lengua extranjera; y aunque el que hablaba estuviese tocándome el brazo, su voz parecía llegar a mis oídos desde la distancia de una milla…

El buque y todo lo que hay en él está impregnado de un carácter de vetustez. La tripulación se desliza de una parte a otra como los fantasmas de siglos difuntos; sus ojos muestran una intención anhelante e inquieta; y cuando sus rostros se hallan en mi camino, al extraño resplandor de los faroles almenados, yo sentía una impresión que jamás había sentido antes, aunque durante toda mi vida he tenido trato con las antigüedades y me he empapado de las sombras de las arruinadas columnas en Balbec, y Tadmor, y Persépolis, hasta el punto de que mi alma se ha convertido en verdadera ruina…

Cuando miro a mi alrededor, me quedo avergonzado de mis primeras aprensiones. Si yo temblaba ante las ráfagas que nos han acompañado hasta ahora, ¿no habría de quedarme horrorizado ante esta batalla del viento y del océano, para dar una idea de la cual las palabras *tornado* y *simún* son completamente ineficaces? Todo en la inmediata vecindad del navío ofrece la negrura de una eterna noche, y un caos de agua sin espuma; pero a una legua aproximadamente de cada banda del navío, se pueden vislumbrar indistintamente y a intervalos, estupendas murallas de hielo, que se elevan a lo lejos, en el cielo desolado, y parecen ser las paredes del universo…

Como yo lo imaginaba, el buque demuestra hallarse sobre una corriente, si esta denominación puede aplicarse propiamente a un flujo que ululando y chillando entre el blanco hielo retruena hacia el Sur con una velocidad parecida a la precipitosa caída de una catarata… Imaginar el horror de mis sensaciones, es, según pienso, absolutamente imposible; y con todo, mi curiosidad por penetrar los misterios de estas espantosas regiones, predomina hasta sobre mi desesperación, y me reconciliaría con los más horribles aspectos de la muerte. Es evidente que somos arrastrados hacia algún descubrimiento interesantísimo, algún secreto que jamás deberemos comunicar y cuyo conocimiento implica la muerte. Tal vez esta corriente nos arrastra hasta el mismo Polo Sur. Hay que confesar que esta suposición, en

apariencia tan extravagante, tiene todas las probabilidades en su favor.

La tripulación anda por la cubierta con pasos inquietos y tremulantes; pero en su continente y expresión hay más del ardor de la esperanza que de la apatía de la desesperación.

Mientras tanto, el viento sigue todavía a nuestra popa, y como llevamos una fuerza enorme de vela, el navío a veces llega a saltar en el aire realmente por cima de la mar. ¡Ah!, ¡horror de los horrores! Las masas de hielo se abren súbitamente a derecha y a izquierda, y estamos girando vertiginosamente, en inmensos círculos concéntricos, dando vueltas y vueltas por los bordes de un gigantesco anfiteatro, la cima de cuyas paredes se pierde en la negrura y en la distancia. ¡Pero ya poco tiempo me quedará para meditar en mi destino! Los círculos se van empequeñeciendo rápidamente —nos estamos sumergiendo locamente en las garras de la vorágine—, y entre el bramido, el rugido y el retronar del océano y la tempestad, el buque retiembla todo —¡oh, Dios!— ¡y se hunde!

NOTA. — El *Manuscrito hallado en una botella* fue publicado por primera vez en 1831, y hasta muchos años más tarde no conocí yo los mapas de Mercator, en que el océano está representado como una precipitación torrencial, por cuatro embocaduras, en el (*nórdico*) Golfo Polar, para ser absorbido en las entrañas de la Tierra: el propio Polo está representado como un negro peñasco, que se eleva a una altura prodigiosa. — E. A. P.

METZENGERSTEIN

Pestis eram vivus — moriens tua mors ero[16].

MARTIN LUTHER.

El horror y la fatalidad han hecho de las suyas por todas partes y en todos los tiempos. ¿Para qué dar una fecha a la historia que voy a contar? Baste decir que, en el período a que me refiero, existía, en el interior del país húngaro, una arraigada aunque oculta creencia en las doctrinas de la Metempsicosis. En cuanto a las doctrinas por sí mismas, esto es, en cuanto a su falsedad, o a su probabilidad, yo no diré nada. Afirmo, sin embargo, que mucho de su incredibilidad (como La Bruyère dice de toda nuestra infelicidad) «*vient de ne pouvoir être seuls*»[17].

Pero había algunos puntos en la superstición húngara que rayaban, con mucho, en la absurdidad. Ellos, los húngaros, diferían esencialísimamente de sus autoridades orientales. Por ejemplo: «*El alma*», dicen ellos —cito las palabras de un agudo e inteligente parisiense— *ne démeure qu'une seule fois dans un corps sensible: au reste —un cheval, un chien, un homme meme, n'est que la ressemblance peu tangible de ces animaux*»[18].

Las familias de Berlifitzing y Metzengerstein habían estado en discordia durante varios siglos. Jamás dos casas tan ilustres se habían amargado con tan mortal hostilidad. El origen de aquella enemistad parece deber hallarse en una antigua profecía —«*Un alto nombre tendrá formidable caída cuando, como el caballero en su caballo, la mortalidad de Metzengerstein triunfará sobre la inmortalidad de Berlifitzing*».

Sin duda alguna, esas palabras por sí mismas tienen poca o ninguna significación, Pero más triviales causas han dado origen, y no hace mucho tiempo, a consecuencias igualmente memorables. Por otra parte, las dos casas, que estaban contiguas, habían largo tiempo ejercido rival influjo en los asuntos de un bullicioso gobierno. Además, los vecinos demasiado próximos son raramente amigos; y los habitantes del castillo Berlifitzing podían, desde sus elevados contrafuertes, atisbar en las mismas ventanas del palacio Metzengerstein. Y menos que nada, la magnificencia que de aquel modo descubrían podía calmar los sentimientos irritables de los Berlifitzing, no tan linajudos ni tan ricos como sus vecinos. ¿Qué maravilla, pues, si las palabras, por necias que fuesen, de aquella predicción pudieran lograr que se originase y persistiese la discordia entre dos familias ya predispuestas a reñir por todas las instigaciones de una envidia secular? Aquella profecía parecía implicar, si algo implicaba, una victoria final por parte de la casa que ya era más poderosa; y era recordada, desde luego, con la más amargada animosidad por la más débil y menos influyente.

Guillermo, conde de Berlifitzing, aunque de alta alcurnia, era, por el tiempo de esta narración, un anciano achacoso y decrépito, que no se distinguía por otra cosa

sino por su desordenada e inveterada y personal antipatía hacia la familia de su rival, y por una afición tan apasionada a los caballos y a la caza, que ni sus achaques corporales, ni su mucha edad, ni su incapacidad mental, podían impedirle su diaria participación en los peligros de la caza.

De la otra parte, Federico, barón de Metzengerstein, no era todavía mayor de edad. Su padre, el ministro G…, murió joven. Su madre, la señora María, lo siguió pronto. Federico tenía por aquella época dieciocho años. En una ciudad, dieciocho años no representan un largo período; pero en una soledad, en tan magnífica soledad como la de aquel antiguo señorío, el péndulo oscila con más profunda significación.

Por algunas especiales circunstancias que concurrían en el gobierno de su padre, el joven barón, al morir aquél, entró inmediatamente en posesión de sus vastos dominios. Raramente un noble de Hungría había poseído semejante patrimonio. Sus castillos eran innumerables. El primero en esplendor y extensión era el «Palacio Metzengerstein». La línea fronteriza de sus dominios no había sido nunca definida claramente; pero su parque principal comprendía un circuito de cincuenta millas.

En cuanto a la sucesión de un propietario tan joven, con un carácter tan bien conocido y una riqueza tan sin par, poco lugar quedaba para las conjeturas acerca de su probable línea de conducta. Y, en efecto, la conducta del heredero fue tan magníficamente bárbara que excedió cuanto habían esperado sus más entusiastas admiradores. Vergonzosos libertinajes, flagrantes traiciones, jamás oídas atrocidades, dieron pronto a comprender a sus temblorosos vasallos que ni la más servil sumisión por parte de ellos, ni escrúpulos de conciencia por la del príncipe, podrían garantizar seguridad ninguna contra las garras despiadadas de aquel pequeño Calígula. La noche del cuarto día, se descubrió que las caballerías del castillo de Berlifitzing estaban ardiendo; y la unánime opinión de la vecindad añadió el crimen de incendiario a la ya horrible lista de las fechorías y atrocidades del barón.

Pero durante el tumulto ocasionado por aquel accidente, el joven noble permanecía sentado y aparentemente sumido en meditación, en una vasta y desolada cámara superior del palacio familiar de los Metzengerstein. Los ricos aunque descoloridos cortinajes de tapicería que ondeaban tétricamente en las paredes representaban las sombrías y majestuosas figuras de mil antepasados ilustres. *Aquí*, sacerdotes ricamente vestidos y pontificiales dignatarios, familiarmente sentados junto al autócrata y el soberano, ponían un veto a las pretensiones de algún rey temporal, o refrenaban con el *fiat* de la supremacía papal el rebelde cetro del Archienemigo. *Allí* las sombrías y altas estaturas de los príncipes Metzengerstein, con sus musculosos corceles de guerra hundiendo sus cascos en los cadáveres de los enemigos caídos, conmovían los nervios más firmes con su vigorosa expresión; y *aquí* también, las voluptuosas figuras, como cisnes de las damas de los tiempos idos, volaban ligeras por entre el laberinto de irreales danzas, a los mágicos acordes de imaginarias melodías.

Pero mientras el barón escuchaba, o afectaba escuchar, el creciente alboroto de las

caballerías de Berlifitzing, o tal vez calculaba algún nuevo, algún más decidido acto de audacia, sus ojos estaban vueltos inconscientemente hacia la figura de un enorme caballo de color inverosímil, representado en un tapiz perteneciente a un sarraceno, antepasado de la familia de su rival. El caballo, en primer término del cuadro, se alzaba inmóvil y semejante a una estatua, mientras, más hacia el fondo, su derrotado caballero moría por el puñal de un Metzengerstein.

En los labios de Federico se produjo una diabólica expresión como si se diese cuenta de la dirección que su mirada había tomado inconscientemente. Pero no por ello la apartó. Al contrario, no podía en modo alguno explicarse la agobiadora ansiedad que, como un sudario, parecía caer sobre sus sentidos. Difícilmente podía conciliar sus sensaciones incoherentes, de ensueño, con la certidumbre de hallarse despierto. Cuanto más rato miraba, más absorbente se tornaba aquel hechizo, más imposible le parecía que pudiera retirar su mirada de la fascinación de aquel tapiz… Sin embargo, como el tumulto de afuera se tomara de pronto mucho más violento, no sin obligado esfuerzo apartó su atención hacia el resplandor de una rojiza luz proyectada de lleno por las llameantes caballerizas contra las ventanas de aquella habitación.

Aquel gesto, sin embargo, solo fue momentáneo; su mirada se volvió maquinalmente hacia la pared. Con extremado terror y asombro, la cabeza del corcel gigantesco, con el ínterin, había cambiado de postura. El cuello del animal, arqueado antes, como compadeciendo al postrado cuerpo de su señor, ahora se extendía en toda su largura hacia el barón. Los ojos antes invisibles ahora mostraban enérgica y humana expresión, al paso que tenían un rojo y ardiente brillo; y los belfos distendidos de aquel caballo, que parecía muy enfurecido, descubrían por completo sus sepulcrales y asquerosos dientes.

Estupefacto de terror, el joven señor fue tambaleándose hacia la puerta. Cuando la hubo abierto, un chorro de luz rojiza se derramó abundantemente por la habitación, y proyectó la sombra de él con claro perfil sobre la ondeante tapicería; y se estremeció al advertir que aquella sombra suya, mientras él se tambaleaba unos momentos en el umbral, tomaba la exacta postura y llenaba de modo preciso todo el contorno del implacable y triunfante matador del sarraceno Berlifitzing.

Para desahogar la congoja de sus ánimos, el barón se precipitó hacia el aire libre. En la puerta principal del palacio se encontró con tres caballerizos. Estos, con mucha dificultad e inminente peligro de sus vidas, estaban refrenando los saltos convulsivos de un caballo gigantesco color de fuego.

«¿De quién es ese caballo? ¿De dónde lo habéis sacado?», preguntó el joven, con áspero tono de reconvención, al comprender instantáneamente que aquel misterioso corcel de la habitación entapizada era un verdadero duplicado del furioso animal que tenía delante de sus ojos.

«Es de vuestra propiedad, señor —replicó uno de los caballerizos—, a lo menos no lo ha reclamado ningún propietario más. Lo hemos atrapado escapándose, todo

humeante o espumante de furor, de las caballerizas incendiadas del castillo de Berlifitzing. Suponiendo que haya pertenecido a la colección de caballos extranjeros del anciano conde, lo hemos devuelto pensando que se había descamado, pero los mozos de cuadra rechazan todo derecho sobre este animal; lo cual es muy raro, porque llevaba señales evidentes de haber escapado a duras penas de las llamas».

«Además, lleva muy distinguibles las letras W. V. B. marcadas en la frente —interrumpió otro caballerizo—, y, desde luego, supongo que son las iniciales de William von Berlifitzing, pero los del castillo coinciden en negar todo conocimiento de este caballo».

«¡Es muy singular! —dijo el joven barón, con gesto pensativo y como inconsciente del sentido de sus palabras—. Es, como decís, un caballo muy notable, ¡un caballo prodigioso!, aunque, como habéis dicho con razón, de índole suspicaz e intratable; a pesar de ello, me quedo con él —añadió después de una pausa—; tal vez algún caballero, como Federico de Metzengerstein, podrá domar al mismo diablo que venga de las caballerías de Berlifitzing».

«Os engañáis, señor; este caballo, como pienso habéroslo dicho, *no* pertenece a las caballerizas del conde. Si así hubiera sido, harto sabemos cuál es nuestro deber para no haberlo traído a presencia de un noble de vuestra familia».

«¡Es verdad!», observó el barón secamente; y en aquel instante vino del palacio un camarero con el rostro encendido y pasos precipitados. Cuchicheó al oído de su señor el relato de haber desaparecido súbitamente un trozo de tapiz de una habitación que designó; al mismo tiempo se extendió en particularidades de minucioso y circunstanciado carácter; pero, por el tono quedo de la voz con que éstas eran comunicadas, no escapó la menor palabra que pudiera satisfacer la excitada curiosidad de los caballerizos.

El joven Federico, durante aquella conferencia, parecía agitado por diversidad de emociones. Pronto, sin embargo, recobró su serenidad, y ya en su fisonomía se fijaba una expresión de resuelta malignidad cuando dio apremiantes órdenes de que la habitación en cuestión fuese inmediatamente cerrada y la llave quedase en su poder.

«¿Habéis tenido nuevas de la desgraciada muerte del viejo cazador Berlifitzing?», dijo uno de los vasallos del barón, mientras, luego de irse el paje, el enorme corcel, que aquel noble había adoptado por suyo, embestía y daba corvetas, por la larga avenida que se extendía desde el palacio a las caballerizas de Metzengerstein.

«¡No! —dijo el barón, volviéndose bruscamente hacia el que hablaba—. ¿Muerto, decís?».

«Nada más cierto, señor; y para un noble que lleva vuestro nombre, imagino que no será ésta una noticia mal venida».

Una rápida sonrisa brotó en el semblante del que escuchaba. «¿Y cómo ha muerto?».

«Por sus temerarios esfuerzos para salvar una parte preferida de su colección de caballos de caza, ha muerto lastimosamente entre las llamas de un incendio».

«¿De ve-ras?», exclamó el barón, como si lenta y deliberadamente le fuese impresionando la realidad de alguna idea interesantísima.

«De veras», repitió el vasallo.

«¡Espantoso!», dijo el joven, tranquilamente; y se volvió con mucha calma a su palacio.

Desde aquella fecha se efectuó un cambio muy notable en la conducta exterior del joven libertino barón Federico de Metzengerstein. En efecto, su actitud defraudaba todas las esperanzas, y se mostraba muy poco en consonancia con las miras de alguna intrigante mamá; mientras tanto sus hábitos y maneras, y en mayor grado que antes, no mostraban analogía ninguna con las de la aristocracia vecina. Nunca se le podía ver más allá de los limites de su propio dominio, y, en medio de aquel mundo vasto y sociable, él no tenía ni un compañero, cómo no fuera, ciertamente, que aquel innatural e impetuoso caballo de color de fuego, que montó desde aquel entonces continuamente, tuviera algún misterioso derecho al título de amigo suyo.

Sin embargo, de vez en cuando, y durante largo tiempo, recibía numerosas invitaciones de parte de sus vecinos. «¿Honrará el barón nuestras fiestas con su presencia?». «¿Nos acompañará el barón a una caza del jabalí?». —«Metzengerstein no caza», «Metzengerstein no asistirá», eran sus altivas y lacónicas respuestas.

Aquellos repetidos insultos, no podía soportarlos una nobleza arrogante. Las invitaciones se hicieron menos cordiales, menos frecuentes, y con el tiempo cesaron por completo. A la viuda del infortunado Berlifitzing se la oía siempre expresar su esperanza «de que el barón hubiera de quedarse en casa cuando no deseara estar en casa, puesto que desdeñaba la compañía de sus iguales; y que cabalgase cuando no deseara cabalgar, puesto que prefería la sociedad de un caballo». Esto, desde luego, no era sino el desahogo de una rencilla hereditaria; y sólo demostraba lo singularmente faltas de sentido que pueden llegar a ser nuestras expresiones cuando nos proponemos ser insólitamente enérgicos.

Las personas caritativas, sin embargo, atribuían aquel cambio en la conducta del joven señor al natural dolor de un hijo por la pérdida prematura de sus padres; y olvidaban sin embargo su atroz y desordenado comportamiento durante el corto período que siguió inmediatamente a aquella desgracia. En efecto, no faltaban los que sugerían ser aquello debido a una idea demasiado altanera de la propia importancia y dignidad. Otros, en fin (entre los cuales debemos mencionar al médico de familia), no dudaban en hablar de melancolía morbosa y mala salud hereditaria; mientras que insinuaciones más sombrías, y de naturaleza más equívoca, eran corrientes entre la muchedumbre.

En efecto, la perversa afición del barón a su caballo recientemente adquirido, una afición que parecía cobrar más ahínco a cada nueva señal de las inclinaciones feroces y demoniacas del bruto, a la larga se convirtió a los ojos de todas las personas razonables en un apego repugnante y contranatural. A la plena luz del mediodía, a las calladas horas de la noche, en la enfermedad y en la salud, en calma o en tempestad,

el joven Metzengerstein parecía encadenado a aquel colosal caballo, cuyas intratables audacias tan bien se correspondían con su propio carácter.

Además, había circunstancias que, unidas a recientes acontecimientos, prestaron un carácter ultraterreno y portentoso a la manía del caballero y a las capacidades del corcel. El espacio que pasaba de un solo salto había sido cuidadosamente medido, y se halló que excedía con extraordinaria diferencia las más atrevidas conjeturas de las personas más imaginativas. Además, el barón no tenía *nombre* particular para el animal, aunque todos los demás de su colección se distinguían con apellidos característicos. Por otra parte, su cuadra estaba dispuesta a distancia de las demás; y, en cuanto a su limpieza y otros servicios necesarios, nadie fuera de su propietario se había atrevido a ejercerlos, ni a entrar siquiera en el recinto de su establo particular. También era de observar que, aunque los tres mozos de cuadra que se habían apoderado del corcel cuando huía del incendio de Berlifitzing habían logrado detener su carrera por medio de una cadena o un lazo corredizo, con todo ninguno de los tres podía afirmar con alguna certidumbre que, ni durante aquella peligrosa lucha ni en ninguna ocasión posterior, hubieran puesto en realidad su mano sobre el cuerpo del bruto. Los ejemplos de peculiar inteligencia en la conducta de un noble y fogoso caballo, no puede suponerse que puedan excitar un interés desmesurado, pero se daban en aquél algunas circunstancias que se imponían a los más escépticos y flemáticos; y se dice también que, algunas veces, el animal hacía retroceder de horror a la embobada muchedumbre que agrupaba a su alrededor, sólo por el profundo e impresionante carácter de su apostura, y veces en que el joven Metzengerstein se ponía pálido y se apartaba lejos de la rápida y escrutadora expresión de aquellos ojos que parecían humanos.

Sin embargo, entre todo el séquito del barón, no se halló a nadie que dudase del fervor de aquel afecto extraordinario que existía por parte del joven señor para las fogosas cualidades de su caballo; nadie, excepto un insignificante y contrahecho pajecillo cuyas deformidades encontraba uno por todas partes y cuyas opiniones tenían mínima importancia. Este, pues (si es que sus ideas merecen alguna mención), tuvo la desfachatez, de afirmar que su amo nunca saltaba a su silla sin experimentar un inexplicable o casi imperceptible estremecimiento; y que, al regresar de cada uno de sus largos y habituales paseos, una expresión de triunfante malignidad chispaba todos los músculos de su rostro.

Una noche tempestuosa, Metzengerstein, al despertar de un pesado sueño, bajó como enloquecido de su habitación y, montando a toda prisa, se lanzó al galope por entre los laberintos del bosque. Una ocurrencia tan común no atrajo particular atención; pero su regreso fue esperado con ansiedad intensa por parte de sus servidores, cuando, luego de algunas horas de ausencia, se descubrió que las estupendas y magníficas murallas almenadas del palacio Metzengerstein crujían y oscilaban hasta en sus fundamentos, bajo el influjo de una densa y lívida mole de indomable fuego.

Como las llamas, cuando se las vio por primera vez, habían tomado ya tal incremento que todos los esfuerzos para salvar cualquier porción del edificio era evidentemente inútil, el asombrado vecindario permanecía parado en derredor sin intentar nada, con silenciosa si no indiferente estupefacción. Pero un nuevo y horrendo objeto fijó pronto la atención de la muchedumbre, y demostró lo mucho más intensa que es la excitación causada en los sentimientos de una muchedumbre por la contemplación de la humana angustia que la causada por los más aterradores espectáculos de la materia inanimada.

Por la larga avenida de añosos robles que se extendía desde el bosque a la entrada principal del palacio Metzengerstein, un corcel, cabalgado por un caballero enloquecido y con la cabeza descubierta, venía dando brincos con tal impetuosidad que aventajaba al propio Demonio de la Tormenta.

Se veía a las claras que el caballero no podía gobernar aquella carrera frenética. La angustia de su rostro, la convulsiva pugna de todo su cuerpo, daban muestra de un esfuerzo sobrehumano; pero ni una voz, como no fuera un único chillido solitario, escapó de sus desgarrados labios, que se había mordido de parte a parte en el paroxismo de su terror. Un momento más, y el golpeteo de los cascos resonó, duro y penetrante, por cima del rugido de las llamas y el ulular del viento, un momento más, y, salvando de un solo bote la entrada y el foso, el corcel brincó por las bamboleantes escaleras del palacio arriba, y con su jinete, desapareció entre el torbellino de aquel caótico incendio.

La furia de la tempestad se apaciguó inmediatamente y le sucedió una tétrica y profunda calma. Una blanca llama envolvía aún el edificio como un sudario, y, derramándose a lo lejos en la quieta atmósfera, brotó un resplandor de luz sobrenatural; mientras que una nube de humo se posaba pesadamente sobre las almenas en la distinta y colosal figura de un caballo.

LA CARTA ROBADA

Nil sapientiae odiosius acuminc nimio.

(SÉNECA.)

En París, después de una tormentosa noche, en el otoño de 18…, gozaba yo de la doble voluptuosidad de la meditación y de una pipa de espuma de mar, en compañía de mi amigo C. Augusto Dupin, en su pequeña biblioteca privada o gabinete de lectura, situado en el piso tercero del número 33 de la *rue* Dunot, en el barrio de Saint-Germain. Durante una hora, por lo menos, habíamos permanecido en un profundo silencio. Cada uno de nosotros, para cualquier observador, hubiese parecido intensa y exclusivamente atento a las volutas de humo que adensaban la atmósfera de la habitación. En lo que a mí respecta, sin embargo, discutía mentalmente ciertos temas que habían constituido nuestra conversación en la primera parte de la noche. Me refiero al asunto de la *rue* Morgue y al misterio relacionado con el asesinato de María Roget. Consideraba yo aquello, por tanto, como algo coincidente, cuando la puerta de nuestra habitación se abrió dando paso a nuestro antiguo conocido *monsieur* G…, prefecto de la Policía parisiense.

Le acogimos con una cordial bienvenida, pues aquel hombre tenía su lado simpático, así como su lado despreciable, y no le habíamos visto hacía varios años. Como estábamos sentados en la oscuridad, Dupin se levantó entonces para encender una lámpara; pero volvió a sentarse, sin hacer nada, al oír decir a G… que había venido para consultarnos, o más bien para pedir su opinión a mi amigo, sobre un asunto oficial que le había ocasionado muchos trastornos.

—Si es un caso que requiere reflexión —observó Dupin, desistiendo de encender la mecha—, lo examinaremos mejor en la oscuridad.

—Esta es otra de sus extrañas ideas —dijo el prefecto, quien tenía la costumbre de llamar «extrañas» a todas las cosas que superaban su comprensión, y que vivía así entre una legión completa de «extrañezas».

—Es muy cierto —convino Dupin, ofreciendo a su visitante una pipa y arrastrando hacía él un cómodo sillón.

—Y bien, ¿cuál es la dificultad? —pregunté—. Espero que no sea nada relacionado con el género asesinato.

—¡Oh, no! Nada de eso. El hecho, el asunto es muy sencillo en realidad, y no dudo que podríamos arreglárnoslas bastante bien nosotros solos; pero luego he pensado que a Dupin le agradaría oír los detalles de esto, porque es sumamente *extraño*.

—Sencillo y extraño —subrayó Dupin.

—Pues sí, y no es exactamente ni una cosa ni otra. El hecho es que nos ha traído grandes quebraderos de cabeza ese asunto por ser tan sencillo y, a la par, tan

desconcertante.

—Quizá sea la gran sencillez de la cosa la que los induce al error —dijo mi amigo.

—¡Qué insensatez está usted diciendo! —replicó el prefecto, riendo de buena gana.

—Quizá el misterio sea un poco *demasiado* sencillo —dijo Dupin.

—¡Oh, Dios misericordioso! ¿Quién ha oído alguna vez semejante idea?

—Un poco *demasiado* evidente.

—¡Ja, ja, ja! ¡Ja, ja, ja! ¡Jo, jo, jo! —gritaba nuestro visitante, enormemente divertido—. ¡Oh, Dupin! ¿Quiere usted hacerme morir de risa?

—¿De qué se trata, en fin de cuentas? —pregunté.

—Pues voy a decírselo —anunció el prefecto, lanzando una larga y densa bocanada, a la vez que se arrellanaba en su asiento—. Voy a decírselo en pocas palabras. Pero antes de comenzar, me permito advertirle que se trata de un asunto que requiere el mayor secreto. Y que perdería yo, muy probablemente, el puesto que ocupo en la actualidad si se supiera que se lo había confiado a alguien.

—Empiece ya —le invité.

—O no empiece —dijo Dupin.

—Bueno, empezaré. Estoy informado personalmente, por fuente muy elevada, de que cierto documento de la mayor importancia ha sido robado de las habitaciones reales. Se sabe quién es el individuo que lo ha robado, esto no admite duda. Le han visto robarlo. Y se sabe, también, que lo tiene en su poder.

—¿Cómo se ha sabido? —preguntó Dupin.

—Se infiere claramente —replicó el prefecto—, de la naturaleza del documento, y de la no aparición de ciertos resultados que habrían tenido lugar en seguida, si no estuviese el documento en poder del ladrón. Es decir, si fuera utilizado para el fin que debe él proponerse.

—Sea usted un poco más explícito —insté al prefecto.

—Pues bien: me arriesgaré a decir que ese papel confiere a su poseedor cierto poder en cierto lugar, poder que es de una valía inmensa.

El prefecto era muy aficionado a la jerga y a los rodeos diplomáticos.

—Sigo sin entender absolutamente nada —dijo Dupin.

—¿No? Pues bien, trataré de ser más claro. La revelación de ese documento a una tercera persona, cuyo nombre silenciaré, pondría en entredicho el honor de alguien del más alto rango, y esto daría al poseedor del documento un ascendiente sobre esa ilustre personalidad, cuyo honor y tranquilidad se hallan así comprometidos.

—Pero ese ascendiente —interrumpí—, depende de que el ladrón sepa que la persona robada le conoce. ¿Quién se atrevería…?

—El ladrón —dijo G…—, es el ministro D…, que se atreve a todo; lo mismo a lo que es indigno que a lo que es digno de un hombre. El procedimiento del robo es tan ingenioso como audaz. El documento en cuestión (una carta, para ser franco), ha sido

recibido por la persona robada estando a solas en el regio *boudoir*. Mientras lo leía cuidadosamente, fue interrumpida de pronto por la entrada del otro ilustre personaje, a quien ella deseaba especialmente ocultarlo. Después de precipitados y vanos esfuerzos para meterlo en un cajón, se vio obligada a dejarlo, abierto como estaba, sobre una mesa. La dirección, no obstante, estaba vuelta y el contenido, por tanto, era ilegible; de modo que la carta pasó inadvertida. En ese momento entra el ministro D… Sus ojos de lince ven en seguida el papel, reconocen la letra y la dirección, observan la confusión de la persona a quien iba dirigido, y la persona penetra su secreto. Después de despachar algunos asuntos, con la celeridad en él acostumbrada, saca una carta un tanto parecida a la misiva en cuestión; la abre, finge leerla, y luego, la coloca muy cerca de la otra. Vuelve a conversar durante unos quince minutos sobre los asuntos públicos. Y, por último, se despide y coge de la mesa la carta a la que no tiene derecho. La legítima poseedora lo ve; pero, naturalmente, no se atreve a llamar la atención sobre aquel acto en presencia del tercer personaje que está junto a ella. El ministro se marcha, dejando su propia carta, una carta sin importancia, sobre la mesa.

—Ahí tiene usted —me dijo Dupin—, ahí tiene usted precisamente lo que se requería para que el ascendiente fuese completo: el ladrón sabe que la persona robada le conoce.

—Sí —asintió el prefecto—, y el poder alcanzado así lo ha usado con amplitud desde hace algunos meses para sus fines políticos; hasta un punto muy peligroso. La persona robada está cada día más convencida de la necesidad de recuperar su carta. Pero esto, sin duda, no puede hacerse abiertamente. Al fin, impulsada por la desesperación, me ha encargado del asunto.

—Era imposible, supongo —me dijo Dupin, lanzando una perfecta voluta de humo—, elegir, e incluso imaginar, un agente más sagaz.

—Usted me adula —replicó el prefecto—, pero es posible que hayan tenido en cuenta esta opinión.

—Está claro —dije—, como usted ha hecho observar, que la carta se halla aún en posesión del ministro, puesto que es esa posesión y no el uso de la carta lo que le confiere su poder. Con el uso ese poder desaparece.

—Es cierto —afirmó G…—, y con esa convicción he procedido. Mi primer cuidado ha sido efectuar una pesquisa en el hotel del ministro, y allí mis primeros apuros han estribado en la necesidad de buscar sin que él lo supiese. Por encima de todo estaba yo prevenido contra el peligro existente en darle motivo para que sospechase nuestro propósito.

—Pero —observé—, se halla usted completamente *au fait* en estas investigaciones. La policía parisiense ha hecho eso más de una vez.

—¡Oh, sí! Y por esa razón no desespero. Además, las costumbres del ministro me proporcionan una gran ventaja. Está ausente con frecuencia de su casa por la noche. No tiene muchos criados. Duermen éstos a cierta distancia de la habitación de su amo. Y como, por otro lado, son casi todos napolitanos, están siempre dispuestos a

emborracharse. Poseo, como usted sabe, llaves con las cuales puedo abrir todos los cuartos o gabinetes de París. Durante tres meses no ha pasado una noche cuya mayor parte no la haya dedicado en persona a registrar el hotel de D… Mi honor está en juego. Y, para terminar de confiarle el gran secreto, la recompensa es muy crecida. Por eso no he abandonado la búsqueda hasta estar por completo convencido de que ese hombre es más astuto que yo. Creo que he registrado cada escondrijo, y cada rincón de la casa en los cuales podía estar oculto el papel.

—Pero —sugerí—, ¿no sería posible que, aunque la carta estuviera en posesión del ministro, y lo está indudablemente, la hubiera escondido él en otra parte que en su propia casa?

—Eso no es posible en absoluto —aseguró Dupin—. La situación peculiar actual de los asuntos de la corte, y en especial de esas intrigas en las que D… está, como se sabe, envuelto, hacen de la eficacia inmediata del documento, de la posibilidad de ser presentado en el momento, un punto de una importancia casi igual a su posesión.

—¿La posibilidad de ser presentado? —dije.

—Es decir, de ser destruido —dijo Dupin.

—De seguro —observé—, ese papel está en la casa. En cuanto a que lo lleve encima el ministro, podemos considerar esta hipótesis de todo punto como ajena a la cuestión.

—De todo punto —dijo el prefecto—. Le he hecho atracar dos veces por dos maleantes, y su persona ha sido rigurosamente registrada bajo mi propia inspección.

—Podía usted haberse ahorrado esa molestia —opinó Dupin—. D…, por lo que presumo, no está loco rematado, y por tanto, ha debido prever esos atracos como cosa natural.

—No está loco rematado —dijo G…—, pero es un poeta. Por lo cual, para mí, se halla muy cerca de la locura.

—Es cierto —admitió Dupin, después de lanzar una larga bocanada de humo de su pipa de espuma—, aunque sea yo mismo culpable de ciertas aleluyas.

—Denos usted detalles precisos de su busca —dijo mi amigo.

—Pues bien: el hecho es que nos hemos tomado tiempo y hemos buscado *por todas partes*. Tengo una larga experiencia en estos asuntos. Hemos recorrido la casa entera, cuarto por cuarto, dedicándolas noches de toda una semana a cada uno. Hemos examinado primero el mobiliario de cada habitación y abierto todos los cajones posibles, y supongo que sabrá usted que, para un agente de policía convenientemente adiestrado, un cajón *secreto* no resulta una cosa imposible. Es un mastuerzo todo hombre que en una pesquisa de ese género permite que un cajón secreto escape a su búsqueda. ¡La cosa es tan sencilla! Hay en cada estancia una cubicación de la cual puede uno darse cuenta. Tenemos para eso reglas exactas. Ni la quincuagésima parte de una línea en sus medidas puede escapársenos. Después de las habitaciones nos hemos dedicado a las sillas. Los almohadones han sido sondeados con esos finos agujones que me ha visto usted emplear. Hemos quitado los tableros de

las mesas.

—¿Y eso para qué?

—A veces el tablero de una mesa, o de cualquier otra pieza semejante del mobiliario, es levantado por la persona que desea esconder un objeto. Ahueca entonces la pata, deposita el objeto dentro de la cavidad y vuelve a colocar el tablero. Los fondos y remates de las columnas de las camas son utilizados para el mismo fin.

—Pero ¿no puede descubrirse ese hueco por el sonido? —pregunté.

—No hay manera, si ha sido depositado el objeto envuelto en un relleno de algodón suficiente. Además, en nuestro caso, nos veíamos obligados a actuar sin hacer ruido.

—Pero ustedes no han podido desmontar *todas* las piezas de moblaje en las cuales hubiera sido factible depositar un objeto de la manera que usted ha indicado. Una carta puede ser enrollada en una espiral, muy fina, parecidísima en su forma a una aguja de hacer punto, y ser así introducida dentro del palo de una silla, por ejemplo. ¿Han desmontado ustedes las piezas de todas las sillas del aposento?

—Ciertamente que no. Pero hemos hecho algo mejor. Hemos examinado los palos de cada silla en el hotel, e incluso las junturas de toda clase de muebles, con ayuda de un potente microscopio. Si hubiese habido un indicio cualquiera de una alteración reciente, no hubiéramos dejado de descubrirlo al punto. Un solo grano de polvo de berbiquí, por ejemplo, habría aparecido tan visible, cómo una manzana. Cualquier alteración en la cola, una simple grieta en las junturas, hubiese bastado para asegurar su descubrimiento.

—Supongo que habrán ustedes examinado los espejos, entre la luna y la chapa, y que habrán registrado las camas y *sus* ropas, lo mismo que las cortinas y alfombras.

—¡Naturalmente! Y, cuando hubimos examinado cada partícula del mobiliario de ese modo, examinamos la propia casa. Dividimos su superficie entera en compartimientos que numeramos, para que así no se nos olvidase ninguno. Después examinamos cada pulgada cuadrada por todas partes, incluyendo las dos casas contiguas, con el microscopio, como antes.

—¡Las dos casas contiguas! —exclamé—. Ha debido usted de afrontar grandes dificultades.

—En efecto, pero la recompensa ofrecida es prodigiosa.

—¿Incluye usted los pisos de las casas?

—Todos los suelos son de ladrillo. En comparación con lo demás, eso nos ha dado poco trabajo. Hemos examinado el musgo entre los ladrillos, encontrándolo intacto.

—Habrá usted mirado entre los papeles de D…, por supuesto, y dentro de los libros de su biblioteca, como es natural.

—Sin duda. Hemos abierto cada paquete y cada bulto. Y no sólo hemos ojeado todos los libros, sino que hemos pasado hoja por hoja de cada volumen. No nos contentamos con una simple sacudida, según suelen hacer algunos de nuestros

oficiales de policía. Hemos medido también el espesor de cada pasta de libro con la más exacta minuciosidad, aplicando a cada una las más escudriñadoras miradas del microscopio. Si se hubiera introducido algo en una de las encuadernaciones, habría sido del todo imposible que el hecho escapase a nuestra observación. Unos cinco o seis volúmenes, que acababan de salir de manos del encuadernador, fueron cuidadosamente sondeados, en sentido longitudinal, con las agujas.

—¿Han explorado ustedes los suelos por debajo de las alfombras?

—Sin duda alguna. Hemos quitado todas las alfombras y examinado las tablas con el microscopio.

—¿Y los papeles de las paredes?

—Sí.

—¿Han registrado las cuevas?

—Lo hemos hecho.

—Entonces —dije—, han incurrido ustedes en un error, y la cartá *no está* en la casa, como usted supone.

—Temo que tenga usted razón en eso —dijo el prefecto—. Y ahora, Dupin, ¿qué me aconseja que haga?

—Una investigación concienzuda en la casa.

—Eso es completamente inútil —replicó G…—. No estoy tan seguro de que respiro como de que la carta no se halla en el hotel.

—No tengo mejor consejo que darle —dijo Dupin—. ¿Posee usted, supongo, una descripción exacta de la carta?

—¡Oh, sí!

Y aquí el prefecto sacando una cartera de apuntes, se puso a leernos en alta voz una minuciosa reseña del aspecto interno, y en especial del externo, del documento perdido. Al poco rato de terminar la lectura de aquella descripción, se despidió el buen señor, más decaído de ánimo que le había yo visto nunca hasta entonces.

Un mes después, aproximadamente, nos hizo otra visita, encontrándonos casi en la misma ocupación que la otra vez. Cogió una silla, sacó una pipa de un bolsillo, se puso a fumar e inició una conversación baladí. Por último le dije:

—Bueno, G…, pero ¿qué hay de la carta robada? Supongo que al final se habrá usted resignado a pensar que no es cosa sencilla ganar en listeza al ministro.

—¡Que el diablo le confunda! —exclamó G…—. Sí; realicé, a pesar de todo, ese nuevo examen que Dupin sugería. Pero fue labor perdida, como yo suponía.

—¿A cuánto asciende la recompensa ofrecida, de que usted habló? —quiso saber Dupin.

—Pues a una gran cantidad… Es una recompensa *muy* generosa… No sé a cuánto asciende exactamente. Pero le diré una cosa. Y es que me comprometería yo a entregar por mi cuenta un cheque de cincuenta mil francos a quien pudiese conseguirme esa carta. El hecho es que el asunto adquiere cada día mayor importancia y la recompensa ha sido doblada recientemente. Sin embargo, y aunque

la tripliquen, no podría yo hacer más de lo que hice.

—Pues sí —dijo Dupin, arrastrando siempre las palabras, entre las bocanadas de su pipa de espuma—. Realmente…, creo, G…, que no se ha esforzado usted… todo lo que podía en este asunto. Yo creo que podría hacer un poco más, ¿no?

—¡Cómo!… ¿En qué sentido?

—Pues —dos bocanadas— podría usted —otras dos bocanadas— aplicar el consejo sobre esta cuestión, ¿eh? —tres bocanadas—. ¿Recuerda usted la historia que cuentan de Abernethy?

—¡No, maldito Abernethy!

—De acuerdo: ¡al diablo y buen viaje! Pero escuche… Una vez, cierto hombre rico concibió el propósito de obtener gratis una consulta médica de Abernethy. Con tal fin entabló con él en una casa particular una conversación corriente, a través de la cual insinuó su caso al galeno, como si se tratase de un individuo imaginario. «Supongamos, dijo el avaro, que sus síntomas son tales y cuales, y ahora, doctor, ¿qué le mandaría usted que tomase?». «Pues le mandaría que tomase… el consejo de un médico, seguramente».

—Pero —dijo el prefecto, un poco desconcertado— estoy por completo dispuesto a buscar consejo y a pagarlo. Daría, realmente, cincuenta mil francos a quien quisiera ayudarme en este asunto.

—En ese caso —replicó Dupin, abriendo un cajón y sacando un talonario de cheques—, puede usted llenarme un cheque por esa suma. Cuando lo haya usted firmado, le entregaré la carta.

Me quedé estupefacto. El prefecto parecía fulminado. Durante unos minutos permaneció callado e inmóvil, mirando con aire incrédulo a mi amigo; con la boca abierta y los ojos como fuera de las órbitas. Luego, pareció volver en sí algún tanto. Cogió una pluma y, después de alguna vacilación, acabó por llenar y firmar un cheque de cincuenta mil francos, que tendió, por encima de la mesa, a Dupin. Este lo examinó cuidadosamente y se lo guardó en la cartera. Después, abriendo uno de los cajones de su escritorio, sacó de él una carta y se la dio al prefecto. El funcionario la asió dando evidentes muestras de alegría, la abrió con mano trémula, echó una rápida ojeada a su contenido, y luego, precipitándose a la puerta, se fue sin más ceremonia. Salió de la habitación y de la casa sin haber pronunciado una sílaba desde que Dupin le había pedido que llenase el cheque.

Cuando se hubo marchado, mi amigo entró en algunas explicaciones.

—La Policía parisiense es sumamente hábil en su oficio. Sus agentes son perseverantes, ingeniosos y astutos, están versados a fondo en los conocimientos que requieren sus funciones. Por eso, cuando G… nos detalló la manera de efectuar las pesquisas en el hotel de D…, tenía yo entera confianza en que habían realizado una investigación satisfactoria, hasta donde alcanza su labor…

—¿Hasta dónde alcanza su labor? —repetí.

—Sí —afirmó Dupin—. Las medidas adoptadas eran no sólo las mejores en su

género, sino realizadas con una perfección absoluta. Si la carta hubiera sido depositada dentro del radio de sus investigaciones, esos mozos la habrían encontrado, sin la menor duda.

Reí un poco simplemente, pero él parecía haber dicho aquello muy en serio.

—Las medidas —prosiguió—, eran buenas en su género. Y habían sido bien ejecutadas. Pero su defecto estribaba en ser inadecuadas al caso de ese hombre. Hay una serie de recursos muy ingeniosos que son para el prefecto una especie de lecho de Procusto al cual adapta al cabo todos sus planes. Pero yerra a todas horas por excesiva profundidad o por demasiada superficialidad en el caso en cuestión. Muchos colegiales razonan mejor que él. Conocí uno de ocho años de edad, cuyo éxito como adivinador en el juego de «pares y nones» causaba la admiración universal. Este juego es sencillo y se juega con bolas. Uno de los participantes tiene en la mano cierto número de esas bolas y pregunta a otro si ese número es par o impar. Si éste lo adivina con exactitud, el adivinador gana una; si yerra, pierde una. El muchacho a quien aludo ganaba todas las bolas de la escuela. Naturalmente, tenía un sistema de adivinación que consistía en la simple observación y en la apreciación de la astucia de sus contrincantes. Por ejemplo, supongamos que su adversario sea un bobalicón y que alzando su mano cerrada le pregunta: «¿Nones o pares?». Nuestro colegial replica: «Nones», y pierde. Pero en la segunda prueba, gana. Porque se dice a sí mismo: «El bobalicón ha puesto pares la primera vez y toda su astucia le va a impulsar a poner nones en la segunda. Diré, por tanto: “Nones”». Dice “Nones” y, en efecto, gana. Ahora bien: este sistema de razonamiento de colegial, con un adversario un poco menos simple, lo varía él razonando así: «Este chico ve que en el primer caso he dicho “Nones”, y en el segundo se propondrá, es la primera idea que se le ocurrirá, efectuar una ligera variación de “pares” como la primera vez. Diré, por tanto: “Pares”». Dice “Pares”, y gana. Pues bien: este sistema de razonamiento de nuestro colegial, que sus camaradas llaman suerte, en último análisis, ¿qué es?

—Es, sencillamente —dije—, una identificación del intelecto de nuestro razonador con el de su contrario.

—Eso es —convino Dupin—, y cuando pregunté al muchacho de qué manera efectuaba él esa perfecta identificación en la cual consistía su éxito, me dio la siguiente respuesta: «Cuando quiero saber hasta qué punto es bueno o malo, o cuáles son en el momento presente sus pensamientos, modelo la expresión de mi cara, lo más exactamente que puedo, de acuerdo con la expresión de la suya, y espero entonces para saber qué pensamientos o qué sentimientos nacerán en mi mente o en mi corazón, como para emparejarse o corresponder con la expresión». Esta respuesta del colegial supera en mucho toda la profundidad sofisticada atribuida a La Rochefoucauld, a La Bruyère, a Maquiavelo y a Campanella.

—Y la identificación del intelecto del razonador con el de su adversario depende —deduje—, si le comprendo a usted bien, de la exactitud con que el intelecto de su contrincante sea estimado.

—En la evaluación práctica depende de eso —confirmó Dupin—, y si el prefecto y toda su cohorte se han equivocado con tanta frecuencia, ha sido, primero, por carencia de esa identificación, y en segundo lugar, por una apreciación inexacta. O, más bien, por la no apreciación de la inteligencia con la que se miden. No ven ellos más que sus propias ideas ingeniosas, y cuando buscan algo escondido, sólo piensan en los medios que hubieran empleado para ocultarlo. Tienen mucha razón en lo de que su propia ingeniosidad es una fiel representación de la multitud; pero, cuando la astucia del malhechor es diferente de la de ellos, ese malhechor, naturalmente, los embauca… No deja eso nunca de suceder cuando su astucia está por encima de la de ellos, lo cual ocurre muy a menudo, incluso cuando está por debajo. No varían su sistema de investigación. Todo lo más, cuando se encuentran incitados por algún caso insólito y… por alguna recompensa extraordinaria, exageran y llevan a ultranza sus viejas rutinas. Pero no modifican en nada sus principios. En el caso de D…, por ejemplo, ¿qué se ha hecho para cambiar el sistema de actuar? ¿Qué son todas esas perforaciones, esas búsquedas, esos sondeos, ese examen al microscopio, esa división de las superficies en pulgadas cuadradas y numeradas? ¿Qué es todo eso sino exageración, al aplicarlo, de uno de los principios de investigación que están fundados sobre un orden de ideas referente a la ingeniosidad humana, y al que el prefecto se ha habituado en la larga rutina de sus funciones? ¿No ve usted que él considera como cosa demostrada que todos los hombres que quieren esconder una carta utilizan, si no precisamente un agujero hecho con berbiquí en la pata de una silla, al menos alguna cavidad, algún rincón muy extraño, cuya inspiración han tomado del mismo registro de ideas que el agujero hecho con un berbiquí? ¿Y no ve usted también que escondites tan rebuscados sólo se emplean en ocasiones ordinarias y sólo se adoptan por inteligencias ordinarias? Porque en todos los casos de objetos escondidos, esa manera ambiciosa y torturada de ocultar el objeto es, en principio, presumible y presumida. Así, su descubrimiento no depende en modo alguno de la perspicacia, sino sólo del cuidado, de la paciencia y de la decisión de los buscadores. Pero cuando se trata de un caso importante, o lo que es igual a los ojos de la Policía, cuando la recompensa es considerable, ve uno como todas esas buenas cualidades fracasan indefectiblemente. Comprenderá usted ahora lo que yo quería decir al afirmar que, si la carta robada hubiera estado escondida en el radio de investigación de nuestro prefecto, y dicho de otra forma, si el principio inspirador hubiera estado comprendido en los principios del prefecto, la habría él descubierto de un modo seguro, infalible. Sin embargo, ese funcionario ha sido engañado por completo, y la causa primera, original de su derrota estriba en la suposición de que el ministro es un loco, porque ha conseguido hacerse una reputación como poeta. Todos los locos son poetas. Es la manera de pensar del prefecto. Y tan sólo es él culpable de una falsa distribución del término medio al inferir de eso que todos los poetas están locos.

—¿Pero es, realmente, poeta? —pregunté—. Sé que son dos hermanos, y que ambos han logrado fama en la literatura. El ministro, según creo, ha escrito un libro

muy notable sobre el cálculo diferencial e integral. Es un matemático y no un poeta.

—Se equivoca usted. Le conozco muy bien. Es poeta y matemático. Y como poeta y matemático ha debido razonar con exactitud. Como simple matemático no hubiese razonado en absoluto, y habría quedado así a merced del prefecto.

—Semejante opinión —opiné—, tiene que asombrarme. Está desmentida por la voz del mundo entero. No intentará usted aniquilar una idea madurada por varios siglos. La razón matemática está desde hace largo tiempo considerada como la razón *par excellence*.

—*Il y a à parier* —replicó Dupin, citando a Chamfort— *que toute idée publique, toute convention recue, est une sottise, car elle a convenue ait plus grand nombre.* («Puede apostarse que toda idea pública, toda convención admitida, es una necedad, porque ha convenido a la mayoría»). Los matemáticos, le concedo esto, han hecho cuanto han podido por propagar el error popular a que usted alude, el cual, aun habiendo sido propagado como verdad, no por eso deja de ser mi error. Por ejemplo, nos han acostumbrado, con un arte digno de mejor causa, a aplicar el término análisis a las operaciones algebraicas. Los franceses son los culpables originarios de ese engaño particular, pero si se reconoce que los términos de la lengua poseen una importancia real, y si las palabras cobran su valor por su aplicación, ¡oh!, entonces concedo que *análisis* significa *álgebra*, poco más o menos como en latín *ambitus* significa ambición, *religio*, religión, o *homines honesti* la clase de hombres *honorables*.

—Veo que va usted a tener un choque con algunos de los algebristas de París, pero continúe.

—Impugno la validez. Y, por consiguiente, los resultados de una razón cultivada por medio de cualquier forma especial que no sea la lógica abstracta. Impugno especialmente el razonamiento sacado del estudio de las matemáticas. Las matemáticas son la ciencia de las formas y de las cantidades. El razonamiento matemático no es más que la simple lógica aplicada a la forma y a la cantidad. El gran error consiste en suponer que las verdades que se llaman puramente algebraicas son verdades abstractas o generales. Y este error es tan enorme que me maravilla la unanimidad con que es acogido. Los axiomas matemáticos no son axiomas de una verdad general. Lo que es cierto en una relación de forma o de cantidad, resulta a menudo un error craso con relación a la moral, por ejemplo. En esta última ciencia, suele ser falso que la suma de las fracciones sea igual al todo. De igual modo en química el axioma yerra. En la apreciación de una fuerza motriz, yerra también, pues dos motores, que son cada cual de una potencia dada, no poseen necesariamente, cuando están asociados, una potencia igual a la suma de sus potencias tomadas por separado. Hay una gran cantidad de otras verdades matemáticas que no son verdades sino en límites de relación. Pero el matemático argumenta, incorregible, conforme a sus *verdades finitas*, como si fueran de una aplicación general y absoluta, valor que, por lo demás, el mundo les atribuye. Bryant, en su muy notable *Mitología*, menciona

una fuente análoga de errores cuando dice que, aun cuando nadie cree en las fábulas del paganismo, lo olvidamos nosotros mismos sin cesar, hasta el punto de inferir de ellas deducciones, como si fuesen realidades vivas. Hay, por otra parte, en nuestros algebristas, que son también paganos, ciertas fábulas paganas a las cuales se presta fe y de las que se han sacado consecuencias, no tanto por una falta de memoria como por una incomprensible perturbación del cerebro. En suma: no he encontrado nunca un matemático puro en quien se pudiera tener confianza, fuera de sus raíces y de sus ecuaciones; no he conocido uno solo que no tuviera por artículo de fe que $x^2 + px$ es absoluta e incondicionalmente igual a q. Diga a uno de esos señores, en materia de experiencia y si ello le divierte, que cree usted en la posibilidad del caso en que $x^2 + px$ no sea absolutamente igual a q, y cuando le haya hecho comprender lo que quiere usted decir, póngase fuera de su alcance. Y con la mayor celeridad posible. Pues, sin duda alguna, intentará acogotarle.

»Quiero decir —continuó Dupin, mientras yo me contentaba con reírme de sus últimas observaciones— que si el ministro no hubiera sido más que un matemático, el prefecto no se habría visto en la necesidad de firmarme ese cheque. Le conocía yo, por el contrario, como matemático y poeta. Y había adoptado mis medidas en razón a su capacidad y teniendo en cuenta las circunstancias en que se hallaba colocado. Sabía yo que era un hombre de corte y un intrigante audaz. Pensé que un hombre así debía de estar, sin duda, al corriente de los manejos policíacos. Por supuesto, debía de haber previsto, y los acontecimientos han venido a demostrarlo, las asechanzas a que estaba sometido. Me dije que habría imaginado las investigaciones secretas en su hotel. Estas frecuentes ausencias nocturnas que nuestro buen prefecto había acogido como ayudas positivas de su futuro éxito, yo las consideraba como simples tretas para facilitar la libre búsqueda de la Policía y para persuadirla con mayor facilidad, de que la carta no estaba en el hotel. Sentía yo también que toda esa serie de ideas referentes a los principios invariables de la acción policíaca en los casos de busca de objetos escondidos, idea que le expliqué hace un momento no sin cierta dificultad, y sentía yo que toda esa serie de pensamientos debieron de desplegarse en la mente del ministro, llevándole imperativamente a desdeñar todos los escondrijos usuales. Pensé que aquel hombre no podía ser tan cándido que no adivinase que el escondite más intrincado y remoto de su hotel resultaría tan visible como un armario para los ojos, las pesquisas, los berbiquíes y los microscopios del prefecto. Veía yo, en fin, que él debía de haber tendido por instinto a la sencillez, si no había sido inducido a ello por su propia elección. Recordara usted acaso con qué carcajadas desesperadas acogió el prefecto mi sugerencia, expuesta en nuestra primera entrevista…

—Sí —dije—, recuerdo muy bien su hilaridad. Creí realmente que le iba a dar un ataque de nervios.

—El mundo material —prosiguió mi amigo—, está lleno de analogías muy exactas con el inmaterial. Y esto es lo que da cierto tono de verdad a ese dogma retórico de que una metáfora o una comparación pueden fortalecer un argumento e

igualmente embellecer una descripción. El principio de la *vis inertiae*, o fuerza de la inercia, parece idéntico en lo físico y en lo metafísico, por ejemplo. No es menos cierto, en cuanto a lo primero, que un cuerpo voluminoso se pone en movimiento más difícilmente que uno pequeño. Y, por consecuencia, su *momentum*, o cantidad de movimiento, está en proporción con esa dificultad. Y que, en cuanto a lo segundo, los intelectos de amplia capacidad son al mismo tiempo más impetuosos, más constantes y más accidentados en sus movimientos que los de un grado inferior. Son los que se mueven con menos facilidad, los más cohibidos y vacilantes al iniciar su avance. Aún más: ¿ha observado usted alguna vez cuáles son las muestras de tiendas en las calles que atraen más la atención?

—No me he fijado nunca en eso.

—Hay un juego de acertijos que se realiza sobre un mapa. Uno de los jugadores pide a alguien que encuentre un nombre dado. El nombre de una ciudad, de un río, de un Estado o… de un imperio. Cualquier palabra, en suma, comprendida en la extensión abigarrada e intrincada del mapa. Una persona novata en el juego procura, en general, embrollar a sus adversarios, indicándoles nombres impresos en gruesos caracteres que se extienden desde una punta a la otra de mapa. Estas palabras, como las muestras y los carteles en letras grandes de la calle, escapan a la observación por el hecho mismo de su excesiva evidencia, y aquí el olvido material es precisamente análogo a la inatención moral de una inteligencia que deja pasar las consideraciones demasiado palpables, demasiado patentes. Pero es éste un punto, al parecer, que supera un poco la comprensión del prefecto. No ha creído nunca probable o posible que el ministro haya depositado la carta precisamente ante las narices del mundo entero, como medio mejor de impedir que lo perciba cualquier habitante de ese mundo.

»Pero cuanto más reflexionaba yo en la atrevida, arrojada y brillante ingeniosidad de D…, en el hecho de que debía de tener siempre a mano el documento para intentar utilizarlo de acuerdo con su propósito —prosiguió Dupin—, y también sobre la evidencia decisiva lograda por el prefecto de que ese documento no estaba escondido dentro de los límites de una investigación ordinaria y en regla, más convencido me sentía de que el ministro había recurrido, para esconder su carta, al modo más amplio y sagaz, que consistía en no intentar esconderla en absoluto.

»Convencido de tales ideas —continuó—, me puse unas gafas verdes y llamé una mañana, como por casualidad, en el hotel del ministro. Encontré a D… bostezando, holgazaneando y perdiendo el tiempo, pretendiendo estar aquejado del más abrumador aburrimiento. Es él, tal vez, el hombre más enérgico que existe hoy, pero únicamente cuando no le ve nadie.

»Para ponerme a tono con él, me lamenté de la debilidad de mis ojos y de la necesidad en que me encontraba de usar gafas. Pero, a través de aquellas gafas, examiné cuidadosa y minuciosamente la habitación entera, aunque pareciendo estar atento tan sólo a la conversación del dueño de la casa.

»Dediqué una atención especial a una amplia mesa de despacho junto a la cual estaba él sentado y sobre cuyo tablero veíanse reunidas en una mescolanza varias cartas y otros papeles, con uno o dos instrumentos de música y algunos libros. Después de aquel largo y cauto examen, no vi allí nada que excitase una especial sospecha.

»Por último, mis ojos, al recorrer en torno la habitación, cayeron sobre un tarjetero de cartón con filigrana de baratija, colgado por una cinta azul sucia de una anilla, encima justamente de la chimenea. Aquel tarjetero con tres o cuatro compartimientos contenía cinco o seis tarjetas de visita y una carta solitaria. Esta última estaba muy sucia y arrugada y casi partida por la mitad, como si hubiesen tenido el propósito de, en un primer impulso, romperla por completo como un papel inútil y hubiesen luego cambiado de opinión. Tenía un ancho sello negro con la inicial D… *muy* a la vista, y estaba dirigida, con una letra muy pequeña, al propio ministro. La habían puesto allí al descuido. E incluso, al parecer, con desprecio.

»Apenas eché una ojeada sobre aquella carta llegué a la conclusión de que era la que yo buscaba. Evidentemente, resultaba en su aspecto por completo distinta de aquella de la cual nos había leído el prefecto una descripción tan minuciosa. En ésta el sello era ancho y negro, con la cifra D… En la otra, era pequeño y rojo, con el escudo ducal de la familia S… En ésta la dirección al ministro estaba escrita con una letra diminuta y femenina. En la otra, la dirección de una persona regia aparecía trazada con una letra a todas luces resuelta y personal. El tamaño era su único punto de semejanza. Pero el carácter excesivo de estas diferencias, fundamentales en realidad; la suciedad y el estado deplorable del papel, arrugado y roto, que estaban en oposición con las verdaderas costumbres de D…, tan metódicas, revelaban el propósito de desconcertar a un indiscreto, presentándole las apariencias de un documento sin valor. Todo esto, a lo que debe añadirse la colocación ostentosa del documento, puesto de lleno ante los ojos de todos los visitantes y ajustándose con tanta exactitud a mis conclusiones anteriores, corroboraba admirablemente las sospechas de alguien que acudiese con intención de sospechar.

»Prolongué mi visita el mayor tiempo posible. Y, mientras sostenía una discusión muy animada con el ministro sobre un tema que sabía yo le interesaba en grado sumo, mantuve mi atención fija sobre la carta. Durante ese examen, recordaba yo su aspecto exterior y la manera de estar colocada en el tarjetero, y al final, hice también un descubrimiento que disipó la ligera duda que podía quedarme aún. Al examinar los bordes del papel, observé que estaban más deteriorados de lo que parecía necesario. Ofrecían el aspecto roto de un papel duro, que habiendo sido doblado y aplastado por la plegadera, es doblado en sentido contrario, aunque por los mismos pliegues que constituían su primera forma. Este descubrimiento me bastó. Era evidente para mí que la carta había sido vuelta como un guante, plegada de nuevo y lacrada otra vez. Di los buenos días al ministro y me despedí inmediatamente de él, dejando una tabaquera de oro sobre la mesa.

»A la mañana siguiente volví a buscar la tabaquera y reanudamos desde luego la conversación del día anterior. Mientras la sosteníamos, una fuerte detonación, como de un pistoletazo, se oyó debajo mismo de las ventanas del hotel, seguida de los gritos y vociferaciones de una multitud aterrada. D… se precipitó hacia una ventana, la abrió y miró hacia abajo. Al propio tiempo, fui hacia el tarjetero y cogí la carta. La guardé en mi bolsillo y la sustituí por un *facsímil*, en cuanto al aspecto exterior, que había yo preparado con todo cuidado en casa, imitando la cifra de D…; cosa ésta que hice fácilmente, por medio de un sello de miga de pan.

»El alboroto en la calle había sido causado por el capricho insensato de un hombre armado de una escopeta. Había éste disparado en medio de un gentío de mujeres y de niños. Pero, como no estaba cargada con bala, el individuo fue tomado por loco o por borracho, permitiéndosele seguir su camino. Cuando se marchó, D… retiróse de la ventana, adonde le había yo seguido sin tardanza después de haberme asegurado de que tenía la carta en cuestión. A los pocos instantes me despedí de él. Creo casi omiso advertir que el presunto loco era un hombre pagado por mí…

—Pero ¿qué se proponía usted —pregunté— al sustituir la carta por un *facsímil*? ¿No hubiera sido mejor cogerla simplemente a raíz de su primera visita y haberse ido?

—D… —explicó Dupin— es un hombre decidido y de gran temple. Además, tiene en su hotel criados fieles a sus intereses. De haber efectuado yo esa tentativa violenta que usted sugiere, no habría salido con vida de su casa. El buen pueblo de París no hubiera oído hablar más de mí. Pero, aparte de estas consideraciones, tenía yo un fin. Ya conoce usted mis simpatías políticas. En este asunto obré como partidario de la dama en cuestión. Hacía dieciocho meses que el ministro la tenía en su poder. Es ella ahora quien le tiene cogido, ya que él ignora que la carta no está ya en su posesión, y querrá utilizarla para uno de sus *chantages* habituales. Va a buscarse él mismo, y en breve, su mina política. Su caída será tan precipitada como embarazosa. Se habla sin más ni más del *facilis deseen sus Averni*; pero en materia de ascensiones, como decía la Catalani acerca del canto, es más fácil subir que bajar. En el caso presente no tengo simpatía alguna, ni siquiera piedad, por el ministro. D… es el *monstrum horrendum*, un hombre genial, pero sin principios. Le confieso, con todo, que me gustaría mucho conocer el carácter exacto de sus pensamientos cuando, retado por la que el prefecto llama «cierta persona», se vea reducido a abrir la carta que dejé para él en su tarjetero.

—¡Cómo! ¿Es que ha puesto usted algo especial en ella?

—¡Ya lo creo! No he creído conveniente dejar el interior en blanco. Eso habría parecido un insulto. D… me jugó una vez, en Viena, una mala pasada, y le dije en tono de buen humor que me acordaría de aquello. Por eso, como yo estaba seguro de que él sentiría cierta curiosidad por identificar a la persona que le había ganado en listeza, pensé que era una lástima no dejarle algún indicio. Conoce él muy bien mi letra y copié, exactamente en mitad de la página en blanco, estas palabras:

… Un desein si funeste,
S’il n’est digne d’Atrée, est digne de Thyeste[19].

Las encontrará usted en el *Airée*, de Crébillon.

LA ESFINGE DE CALAVERA

Durante la terrible epidemia de cólera en Nueva York, había yo aceptado la invitación de un pariente para pasar dos semanas con él en el retiro de su *cottage ornee* a orillas del Hudson, Teníamos allí, en torno nuestro, todos los recursos ordinarios de las diversiones veraniegas, y vagando por los bosques, tomando apuntes, paseando en bote, pescando, bañándonos y dedicando algunas horas a la música o a la lectura, hubiéramos podido pasar el tiempo bastante entretenidos, sin las pavorosas noticias que, cada mañana, nos llegaban de la populosa urbe. No pasaba un día que no nos trajese la noticia del fallecimiento de algún amigo. Entonces, como la mortandad aumentaba, siempre esperábamos enterarnos, diariamente, de la pérdida de algún ser querido. Y, al final, temblábamos al acercarse cualquier mensajero. El propio aire del Sur nos parecía oler a muerte. Aquel pensamiento sobrecogedor se adueñaba, en verdad, de mi alma por entero. No podía yo hablar, pensar ni soñar en ninguna otra cosa. Era mi anfitrión de un temperamento menos excitable, y aunque con el ánimo muy deprimido, se esforzaba por reanimarme. Su inteligencia, animadora de una gran filosofía, no estaba afectada nunca por quimeras. Si bien bastante sensible a la influencia del terror, no le inquietaban sus sombras.

Sus esfuerzos por sacarme del estado de tristeza anormal en que me sumía, se veían frustrados en gran parte por ciertos libros que hube de encontrar en su biblioteca. Eran éstos de un carácter que hacía germinar cualquiera de las semillas de superstición hereditaria que permanecían latentes en mí. Había yo leído aquellos libros sin que él lo supiera, y por eso se sentía perplejo con frecuencia ante las violentas impresiones que ejercían sobre mi imaginación.

Uno de mis temas favoritos era la creencia popular en los presagios, una creencia que, en aquella época de mi vida, estaba dispuesto a defender seriamente, y sobre tal tema sosteníamos largas y animadas discusiones. Él demostraba la sinrazón de la fe en tales cuestiones, y yo afirmaba que el sentimiento popular, brotando con absoluta espontaneidad, sin apariencias de sugestión poseía en sí mismo elementos evidentes de verdad y merecía un gran respeto.

El hecho es que, al poco tiempo de mi llegada a la quinta, me sucedió allí un incidente tan de todo punto inexplicable y con un carácter tan inusitado, que se podía disculpar el que lo considerase yo como un presagio. Me aterró y, al mismo tiempo, me trastornó y me dejó tan perplejo, que transcurrieron muchos días antes de que pudiese tener ánimos para comunicar el caso a mi amigo.

Casi al anochecer de un día sumamente caluroso, estaba yo sentado con un libro entre las manos, ante la ventana abierta y alcanzando un lejano panorama de las orillas del río; la vista de una montaña distante, cuya superficie, bastante cercana, estaba desprovista, por eso que se llama un derrumbamiento, de vegetación. Mis

pensamientos habían vagado desde el libro que tenía delante a la tristeza y desolación de la vecina ciudad. Al levantar mis ojos de la lectura, cayeron sobre la desnuda montaña, y sobre un objeto, sobre un monstruo viviente de horrorosa conformación que se abrió camino rápidamente desde la cumbre hacia la parte inferior, desapareciendo al cabo en la espesa selva de abajo. Cuando aquel ser se mostró primero a mi vista, dudé de mi propio juicio, o al menos de la evidencia de mis propios ojos. Y pasaron muchos minutos antes de que pudiese convencerme a mí mismo de que no estaba loco ni soñaba. No obstante, al describir al monstruo, que vi con claridad y que vigilé con toda tranquilidad durante el tiempo de su avance, temo que mis lectores no se den por convencidos de varios puntos, como a mí mismo me ocurrió.

Estimando el tamaño del ser en comparación con el diámetro de los grandes árboles cerca de los cuales pasaba, aquellos pocos y gigantescos de la selva que habían escapado a la furia del desplome de tierras, deduje que era mayor que cualquier barco de linea actual. Digo barco de línea porque, además, la forma del monstruo sugería esa idea, y el casco de uno de nuestros setenta y cuatro puede dar una noción muy pasable de su contorno general. Estaba la boca del animal al extremo de una trompa de unos sesenta o setenta pies de largo, con el grosor de la de un elefante ordinario. Cerca del arranque de esta trompa tenía una inmensa cantidad de pelos negros e hirsutos, más de los que puede tener el pelaje de varios búfalos, y proyectándose desde esos pelos hacia abajo y hacia los lados, salían dos blancos colmillos parecidos a los del jabalí, pero de un tamaño infinitamente mayor. Extendidas hacia delante, paralelas a la trompa, ostentaba a cada lado una gigantesca asta de treinta a cuarenta pies de largo, al parecer de puro cristal y en forma de prisma perfecto, que reflejaban de manera magnífica los rayos del sol poniente. El tronco estaba conformado como una cuña con la punta hacia tierra. Desde éste se extendían dos pares de alas, cada una de unas cien yardas de largo; un par colocado encima de otro. Y todo él cubierto de densas escamas metálicas. Cada escama tendría como unos diez o doce pies de diámetro. Observé que los pares superiores e inferiores de alas estaban unidos por una fuerte cadena. Pero la principal singularidad de aquella horrible bestia era la imagen de una calavera que cubría casi toda la superficie de su pecho, y que estaba trazada con notable propiedad en un blanco deslumbrador sobre el color terroso del cuerpo, como si hubiese sido cuidadosamente dibujada por un artista. Mientras contemplaba yo aquel animal terrorífico, y en particular el aspecto de su pecho, con un sentimiento de horror y de temor, con un sentimiento de maldad cercana que me era imposible reprimir por ningún esfuerzo de la razón, vi la enorme boca en la extremidad de la trompa abrirse de repente, brotando de ella un sonido tan fuerte y expresivo de temor, que sobrecogió mis nervios como la aparición de un difunto. Y cuando, finalmente, el monstruo desapareció en la falda de la montaña, caí desmayado al punto sobre el suelo.

Al recobrarme, mi primer impulso, naturalmente, fue comunicar a mi amigo lo

que acababa de ver y de oír; pero un inexplicable sentimiento de repugnancia me impidió hacerlo entonces.

Por último, una noche, tres o cuatro días después del suceso, estábamos sentados juntos en la estancia desde la cual vi la aparición; ocupaba yo el mismo sitio ante la misma ventana, y él estaba tendido sobre un sofá cerca de mí. La asociación de lugar y de tiempo me impulsó a darle cuenta del fenómeno. Me escuchó hasta el final, no sin dejar de reírse al principio, y luego adoptó un gesto serio con exceso, como si mi locura estuviese fuera de toda sospecha. En aquel momento tuve de nuevo una clara visión del monstruo, el cual, con un estremecimiento de terror absoluto, señalé entonces a su atención. Miró él ávidamente, sosteniendo que no se veía nada, aunque señalara yo con toda minuciosidad la carrera del animal mientras se abría camino bajando por la superficie pelada de la montaña.

Sentíame ahora harto alarmado, pues consideraba aquella visión como un presagio de mi muerte, o peor aún, como el síntoma precursor de un ataque de locura. Me eché vivamente hacia atrás en mi silla, y durante unos minutos escondí mi cara entre las manos. Cuando descubrí mis ojos, no era ya visible la aparición.

Mi anfitrión, sin embargo, recobró hasta cierto punto la tranquilidad de ánimo, y me interrogó muy minuciosamente respecto a la conformación de aquel ser imaginario. Cuando estuvo plenamente informado sobre ello, suspiró a fondo, como si se sintiera descargado de un peso intolerable, y empezó a hablarme con una calma que me parecía excesiva, de varios puntos de filosofía especulativa que habían constituido ante temas de discusión entre nosotros. Recuerdo que insistió con mucho empeño, y entre otras cosas, en la idea de que la causa principal del error en todas las investigaciones humanas está en el peligro que corre la inteligencia rebajando o atribuyendo un valor excesivo a la importancia de un objeto, por una simple medición errónea de su proximidad.

—Para evaluar correctamente, por ejemplo —dijo—, la influencia ejercida sobre la Humanidad a lo largo del tiempo por la consumada difusión de la Democracia, no dejará de representar un dato la distancia de la época en que tal difusión pudo efectuarse. Aun así, ¿puede usted indicarme un escritor que haya escrito sobre el gobierno que pensara nunca en esa rama especial del tema, digno siempre de discusión?

Hizo una pausa, se incorporó y, dirigiéndose hacia una librería, sacó un tratado corriente de Historia Natural. Me rogó entonces que cambiase de asiento con él, pues así podía ver mejor los pequeños caracteres de la impresión; sentóse en mi sillón ante la ventana, y abriendo el libro, prosiguió su disertación en el mismo tono de antes.

—Por su excesiva minuciosidad al describir el monstruo —explicó—, puedo en todo momento probarle lo que era. En primer lugar, permítame leerle una descripción, para chicos de escuela, del género *sphinx*, de la familia *crepuscularia* del orden *lepidoptera* y de la clase *insecta* o insectos. La descripción dice así: «Cuatro alas membranosas cubiertas de pequeñas escamas coloreadas, de aspecto metálico;

boca formando una trompa enrollada, debida a una prolongación de la quijada, sobre cuyos lados se encuentran rudimentos de palpos vellosos; las alas inferiores están adheridas a las superiores por unas cerdas; antenas en forma de porra prolongada, prismática; abdomen puntiagudo. La Esfinge de Calavera causa un gran terror entre el vulgo, y al mismo tiempo, el tono triste del lamento que profiere y esa imagen de la muerte que muestra sobre su coselete aumenta el miedo de la gente».

Cerró el libro, recostándose sobre el sillón en la misma postura que tenía en el momento de contemplar al «monstruo».

—¡Ah! Ese era —exclamó luego—, ése era, subiendo por la superficie de la montaña, y admito que se trata de un ser de aspecto muy notable. Con todo, no era en modo alguno tan grande ni estaba tan distante como usted imaginó. Porque el hecho es que, cuando serpeaba subiendo por ese hilo que una araña había tejido a través del marco de la ventana, tendría el dieciseisavo de una pulgada de longitud máxima, y estaría a una distancia también de un dieciseisavo de pulgada de su pupila.

EL GATO NEGRO

Ni espero ni quiero que se dé crédito a la historia más extraordinaria y, sin embargo, más familiar que voy a referir. Tratándose de un caso en el que mis sentimientos se niegan a aceptar su propio testimonio, yo habría de estar realmente loco si así lo creyera. No obstante, no estoy loco, y con toda seguridad, no sueño. Pero mañana puedo morir y quisiera aliviar hoy mi apenado espíritu. Deseo mostrar al mundo, clara y concretamente, una serie de simples acontecimientos domésticos que, por sus consecuencias, me han aterrorizado, torturado y anonadado. A pesar de todo, no trataré de esclarecerlos. A mí casi no me han producido otro sentimiento que el de horror. Pero a muchas personas les parecerán menos terribles. Tal vez más tarde haya una inteligencia que reduzca mi fantasía al estado de lugar común. Alguna inteligencia más serena, más lógica y mucho menos excitable que la mía, encontrará tan sólo en las circunstancias que relato con terror una serie normal de causas y efectos naturalísimos.

La docilidad y humanidad de mi carácter sorprendieron desde mi infancia. Tan notable era la ternura de mi corazón, que había hecho de mí el juguete de mis amigos. Sentía una auténtica pasión por los animales, y mis padres me permitieron poseer una gran variedad de favoritos. Casi todo el tiempo lo pasaba con ellos, y nunca me consideraba tan feliz como cuando les daba de comer o los acariciaba. Con los años aumentó esta particularidad de mi carácter, y cuando fui hombre hice de ella una de mis principales agentes de goce. Aquellos que han profesado afecto a un perro fiel y sagaz no necesitarán explicaciones de la naturaleza o intensidad de los goces que esto puede producir. En el amor desinteresado de un animal, en el sacrificio de sí mismo, hay algo que llega directamente al corazón del que con frecuencia ha tenido ocasión de comprobar la amistad mezquina y la frágil fidelidad del hombre natural.

Me casé joven. Tuve la suerte de descubrir en mi mujer una disposición semejante a la mía. Y, habiéndose dado cuenta de mi gusto por estos favoritos domésticos, no perdió ocasión alguna de proporcionármelos de la especie más agradable. Tuvimos pájaros, un pez de color de oro, un magnífico perro, conejos, un mono pequeño y… un gato.

Era este último animal muy fuerte y hermoso, completamente negro y de una sagacidad maravillosa. Mi mujer, que era en el fondo algo supersticiosa, hablando de su inteligencia, aludía frecuentemente a la antigua creencia popular que consideraba a todos los gatos negros como brujas disimuladas. No quiere esto decir que hablara siempre *en serio* sobre este particular, y lo consigno sencillamente porque lo recuerdo.

Plutón, llamábase así el gato, era mi amigo predilecto. Sólo yo le daba de comer, siguiéndome siempre por la casa. E incluso me costaba trabajo impedirle que me

siguiera por las calles.

Nuestra amistad subsistió así algunos años, durante los cuales mi carácter y mi temperamento —me sonroja confesarlo—, por causa del demonio de la intemperancia sufrió una alteración radicalmente funesta. De día en día me hice más taciturno, más irritable, más indiferente a los sentimientos ajenos. Empleé con mi mujer un lenguaje brutal corriendo el tiempo, la afligí incluso con violencias personales. Naturalmente, mis pobres favoritos debieron notar el cambio de mi carácter. No solamente no les hacía caso alguno, sino que los maltrataba. Sin embargo, y por lo que se refiere a *Plutón*, aún despertaba éste en mí la consideración suficiente para no pegarle. En cambio, no sentía ningún escrúpulo en maltratar a los conejos y al mono, y hasta al perro, cuando, por casualidad o afecto, se cruzaban en mi camino. Iba secuestrándome mi mal cada vez más, como consecuencia de mis excesos alcohólicos. Y, andando el tiempo, el mismo *Plutón*, que envejecía, y, naturalmente, se hacía un poco huraño, comenzó a conocer los efectos de mi perverso carácter.

Una noche, al regresar a casa completamente ebrio, de vuelta de uno de mis frecuentes escondrijos del barrio, me pareció que el gato evitaba mi presencia. Lo cogí, pero él, horrorizado por mi violenta actitud, me hizo en la mano, con los dientes, una leve herida. Entonces, se apoderó de mí, repentinamente, un furor demoníaco. En aquel instante dejé de conocerme. Dijérase como si, de pronto, mi alma original hubiese abandonado mi cuerpo, y una ruindad superdemoníaca, saturada de ginebra, se filtró en cada una de las fibras de mi ser. Del bolsillo de mi chaleco saqué un cortaplumas, lo abrí, cogí al pobre animal por la garganta y, deliberadamente, le vacié un ojo… Me llena y abruma la vergüenza, estremeciéndome al escribir esta abominable atrocidad.

Cuando, al amanecer, hube recuperado la razón, y cuando se disiparon los vapores de mi crápula nocturna, experimenté un sentimiento mitad horror mitad remordimiento por el crimen que había cometido. Pero, todo lo más, era un confuso sentimiento, y el alma no sufrió sus acometidas, lo confieso asimismo. Volví a sumirme en los excesos, y no tardé en ahogar en el vino todo recuerdo de mi acción.

Curó entre tanto el gato lentamente. La órbita del ojo perdido presentaba, es cierto, un aspecto espantoso. Pero después, con el tiempo, no pareció que se daba cuenta de ello. Según su costumbre, iba y venía por la casa; pero, como debí suponerlo, en cuanto veía que me aproximaba a él, huía aterrorizado. Me quedaba aún lo bastante de mi antiguo corazón para que me afligiera aquella manifiesta antipatía en un ser que tanto me había amado anteriormente. Pero este sentimiento no tardó en ser desalojado por la irritación. Como para mi caída final e irrevocable, brotó entonces el espíritu de perversidad, espíritu del que la filosofía no se cuida ni poco ni mucho. No obstante, tan seguro como que existe mi alma, creo que la perversidad es uno de los primitivos impulsos del corazón humano, una de esas indivisibles primeras facultades o sentimientos que dirigen el carácter del hombre… ¿Quién no se ha sorprendido muchas veces cometiendo una acción necia o vil, por la única razón de

que sabía que no debía cometerla? ¿No tenemos una constante inclinación, pese a lo excelente de nuestro juicio, a violar lo que es la ley, simplemente porque comprendemos que es la Ley?

Digo que este espíritu de perversidad hubo de producir mi ruina completa. El vivo e insondable deseo del alma de atormentarse a sí misma, de violentar su propia naturaleza, de hacer el mal por amor al mal, me impulsaba a continuar y últimamente a llevar a prolongar el suplicio que había infligido al inofensivo animal. Una mañana, a sangre fría, ceñí un nudo corredizo en torno a su cuello y lo ahorqué de la rama de un árbol. Lo ahorqué con mis ojos llenos de lágrimas, con el corazón desbordante del más amargo remordimiento. Lo ahorqué porque sabía que él me había amado y porque reconocía que no me había dado motivo alguno para encolerizarme con él. Lo ahorqué porque sabía que al hacerlo cometía un pecado, un pecado mortal que comprometía a mi alma inmortal, hasta el punto de colocarla, si esto fuera posible, lejos incluso de la misericordia infinita del muy severo y misericordioso Dios.

En la noche siguiente al día en que fue cometida acción tan cruel, me despertó del sueño el grito de: «¡Fuego!». Ardían las cortinas de mi lecho. La casa era una gran hoguera. Mi mujer, un criado y yo logramos escapar, no sin vencer grandes dificultades, del incendio. La destrucción fue total. Quedé arruinado y me entregué desde entonces a la desesperación.

No intento establecer relación alguna entre causa y efecto con respecto a la atrocidad y el desastre. Estoy por encima de tal debilidad. Pero me limito a dar cuenta de una cadena de hechos y no quiero omitir el menor eslabón. Visité las ruinas el día siguiente al del incendio. Excepto una, todas las paredes se habían derrumbado. Esta sola excepción la constituía un delgado tabique interior, situado casi en la mitad de la casa, contra el que se apoyaba la cabecera de mi lecho. Allí la fábrica había resistido en gran parte a la acción del fuego, hecho que atribuí a haber sido renovada recientemente. En torno a aquella pared se congregaba la multitud. Y numerosas personas examinaban una parte del muro con viva atención. Excitaron mi curiosidad las palabras «extraño», «singular», y otras expresiones parecidas. Me acerqué y vi, a modo de un bajo relieve esculpido sobre la blanca superficie, la figura de un gigantesco gato. La imagen estaba copiada con una exactitud realmente maravillosa. Rodeaba el cuello del animal una cuerda.

Apenas hube visto esta aparición, porque yo no podía considerar aquello más que como mía aparición, mi asombro y mi terror fueron extraordinarios. Por fin, vino en mi ayuda la reflexión. Recordaba que el gato había sido ahorcado en un jardín contiguo a la casa. A los gritos de alarma, el jardín fue invadido inmediatamente por la muchedumbre, y el animal debió de ser descolgado por alguien del árbol y arrojado a mi cuarto por la ventana abierta. Indudablemente se hizo esto con el propósito de despertarme. El derrumbamiento de las restantes paredes habían comprimido a la victima de mi crueldad en el yeso recientemente extendido. La cal del muro, en combinación con las llamas y el amoníaco del cadáver, produjo la imagen tal como

yo la veía.

Aunque prontamente satisfice así a mi razón, ya que no por completo mi conciencia, no dejó, sin embargo, de grabar en mi imaginación una huella profunda el sorprendente caso que acabo de dar cuenta. Durante algunos meses no pude liberarme del fantasma del gato, y en todo este tiempo nació en mi alma una especie de sentimiento que se parecía, aunque no lo era, al remordimiento. Llegué incluso a lamentar la pérdida del animal y a buscar en torno mío, en los miserables tugurios que a la sazón frecuentaba, otro favorito de la misma especie y de facciones parecidas que pudiera sustituirle.

Una noche, hallándome medio aturdido en un bodegón infame, atrajo repentinamente mi atención un objeto negro que yacía en lo alto de uno de los inmensos barriles de ginebra o ron que componían el mobiliario más importante de la sala. Hacía ya algunos momentos que miraba a lo alto del tonel, y me sorprendió no haber advertido el objeto colocado encima. Me acerqué a él y lo toqué. Era un gato negro, enorme, tan corpulento como *Plutón*, al que se parecía en todo menos en un pormenor: *Plutón* no tenía un solo pelo blanco en todo el cuerpo, pero éste tenía una señal ancha y blanca, aunque de forma indefinida que le cubría casi toda la región del pecho.

Apenas puse en él mi mano, se levantó repentinamente, ronroneando con fuerza, se restregó contra mi mano y pareció contento de mi atención. Era, pues, el animal que yo buscaba. Me apresuré, a proponer al dueño su adquisición, pero éste no tuvo interés alguno por el animal. Ni le conocía ni le había visto hasta entonces.

Continué acariciándole, y cuando me disponía a regresar a mi casa, el animal se mostró dispuesto a seguirme. Se lo permití, e inclinándome de cuando en cuando, caminamos hacia mi casa acariciándole. Cuando llegó a ella se encontró como si fuera la suya, y se convirtió rápidamente en el mejor amigo de mi mujer.

Por mi parte, no tardó en surgir en mí una antipatía hacia él. Era, pues, precisamente, lo contrario de lo que yo había esperado. No sé cómo ni por qué sucedió esto, pero su evidente ternura me enojaba y casi me fatigaba; poco a poco, estos sentimientos de disgusto y fastidio fueron aumentando hasta convertirse en la amargura del odio. Yo evitaba su presencia. Una especie de vergüenza mezclada al recuerdo de mi primera crueldad, me impidieron que lo maltratara. Durante algunas semanas me abstuve de pegarle o de tratarle con violencia. Pero, gradual e insensiblemente, llegué a sentir por él un horror indecible. Y a eludir en silencio, como si huyera de la peste, su odiosa presencia.

Lo que despertó en seguida mi odio por el animal fue el descubrimiento que hice a la mañana del siguiente día de haberlo llevado a casa. Como *Plutón*, también él había sido privado de uno de sus ojos. Sin embargo, esta circunstancia contribuyó a hacerle más grato a mi mujer, quien poseía grandemente, como ya he dicho, la ternura de sentimientos, que fue en otro tiempo mi rasgo característico y el frecuente manantial de mis placeres más sencillos y puros.

No obstante, el cariño que el gato me demostraba parecía crecer en razón directa de mi odio hacia él. Con una tenacidad imposible de hacer comprender al lector, seguía constantemente mis pasos. En cuanto me sentaba, acurrucábase bajo mi silla, o saltaba sobre mis rodillas, cubriéndome con sus caricias espantosas. Si me levantaba para andar, metíase entre mis piernas y casi me derribaba, o bien trepaba por mis ropas, clavando sus largas y agudas garras hasta mi pecho. En tales instantes hubiera querido matarle de un golpe, pero me lo impedía en parte el recuerdo de mi primer crimen. Y sobre todo, me apresuro a confesarlo, el verdadero terror del animal.

Este miedo no era positivamente el de un mal físico. Y sin embargo, me sería muy difícil definirlo de otro modo. Casi me ruboriza confesarlo. Aun en esta celda de malhechor, casi me avergüenza confesar que el horror y el pánico que me inspiraba el animal habíanse acrecentado a causa de una de las fantasías más perfectas que es posible imaginar. No pocas veces, mi mujer había llamado mi atención con respecto al carácter de la mancha blanca de que he hablado y que constituía la única diferencia perceptible entre el animal extraño y aquel que había matado yo. Recordará, sin duda, el lector que esta señal, aunque grande, tuvo primitivamente una forma indefinida. Pero gradualmente, por fases imperceptibles, había concluido adquiriendo una nitidez rigurosa de contornos.

En ese momento, era la imagen de un objeto que me hace temblar nombrarlo. Era, sobre todo, lo que me hacía mirarle como a un monstruo de horror y repugnancia. Y lo que, si me hubiera atrevido, me hubiese impulsado a librarme de él. Era ahora, en fin, la imagen de una cosa abominable y siniestra: la imagen ¡de la *horca*! ¡Oh, lúgubre y terrible máquina! ¡Máquina de espanto y crimen, de muerte y agonía!

Yo era entonces, verdaderamente, un miserable, más allá de la miseria posible de la Humanidad. Una bestia brutal, cuyo hermano fue aniquilado por mí con desprecio; una bestia brutal engendrada en mí, hombre formado a imagen del Altísimo. ¡Ay! Ni de día ni de noche conocía yo la paz del descanso. Ni un solo instante, durante cada jornada, dejábame el animal. Y de noche, a cada momento, cuando salía de mis sueños llenos de indefinible angustia, era tan sólo para sentir el aliento tibio de aquél sobre mi rostro, y su enorme peso, encarnación de una pesadilla que yo no podía separar de mi, parecía eternamente gravitar sobre mi corazón.

Bajo tales tormentos sucumbió lo poco que había de bueno en mí. Infames pensamientos convirtiéronse en mis íntimos. Los más sombríos, los más infames de todos los pensamientos, eran acariciados por mi mente. La tristeza de mi humor de costumbre se acrecentó hasta hacerme aborrecer a todas las cosas y a la Humanidad entera. Mi mujer, sin embargo, no se quejaba nunca. ¡Ay! Era siempre mi paño de lágrimas. La más paciente víctima de las repentinas, frecuentes e indomables expansiones de una furia a la que ciegamente me abandoné desde entonces.

Para un quehacer doméstico, me acompañó un día al sótano de un viejo edificio en el que nos obligara a vivir nuestra pobreza. Por los finos peldaños de la escalera me seguía el gato, y habiéndome hecho tropezar, me exasperó hasta la locura.

Apoderándome de un hacha y olvidando en mi furor el espanto pueril que había detenido hasta entonces mi mano, dirigí un golpe al animal. Hubiera sido mortal si le hubiera alcanzado como quería. Pero la mano de mi mujer detuvo el golpe. Una rabia más que diabólica me produjo esta intervención. Liberé mi brazo del obstáculo que lo detenía y le hundí a ella el hacha en el cráneo. Mi mujer cayó muerta instantáneamente, sin exhalar siquiera un gemido.

Realizado el horrible asesinato, inmediata y resueltamente procuré esconder el cuerpo. Me di cuenta de que no podía hacerlo desaparecer de la casa, ni de día ni de noche, sin correr el riesgo de que se enteraran los vecinos. Asaltaron mi mente varios proyectos. Pensé por un instante en trocear el cadáver y arrojar al suelo los pedazos. Resolví después cavar una fosa en el piso de la cueva. Luego pensé arrojarlo al pozo del jardín. Cambié de idea y decidí embalarlo en un cajón, como una mercancía, y encargar a un mandadero que se lo llevase de casa, facturándolo a cualquier parte. Pero, por último, me detuve ante un proyecto que consideré el más factible. Me decidí a emparedarlo en el sótano, como se dice que hacían en la Edad Media los monjes con sus víctimas.

La cueva parecía estar construida a propósito para semejante proyecto. Los muros no estaban levantados con el cuidado de costumbre, y no hacía mucho tiempo habían sido cubiertos en toda su extensión por una capa de yeso, al que la humedad no dejó endurecer.

Había, por otra parte, un saliente en uno de los muros, producido por una chimenea artificial o especie de hogar que quedó luego tapado y dispuesto de la misma forma que el resto del sótano. No dudé que me sería fácil quitar los ladrillos de aquel sitio, colocar el cadáver y emparedarlo del mismo modo, de forma que ninguna mirada pudiese descubrir nada sospechoso.

No me engañé en mis cálculos y, ayudado por una palanca, separé sin gran dificultad los ladrillos. Habiendo luego aplicado cuidadosamente el cuerpo contra la pared interior, lo sostuve en esta postura hasta poder restablecer sin gran esfuerzo toda la fábrica a su estado primitivo. Con todas las precauciones imaginables, me procuré una argamasa de cal y arena. Preparé una capa que no podía distinguirse de la primitiva y cubrí escrupulosamente con ella el nuevo tabique.

Cuando terminé vi que todo había resultado perfecto. La pared no presentaba la más leve señal de arreglo. Con el mayor cuidado, barrí el suelo y recogí los escombros. Miré, triunfalmente, en torno mío, y me dije: «Por lo menos, aquí, mi trabajo no ha sido infructuoso».

Mi primera idea, entonces, fue buscar al animal que había sido el causante de tan tremenda desgracia, porque, al fin, había resuelto matarlo. Si en aquel momento hubiera podido encontrarle, nada hubiese evitado su destino. Pero parecía que el animal, ante la violencia de mi cólera, habíase alarmado y procuraba no presentarse ante mí, desafiando desde sus refugios mi mal humor. Imposible describir o imaginar la intensa, la apacible sensación de alivio que trajo a mi corazón la ausencia de la

detestada criatura. En toda la noche se presentó, y ésta fue la primera que gocé desde su entrada en la casa. Dormí, a pesar de todo, tranquila y profundamente. Sí: dormí con el peso de aquel asesinato en mi alma.

Transcurrieron el segundo y el tercer día. Mi verdugo no vino, sin embargo. Como un hombre libre, respiré una vez más. En su terror, el monstruo había abandonado para siempre aquellos lugares. Ya no volvería a verle nunca. Mi dicha era infinita. Me inquietaba muy poco la criminalidad de mi tenebrosa acción. Incoóse una especie de sumario que apuró poco las averiguaciones. También se dispuso un reconocimiento, pero, naturalmente, nada podía descubrirse. Yo daba por asegurada mi felicidad futura.

Al cuarto día, después de haberse cometido el asesinato, se presentó inopinadamente en mi casa un grupo de agentes de Policía y procedió de nuevo a una rigurosa investigación del local. Sin embargo, confiado en lo impenetrable del escondite, no experimenté ninguna turbación.

Los agentes quisieron que les acompañase en sus pesquisas. Fue explorado hasta el última rincón. Por tercera o cuarta vez bajaron por último a la cueva. No me alteré lo más mínimo. Como el de un hombre que reposa en la inocencia, mi corazón latía pacíficamente. Recorrí el sótano de punta a punta, crucé los brazos sobre el pecho y me paseé indiferente de un lado a otro. Plenamente satisfecha, la Policía se disponía a abandonar la casa. Era demasiado intenso el júbilo de mi corazón para que pudiera reprimirlo. Sentía la viva necesidad de decir una palabra, una palabra tan sólo, a modo de triunfo, y hacer doblemente evidente su convicción, con respecto a mi inocencia.

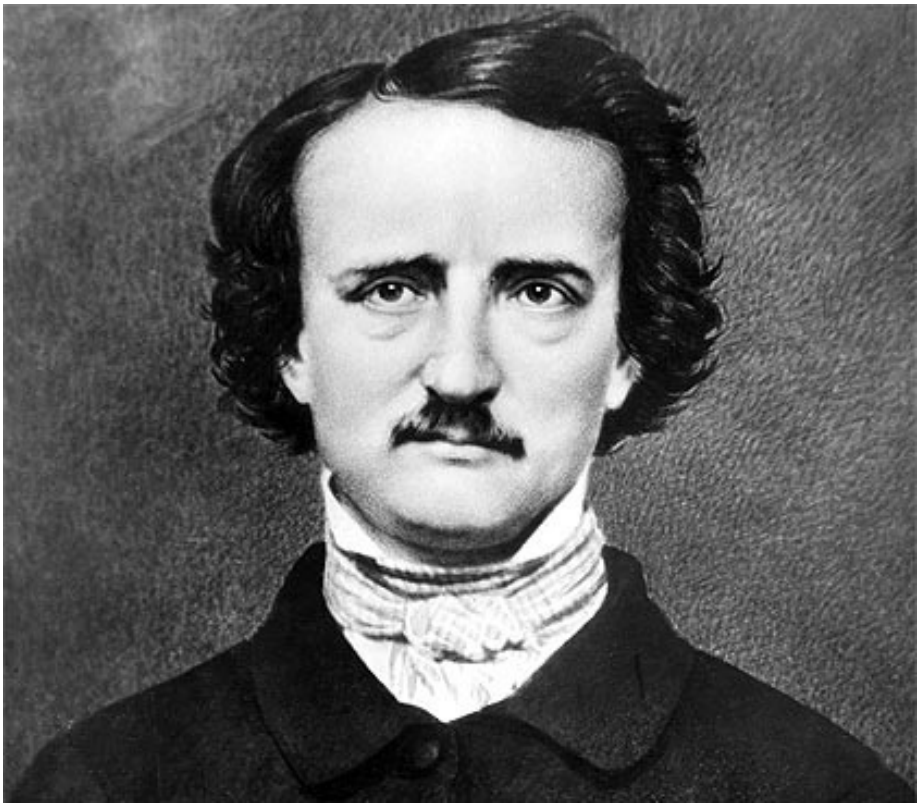
—Señores —dije por último y cuando los agentes subían la escalera—, es para mí una gran satisfacción haber desvanecido sus sospechas. Deseo a todos ustedes una buena salud y un poco más de cortesía. Dicho sea de paso, señores, tienen ustedes aquí una casa muy bien construida —apenas sabía lo que hablaba, en mi furioso deseo de decir algo con aire deliberado—. Puedo asegurar que ésta es una casa excelentemente construida. Estos muros… ¿Se van ustedes señores? Estos muros están construidos con una gran solidez.

Entonces, por una fanfarronada frenética, golpeé con fuerza, con un bastón que tenía en la mano en ese momento, precisamente sobre la pared del tabique tras el cual yacía la esposa de mi corazón.

¡Ah! Que por lo menos Dios me proteja y me libre de las garras del archidemonio. Apenas húbose hundido en el silencio el eco de mis golpes, me respondió una voz desde el fondo de la tumba. Era primero una queja, velada y entrecortada como el sollozo de un niño. Después, en seguida, se convirtió en un grito prolongado, sonoro y continuo, infrahumano. Un alarido, un aullido mitad horror, mitad triunfo, como solamente puede brotar del infierno. Fue una horrible armonía que surgiera al unísono de las gargantas de los condenados en sus torturas y de los demonios que gozaban en la condenación.

Sería una locura expresaros mis pensamientos. Me sentí desfallecer y, tambaleándome, caí contra la pared opuesta. Durante un instante detuviéronse en los escalones los agentes. La sorpresa y el pavor los había dejado atónitos. Un momento después, doce brazos robustos atacaron la pared. Esta cayó a tierra de un golpe. El cadáver, muy desfigurado ya y cubierto de sangre coagulada, apareció rígido ante los ojos de los circunstantes.

Sobre su cabeza, con las rojas fauces dilatadas y llameando el único ojo, se posaba el odioso animal cuya astucia me llevó al asesinato y cuya reveladora voz me entregaba al verdugo. ¡Yo había emparedado al monstruo en la tumba!



EDGAR ALLAN POE (Boston, Estados Unidos, 19 de enero de 1809 – Baltimore, Estados Unidos, 7 de octubre de 1849) fue un escritor, poeta, crítico y periodista romántico estadounidense, generalmente reconocido como uno de los maestros universales del relato corto, del cual fue uno de los primeros practicantes en su país. Fue renovador de la novela gótica, recordado especialmente por sus cuentos de terror. Considerado el inventor del relato detectivesco, contribuyó asimismo con varias obras al género emergente de la ciencia-ficción. Por otra parte, fue el primer escritor estadounidense de renombre que intentó hacer de la escritura su *modus vivendi*, lo que tuvo para él lamentables consecuencias.

NOTAS

[1] Su corazón es un laúd suspendido; apenas lo tocan resuena. (*N. del E.*) <<

[2] El que ha nacido en la púrpura. Así se llamaba a los hijos de los emperadores griegos. (*N. del E.*) <<

[3] Watson, Dr. Percival, Spallanzani, y especialmente el obispo de Landoff. <<

[4] Ni para ninguno de su especie. (*N. del E.*) <<

[5] Término utilizado por la filosofía epicúrea. (*N. del E.*) <<

[6] Perdió la antigua palabra su primera letra. (*N. del E.*) <<

[7] El protagonista de *El Burgués Gentilhombre*, de Molière. (*N. del E.*) <<

[8] Condescendía con ellas. (*N. del E.*) <<

[9] Diosa romana de los ladrones y de los impostores. (*N. del E.*) <<

[10] Rousseau. *Nueva Eloísa*. (*N. del E.*) <<

[11] Sistema de pesos vigente en Inglaterra y Estados Unidos cuya unidad es la libra inglesa de 16 onzas, o sean 0,451 kilogramos. (*N. del E.*) <<

[12] *Kid*, que significa *cabrito, chivo*. (*N. del E.*) <<

[13] Un buen vaso en la hostería del obispo en la silla del diablo cuarenta y un grados y trece minutos Nordeste cuarto del ojo izquierdo de la cabeza de muerto una linea recta desde el Norte, principal rama séptimo vástago lado Este solar desde el árbol a través de la bala cincuenta pies hacia fuera. (*N. del E.*) <<

[14] Un buen vaso en la hostería del obispo en la silla del diablo —cuarenta y un grados y trece minutos—. Nordeste cuarto de Norte —principal rama séptimo vástago lado Este— soltar desde el ojo izquierdo de la cabeza de muerto una línea recta desde el árbol a través de la bala cincuenta pies hacia fuera. (*N. del E.*) <<

[15] «Aquel a quien sólo le queda un momento de vida, ya no tiene nada que disimular». (*N. del E.*) <<

[16] «Funesto era vivo, muerto seré tu muerte». <<

[17] «Procede de no poder estar solos». (*N. del E.*)
Mercier, en *El año dos mil cuatrocientos cuarenta*, sostiene seriamente las doctrinas de la Metempsicosis, t. I. D'Israeli dice que «no hay sistema tan sencillo ni tan poco repugnante para vuestra inteligencia». El coronel Ethon Allen, el «Muchacho de la Verde Montaña» según se dice, es también un convencido partidario de la Metempsicosis. (*Nota de Poe*.) <<

[18] «El alma no permanece sino una sola vez en un cuerpo sensible: por lo demás un caballo, un perro, hasta un hombre, no son sino la semejanza poco tangible de esos animales». (*N. del E.*) <<

[19] Tan funesto designio,
si no es digno de Atreo, digno, en cambio, es de Tieste. (*N. del T.*) <<